

UN GRAN FILÁNTRORO ESPAÑOL

La «Casa de Salud de Valdecilla», una de las más humanitarias creaciones del marqués filántropo, ostentará pronto como presea el busto que en piedra recia, como cumple á la energía del retratado, ha esculpido Emiliano Barral. El rostro será un símbolo y una enseñanza de piedad y de amor al desvalido... (Fot. Cortés)

DE LA VIDA QUE PASA

SAN MAQUIAVELO, PATRÓN DE LOS ESTADISTAS

UN nuevo libro de Orestes Ferrara, profesor de la Universidad de La Habana, embajador de Cuba en los Estados Unidos, trae á mi memoria el nombre del secretario florentino y recuerdo la canonización con que el escritor francés Pierre Dominique le enalteciera ha poco más de año y medio: *San Maquiavelo, patrón de los estadistas*. El nuevo libro de Ferrara se ha publicado en inglés, y se titula: *The private correspondence of Nicolo Machiavelli*. Completa esta recopilación de cartas la obra muy notable de Ferrara, titulada *Maquiavelo*, publicada hace dos años en español y en francés, en que se recuenta su vida, se examina su pensamiento y se recopila su obra, liberándose de la abrumadora carga de prejuicios, calumnias y abominaciones con que la posteridad ha falseado la personalidad del autor de *El Príncipe*. Ya en su día hablé extensamente de esta biografía de Maquiavelo, escrita por Ferrara, tan extensa, minuciosa y analítica que, sin duda, es una de las obras más importantes de la inmensa bibliografía universal perteneciente á Maquiavelo y á la enorme influencia que han ejercido en el mundo sus doctrinas. Todos los elogios parecen poco expresivos, poco apasionados, para dar idea de la importancia de la labor realizada por el insigne y grande escritor español que hay en este complejo hombre que se llama Orestes Ferrara, una de las más interesantes representaciones de la latinidad, estudiante en Nápoles, guerrillero en la manigua cubana, diplomático hispánico en Washington.

Es de lamentar, en justicia, que en este renacimiento actual de los estudios maquiavelistas, que ha producido en Italia, en Francia y en Alemania libros como los de Villari, Kemmerich, Prezzolini y la antología anotada de Alfred Mortier, se olviden estudios hechos por escritores españoles, como el muy documentado y muy metódico de don Recaredo Fernández de Velasco, profesor en la Universidad madrileña, que apareció impreso hace cinco años con el título *La doctrina de la razón de Estado en los escritores españoles anteriores al siglo XIX*. En estas páginas encontramos la visión precisa y bien dibujada de un Maquiavelo sugestionando á nuestros Arias Montano, Antonio Pérez (el secretario de Felipe II) y Gracián; inquietando y sumiendo en dudas á Saavedra Fajardo y Quedo, y alborotando é indignando á los sacerdotes Rivadeneyra y Francisco Garau. En la gobernación de España bien pronto repercutió la política forjada con las doctrinas de Maquiavelo. El Rey Fernando el Católico coincidió, al menos, ya que no fuera el iniciador de las normas recomendadas por Maquiavelo. Según Gracián, no fué descaminado quien dijo que *El Príncipe* de Maquiavelo era el retrato moral del Rey de Aragón y de Castilla. «Y tanto lo admiraba el propio Maquiavelo, que tuvo á don Fernando por el primer Rey de la cristiandad...»

Acaso Orestes Ferrara no tuvo á su alcance esta interesantísima recopilación hecha por el profesor



ORESTES FERRARA

Profesor de la Universidad de La Habana y Embajador de Cuba en los Estados Unidos

Fernández de Velasco sobre la influencia del maquiavelismo en España, donde la doctrina de la «razón de Estado» inspira á los Reyes y mueve á los validos y determina derroteros por donde se despeña y se hunde el imperio español en manos de los Austrias. Sin embargo, en la *Historia de los heterodoxos españoles*, de Menéndez Pelayo, que Ferrara encontrará en la Library of Congress de Washington, hay numerosas referencias á la abundante bibliografía maquiavelista española de los siglos XVI y XVII. En la biblioteca del Instituto Hispánico de Nueva York, procedente del marqués de Jerez de los Caballeros, hay, sin duda, ejemplares de las ra-

la democracia. En realidad, cuando se proclaman los Derechos del Hombre se desconocen los del Príncipe. Se explica así que en el siglo XIX, que recoge y malbarata y convierte en fuerza militar y en guerras el espíritu de la Revolución francesa, Maquiavelo renazca y sus doctrinas vuelvan á tener intérpretes y ejecutores.

«Para realizar grandes empresas se requiere de maña y de destreza, instrumentos del engaño...» «Un Príncipe prudente no debe cumplir su palabra sino cuando puede hacerlo sin perjudicarse y cuando ya no existan las circunstancias que le obligaron á empeñarla...» «El Príncipe debe preferir la ingratitud á la fidelidad...» «El Príncipe que quiera sostenerse, aprenda á poder dejar de ser bueno, para serlo ó no serlo, según la necesidad lo requiera...»

Se intenta hoy reproducir este lenguaje en las antecámaras regias y aun en las antesalas de todo hombre que ejerce poder en los Estados que se llaman Repúblicas y viven, sin embargo, bajo dictaduras, y se olvida que, como dice Fernández de Velasco, los tiempos en que Maquiavelo escribía eran para inspirar pensamientos tóricos y para endurecer el corazón.

Así, contra este intento de justificar errores políticos y actos crueles y veleidades y deslealtades, no se puede oponer mejor contención y freno que estudios como los de Ferrara y Fernández de Velasco, que reconstituyen la verdadera personalidad de Maquiavelo.

Honorado Cognato degli oratori di noi a' suoi oratori
 godari hiansan pua unini poi et noi no' unish co mgh
 mudo et noi mgh godare stmani: m poramgh lodouco
 righa et mgh mout frontate co univamto: xpo' m
 'guardi d'adonno: di 31 Agosto 1528

Nicolo Machiavelli

Autógrafo de Maquiavelo

DIONISIO PEREZ

UNA OBRA DE VÁZQUEZ DÍAZ

CADA vez se advierte más en Vázquez Díaz cómo está mejor capacitado para el ejercicio de su arte y cómo va sucesivamente depurándose, desentrañando los secretos de la técnica, que no solamente no se le resiste, sino que parece ofrecérsele á él íntegra, con toda la riqueza de recursos que atesora.

Por eso, esa sucesiva superación, esa cada vez más afirmativa y rotunda expresividad de puros contornos peculiares, henchidos de originalidad indudable, que delimitan su personalidad inconfundible y vigorosa. Y ese retorno, seguro de sí, de sus facultades portentosas á la pintura *alla fresca*, al decir italiano; esa reintegración á un arte remoto, á un procedimiento antiquísimo, que ya conocieron Pausanias y Apolinar, desechado por engorroso, por las dificultades que obliga á vencer y por el dominio que necesariamente requiere la ejecución, en cuya rapidez está el medio más eficaz para la obtención del buen resultado preciso.

Ahora, Vázquez Díaz está ultimando en el Monasterio de la Rábida—de ecoica sugestión histórica—una obra que bien pudiera tildarse de ejemplar, de puras virtudes didascálicas, y que viene á ser como la cimera culminación de sus condiciones estéticas.

En esas grandes pinturas murales, acometidas con la misma pureza técnica de Urbino, de Miguel Angel, de Leonardo, Vázquez Díaz nos muestra los primeros atisbos de los gloriosos maestros, convertidos en una coetaneidad, en un actualismo que es la legítima consecuencia de su clara inteligencia, dócil y sumisa á su fina sensibilidad.

Esta obra de Vázquez Díaz le define y le concreta. Fija con aires de perennidad su personalidad y su arte, estatificado, sintetizado en sus cualidades esenciales, en esos frescos en los que, después de vencer lo esencial del procedimiento, resolvió otros varios problemas de pintor, como son la armonía cromática, totalmente conse-



El ilustre pintor Daniel Vázquez Díaz pintando uno de los frescos que decoran el salón del convento de La Rábida, cuya obra estará totalmente terminada para el mes de Octubre próximo

guida, y la agrupación de figuras dispuestas con el minuciosismo ponderado é inteligente que requiere la instrumentación de un gran poema sinfónico, por ejemplo.

Su credo estético resplandece en su amplitud y en su extensión debida. Sabido es que Vázquez Díaz, enrolado antes que nadie en nuestro país á las corrientes actualistas de su tiempo, sensible á los ecos de su época, es de los que estiman y consideran como lo principal el esqueleto,

la armazón en la figura y en la pintura. Para Vázquez Díaz todo ha de ser armonía: desde la composición á la proporción de todo, pasando por la perspectiva lineal. Y geometría. También se puede aplicar alguna vez á sus pinturas aquella frase de Juan Gris: «El valor estético de un cuadro debe ser exclusivamente arquitectónico», que se aclara y amplía con estas otras mismas palabras: «Para un pintor será cualquier objeto simplemente un conjunto de formas planas coloreadas.»

Los grandes cuadros murales de Vázquez Díaz son exclusivamente arquitectónicos. En el sentido traslaticio de Juan Gris. Esto es, no en la acepción de edificación, sino como evocación. Aun mejor como construcción mental, material, visual ó acústica.

Los frescos que está pintando Vázquez Díaz tienen esa jugosa espontaneidad que da de sí el procedimiento, á más de su seguridad constructivista, y de una fragancia que excluye toda vacilación y titubeo, por otra parte intolerable, de rectificaciones imposibles en esta técnica, que si bien consiente y ha consentido, aun en las mejores épocas de su esplendor, extraños recursos, habilidades técnicas y *cocina* pictórica, en la que fueron diestros Tiepolo y Pellegrín Tibalde, á nadie le han pasado inadvertidas.

Por eso, acaso, esta honradez en la ejecución de Vázquez Díaz, ajustado en todo punto al procedimiento más puro, que requiere colores *ad hoc*—¡qué gran estudio de ello el del doctor

Ros Raffles, minucioso y analista de los usados por Goya, Velázquez y Bayeu en el Pilar!—, un albañil ducho que vaya preparando el muro, un oficial que con agua clara evite los resacos prematuros, y un pintor, como Vázquez Díaz, que después del *oficio* tenga una gran sensibilidad y un gran dominio de su arte. Manos, corazón é inteligencia. Lo demás viene por añadidura.

E. ESTEVEZ-ORTEGA

ACABA DE PUBLICARSE

«MUJERES EXTRAORDINARIAS»

UNA ESPAÑOLA - UNA FRANCESA - UNA ITALIANA - UNA INGLESA

Mujeres extraordinarias es el libro de las mujeres, compuesto para las mujeres por el escritor de las mujeres. Emperatrices, reinas, monjas, espías, aventureras, todo el «eterno femenino», con sus matices de ambición, de ensueño, de astucia, de generosidad; con sus romanticismos y sus perfidias, sus refinamientos y sus abyecciones. Las unánimes alabanzas que escritoras de tan opuestas tendencias como Blanca de los Ríos, Concha Espina, Carmen de Burgos, Isabel de Palencia y Clara Campoamor dedican á la obra de Cristóbal de Castro, nos releva de todo comentario. Añadiremos que la edición de Mujeres extraordinarias, en papel especial, con 70 retratos de Solís Avila, es de lo más lujoso y artístico que se ha publicado en España. Para recreo de nuestras lectoras, entresacamos del hermoso libro cuatro semblanzas de Mujeres extraordinarias: una española, una francesa, una italiana y una inglesa.

UNA ESPAÑOLA: ISABEL CLARA Ó LA POLÍTICA

MAETERLINCK, en su conferencia del Ateneo de Madrid (diciembre de 1917), proclamó que el gobierno de Isabel Clara Eugenia fué «la edad de oro» de Flandes.

¿Hipérbole de poeta? ¿Cumplido de huésped discreto? ¿Fina y rutilante verdad! Porque allí, donde capitanees tan insignes como el duque de Alba, don Juan de Austria y Alejandro Farnesio empañaron su genio militar con tantos reveses políticos, allí fué popular el gobierno de esta mujer.

Así lo afirman sus contemporáneos, ya en los archivos—desde las relaciones de Vendramino, Nasi, Contarini, Bentivoglio, á las *Correspondencias* de Felipe II, Antonio Pérez, Lerma, etc.—, ya en los museos, desde el del Prado, con Rubens, Bruegel y Van Alstoot, á los de Bruselas y Gante, con lienzos de estos mismos maestros y otros de Teniers, Snayers, Valckemborgh, etc. Así lo corroboran, por fin, en nuestros días de selección y revisión, autores extranjeros como la condesa de Villermont, y autores españoles como el señor Llanos y Torriglia, promotor en nuestro país de las investigaciones sobre «la Gran Infanta».

Carlos V, Felipe II, Isabel Clara. Esta genealogía es como una depuración de la estirpe autoritaria, como una humanización de la iconografía rígida. Por la primera vez, con Isabel Clara, los labios de un Austria español, luego de orar, sonrían, y luego de juzgar, perdonan. La huerta penitencial de Yuste se trueca en los floridos parques de Mariemont, y el osario de El Escorial, en el castillo de Tervueren.

«Su complexión—nos dice Bentivoglio—es parecida á la de su esposo, el archiduque; como en él, privan en la infanta la sangre y la flema. Es de estatura más bien alta que baja, y tiene en su prestancia y modalés algo de la majestuosa belleza que resplandeció en su juventud. Todos sus gestos, toda su persona, están llenos de gracia. Inspira un no sé qué de bondadoso y atrae á sí los corazones con gran fuerza.

En cuanto á los dones del alma, es, sin duda, una de las princesas más notables que hayan existido; ha hecho renacer las más nobles virtudes regias de su antepasada Isabel la Católica. Diríase que sus damas no habitan un palacio, sino un monasterio: tan modestas y recogidas son. Mas, por otra parte, no se ha visto corte tan majestuosa y alegre: los torneos, las cacerías y otras fiestas se suceden con frecuencia y brillo...»

La invocación á Isabel I es de incomparable sagacidad y vale por un curso de Psicología. Isabel Clara Eugenia, en efecto, ya no es Austria, inquisitorial y lúgubre, sino Castilla, grave y prudente. En su conducta, enérgica, pero flexible, quiebran la rigidez y el autoritarismo, para dar paso á la comunidad y á la democracia.



CRISTOBAL DE CASTRO

El Concejo substituye á la hoguera; los cabildos, al tribunal; la prudencia, á la intransigencia. Y aquel sombrío énfasis con que Carlos V humilla en Mulhberg á Mauricio de Sajonia; con que Felipe II afronta en Valladolid á Antonio Pérez, en alardes de su «derecho divino», se tornan, con Isabel Clara, en convivencia de «deber humano» con los aldeanos de Mariemont, cuyos bailes y faenas rústicas gusta de presidir y participar.

Castellana en la dignidad de su conducta y en la democracia de sus costumbres, cierra su vida de princesa real con un gesto de austeridad castellana. Dejando el trono, toma el hábito terciario.

Y cuando los Países Bajos proclaman al primer soberano independiente, Isabel Clara, en los jardines de un convento, medita sobre lo fugaz del poder. Ese retrato de Van Dyck, donde la Gran Infanta no es ya sino una monja hu-

milde, es el epílogo inmortal de una epopeya blanca, sin sangre, ni hogueras, ni horcas...

UNA FRANCESA: ANTONIETA POMPADOUR, Ó EL DOMINIO

«No fué—observa Paul de Saint Victor—ni una sultana ni una cortesana. Fué una *dominadora*, en el sentido más noble del vocablo.»

Sus armas eran el ingenio y la delicadeza, las letras y el arte. A pesar de que su hermosura la entronizó sobre todas las bellezas de Versalles, y era, por el cuerpo, una estatua, y por el semblante, una diosa, no hechizó á Luis XV con filtros de harén, sino con las gracias, más perdurables, del intelecto y del espíritu.

Amaba las letras. Adoraba las artes. Fué la madrina cortesana de Voltaire y la Médicis de Boucher y de los tres Van Loó. Tallaba primorosamente las piedras preciosas, encuadernaba con sus armas incunables y códices, firmaba altivamente estos trabajos *Pompadour fécit*. «Diríase—exclama Saint Victor—la garra de Venus sobre camafecos galantes.»

En la época amorosa de Choisy, de Bellevue, del Ermitage, del Parque de los Ciervos, Antonietta Pompadour tiene el perfil sereno y frío de una Artemisa, que, en vez de cazar jabalíes, derriba ministros. Porque la política, como las letras y las artes, también siente la influencia fascinadora de esta mujer, que se remonta con la intriga y el lujo como con dos alas.

En su largo y suntuoso reinado—veinte años de favorita oficial—interviene alianzas, desata guerras, inspira y decreta leyes, hasta delibera, en presencia del Rey, como un ministro más...

Es tan vivo su ingenio—afilado diariamente en el trato con palatinos y poetas, como un puñal en una piedra asperón—, que pasa por entre los riesgos de la intriga, por entre los peligros del complot, indemne, como Daniel por entre llamas y leones. Todas las demás favoritas de Luis XV oscilan en sus

pedestales, como las estatuas del *Tenorio*. Sólo ella permanece firme, intangible, inmutable, dominadora. Cuantas bellezas catalogadas por Lacy, adiestradas por Crebillon, desfilan, entre guiños del jardinero cortesano, por el célebre Parque de los Ciervos, son víctimas propiciatorias del tedio real. Únicamente la marquesa de Pompadour «pasa su vida en la actitud de Scheherazada, sentada junto al lecho donde el Califa duerme, teniendo el alfanje al costado».

En las *Mil y una noches* de Versalles, su ingenio, renovando hechizos, borda la serie de tapices—Gobelinos ó Beauvais—del Amor. Este Amor, que no es sólo Eros, sino que es también Psiquis, delicada. Este Amor, que le vale el fino dictado de *Favorita decorosa*, porque decora con efecto los anchos frisos de Versalles con ninfas, sirenas, gracias y musas. Este Amor, en fin, que trueca al Rey concupiscente en el Rey galán, y hace de un Choiseul un Néstor.



LADY HAMILTON

La Pompadour abre en Versalles un paréntesis al escándalo. Impri-me dignidad real á todos los actos de corte. Ennoblecce la Camarilla, que habla y el idioma sutil de la metáfora y del ingenio. Presta finura y distinción al galanteo, filosofía á

la intriga, arte al amor.

«Esa es—anota Saint Victor—la gloria de tan adorable marquesa. Era artista hasta la punta de las uñas. Un chispazo de fuego sagrado encarnó en su divino cuerpo. Tocaba á todas las artes, pero ligeramente, suavemente, como una abeja con su trompa ó un pájaro con sus alas.»

Así pudo modificar la indumentaria y el mo- blaje con ese estilo *rococó* que ha inmortalizado su nombre y que es como un deslumbrador mu- seo de suntuosidad é inquietudes.

Acrisoladas en el crisol del arte sus máculas de favorita, el espíritu de Antonietta Pompadour salva este nombre del oprobio. Al tener nuevas de su muerte, pudo exclamar Voltaire: «Era de los nuestros...» Epitafio que nos recuerda aque- llos breves epigramas donde Meleagro suspira, más que llora, ante una Gracia yacente...

UNA ITALIANA: LUCRECIA DEL FEDE, Ó LA PER- FIDIA

Dos veces inmortal, en las pinturas de Andrea del Sarto, su marido, y en el teatro de Musset, su flagelador, Lucrecia del Fede es un magnífico ejemplar de belleza pérfida.

Florentina, hija de un gorrero, coqueta desde los diez años, afila los puñales de sus ojos en la galantería callejera. Su adolescencia, inventiva y tempestuosa, promueve entre los artesanos verdaderas batallas campales. Es una Helena basta y fría, que tiene por trono un mostrador y por cetro una rueca de nogal. Pero, como la homérica, siembra á su paso la inquietud, en las turbas como en los príncipes.

Su belleza, morena, fina, jugosa, encubre, en- tre sonrisas cándidas, una diabólica astucia. Es maestra en prometer para negar y en negar para prometer de nuevo. Penélope de ojos en- tornados, teje y desteje amor y celos con el arte de una sirena.

¿Qué haría ante una mujer así un hombre como Andrés Vannucchi, mozo, entusiasta, ar- tista, manantial de romanticismos, siervo de amor? Andrés la toma de modelo. La inmortaliza en sus famosas Vírgenes. La rodea de lujo, de celebridad.

La hija del gorrero, ya esposa de Andrea del Sarto, lejos de airear sus ensueños, los encubre con singular perfidia. Enfrena sus sonrisas, su entornar de ojos, sus coqueteos finos y fáciles.

Alfredo de Musset, ese Procusto de las enve- nenadoras de amor, nos la presenta enmascarada de honestidad, secándose el llanto, componién- dose los cabellos, cambiando de vestido, dando prisa á la criada Spinetta, para ofrecerse ante el marido—que está al llegar—como una esposa sonriente.

Aparece Andrés, confiado, enamorado, con una ingenuidad tan suavemente infantil, que nos conmueve.

¿Es posible tanta perfidia? ¿Cabe al pecado usar la voz de la inocencia, á la inquietud sonreír tranqui- lidad?

Lucrecia del Fede sonríe con ese leve sonreír de la astucia culpable, pero



ISABEL CLARA EUGENIA

segura del engaño; con ese leve sonreír de las grandes pérdidas de amor. Andrés, bueno y leal, solicita su intimidad; pide que aleje á las cria- das. «Son tan raros estos instantes de vernos juntos!», impetra. Pero el drama se cierne ya, como un ave agorera. Se oyen gritos. Entra, herido, Cordiani, discípulo de Andrés y amante secreto de Lucrecia.

La traición participa de infidelidad, de ingra- titud, de hipocresía, de bajeza, de todas las ruindades humanas. No tiene la disculpa de un gran amor, ni siquiera la atenuante de un gran temperamento. Ni apasionada, ni sensual, ni ambiciosa, su perjurio es de una frialdad que aterra. Recuerda las crueldades absurdas de los «Emperadores Monstruos», lapidados por Julio Capitolino.

Pero Lucrecia no es alcohólica, ni sádica, ni demente. Es, al contrario, equilibrada, normal, hasta prudente, hasta juiciosa. Cordiani, ade- más, es un muchacho vulgarísimo. ¿Dónde están, pues, los elementos dramáticos, los «impondera- bles» de la Fatalidad?



Portada del libro

Están ocultos tras la Perfidia. Hay cierta clase de mujeres que, como ciertos días claros, despejados, sin una nube, sin la más ligera señal de tormenta, hacen confiar al enamorado y al caminante. De repente estalla la tempestad. ¿Quién la trajo? ¿Cómo surgió? La trajo el mismo Abril risueño; surgió en la misma sonrisa cándida. Y el caminante muere ahogado en la inundación, como en el poema de Puskin, ó se suicida, como Andrea del Sarto, en la comedia de Musset.

Lucrecia del Fede es la Perfidia basta, in- comprensiva, sin delicadeza ni grandeza. Venus artesana, sus refinamientos son innobles y sus gracias carecen de espíritu. Y su belleza, exclu- sivamente corporal, es tan irresponsable como un amanecer ó una puesta de sol...

UNA INGLESA: LADY HAMILTON, Ó EL ENCANTO

Emma Lyon, que á los diez años guardaba carneros ó arrebaba borriquillos de turistas en Nesse, condado de Cheshire, llegó á ser la fa- mosa lady Hamilton, embajadora inglesa en Nápoles, íntima de la reina Carolina y amor fér- vido y perdurable de un genio heroico: Nelson.

Salones, diplomacia, política, todas las zonas del ingenio, de la distinción, de la cultura, de la elegancia, disputáronse á esta mujer inculta, sin talento ni delicadeza.

No se trata del caso de Madame Sans Gène, convertida de lavandera en mariscala por el conjuro de un imperio arrivista. Ni del caso de

Lola Montes, árbitro de Ba- viera por los amores de un Monarca de- crépito. Emma Lyon, tras recorrer la ór- bita obscura del servicio domés- tico—doncella, aya, institu- triz—y la equí- voca del espiri- tismo en las fa- mosas reuniones del doctor Gra- ham, entra en amores con Greville, sobrino de Hamilton.

El paso del sobrino al tío no es fulminante, sino lento, analizado, pesado y medido. Lord Hamilton, en buena edad, es un diplomático sutil, un gran artista, un mundano discreto, prócer. ¿Cómo da su mano y su nombre á una mujer plebeya, sin cultura, sin distinción? Emma, lejos de ser la mujer-fuego, era más bien la mujer-nieve. Lejos del tipo refinado y dieci- ochesco de la dama intelectual, era el tipo vulgar, lamentable, de la iletrada. Lejos de encarnar la ambición, como Antonietta Pompadour; ó la astucia, como la princesa de los Ursinos; ó el madrigal, como Luisa de Lavallière; ó la tra- gedia, como María Concini, asumía el desorden de lo rutinario y lo ramplón.

Madame Vigée-Lebrún, en sus *Recuerdos*, dice que carecía de ingenio y que era burlona y mal hablada. Fauchier-Magnan, su más re- ciente biógrafo, afirma que escribió siempre sin ortografía y que nunca vistió con elegancia. Ambas cosas, probadas suficientemente en su numeroso epistolario y en la abundante colección de retratos reunida por Pettigrew, nos asom- bran y desconciertan.

¿Cómo una mujer así, cuando se disfraza de bacante para el retrato de Romney, hace exclamar al gran pintor: «Eres perfecta»? ¿Cómo, cuando danza la tarantela, ante Goethe, impulsa al dios de Weimar á prosternarse y adorarla? Sir Harris Nicolás, Palumbo, Forgues, el mismo Horacio Walpole, señalan la fascinación de esta mujer, el encanto que de ella emanaba, como su único sortilegio.

Quieta, inmóvil, era vulgar. Mas apenas in- sinuaba una actitud, iniciaba algún movimiento, erguía la cabeza, ondulaba el cuello, animaba los flancos, ponía en línea de batalla las gracias de su agilidad corpórea, era como si Venus Anadio- mene saliese del mar, como si Elena de Priamo caminase por entre las huestes de Troya, como si Diana, diosa y ninfa, pusiera una flecha en su arco.

Así, por este encanto único—que ni es liviano como en la Dubarry, ni honesto como en Julia Recamier, pero que acaso tuvo la intuición de aliar ambas sensaciones—, pudo Emma Lyon, alma vulgar y belleza fría, encender, con las lla- mas del sortilegio, á diplomáticos como lord Ha- milton, á poetas como Goethe, á pintores como Romney, á héroes como Nelson, mereciendo —de un pueblo austero como el inglés—una mujer tan frívola que el Parlamento la asignase una pensión magnífica, y la opinión la conce- diese un olvido generoso y total.

Lady Hamilton, cuyos veintitantos biógrafos dieron pasto á la escena y á la pantalla, popula- rizando este nombre, repro- duce, en plena civilización, el triunfo de los mitos bárba- ros, de las fuer- zas ciegas y omnipotentes, que, á impul- sos de un en- canto natural, avasallan todo el esfuerzo humano de la Ciencia y la Regla.



ANTONIETA PAMPADOUR



LUCRECIA DEL FEDE

UNA BODA ARISTOCRÁTICA EN MADRID



EN la mañana del miércoles último se celebró en la iglesia de los Jerónimos, con brillantez verdaderamente extraordinaria, el enlace matrimonial de la bellísima señorita Lilia Arijón y Mayor con el conde del Castillo de Tajo, á quienes apadrinaron la señora condesa viuda del Castillo de Tajo, madre del novio, y don Odilio Estévez Yáñez, tío de la novia. Firmaron el acta como testigos: por parte de la novia, el marqués de Albaserrada, don Arturo Estévez Yáñez, don Hermán de Martín Barbado y don Carlos y don Pedro Díez de Tejada, y por parte del novio,

el conde de Cartaojal, don Rafael Vidast, don Antonio González de la Rasilla, don José María Contín y don Alfonso Van Mock. Asistió al acto una concurrencia selectísima, y después de la ceremonia religiosa se celebró en el Hotel Ritz—cuyos salones estaban magníficamente adornados— un almuerzo, al que asistieron ilustres personalidades de nuestra alta sociedad. Felicitamos muy cordialmente á los nuevos esposos, cuyo enlace ha constituído una de las notas salientes de la vida en el gran mundo madrileño.

(Fot. Piortiz)

ACTUALIDAD EXTRANJERA

(FIGURAS Y HECHOS INTERESANTES)

FINAL DE TRAGEDIA

Los contingentes franceses que han perdido más tiempo sobre la tierra alemana están evacuándola ahora para regresar a las guarniciones de Francia. La alegría es unánime y la sienten por igual los que se van y los que se quedan. Con esa repatriación parece desvanecerse la pesadilla horrenda que comen-



La Reina María de Rumania, madre de Carlos II, sorprendida por la proclamación de su hijo en pleno viaje turístico

zó en 1914. ¿Bastará con eso para que se borre su recuerdo de la memoria de los hombres?

Los vientos que soplan airada, incongruentemente, sobre las plácidas tierras italianas, que parecen un dulce y perdurable canto a la paz, dicen que cayó en olvido la espantable hecatombe. Cuando en Alemania no quede ya un solo soldado extranjero, será también más fácil que allí resurja el fantasma de la ambición.

Mucho han podido hacer, sin embargo, los larguísimos meses, años de convivencia, si turbados al principio, tranquilos y hasta cordiales después: el odio secular engendrado y sostenido por las ambiciones imperialistas, de un lado, y los recuerdos dolorosísimos de otro, ha podido extinguirse, tal vez se ha extinguido; y si así fuera, como era de suponer, la convivencia habrá hecho infinitamente más por la paz que todas las Conferencias internacionales en que se reúnen primates de las diversas naciones, con una preocupación intensamente estatista, que hace olvidar algunas veces la más amplia comprensión humana.

Después de lo acaecido en la Gran Guerra, parece, en efecto, que debería imponerse a todos y en todas partes el más grande interés humano, que es el de la Humanidad misma en sí y para sí; pero a él se sobreponen demasiadamente los intereses particulares de cada nación, que a veces ni siquiera lo son verdaderamente, y que, por el contrario, pueden representar sentimientos de los que el interés humano considera indispensable que desaparezcan para conseguir el mayor progreso.

Vistas desde el plano corriente y vulgar de la humilde vida de todos los días esos «altos intereses del Estado», no son tan claramente visibles, y quizás por eso sería más útil convocar al pueblo que reunir estadistas en esas Conferencias de alcance mundial, si de lograr la paz definitiva se tratara.

LA SOBERANÍA INEXPRESADA

La reina María, madre de Carlos II de Rumania, no esperaba, seguramente, la súbita elevación de su hijo al trono.

Ausente de los trabajos preparatorios del golpe de Estado, vivió libre de preocupaciones y temores los días en que el acontecimiento se fraguaba.

Como una modesta burguesa ganosa de espectáculos interesantes, hacía una excursión por el Tirolo en el momento culminante en que el todavía Príncipe Carol volaba hacia su patria para ser proclamado Carlos II.

El incógnito con que se encubría no impidió que la Reina madre rumana fuese reconocida y retratada, y las agencias informativas se han apresurado a difundir la imagen obtenida en una famosísima y pintoresca aldehuela alemana el día mismo en que el príncipe Carol llegó a la capital del que había de ser inmediatamente su reino.

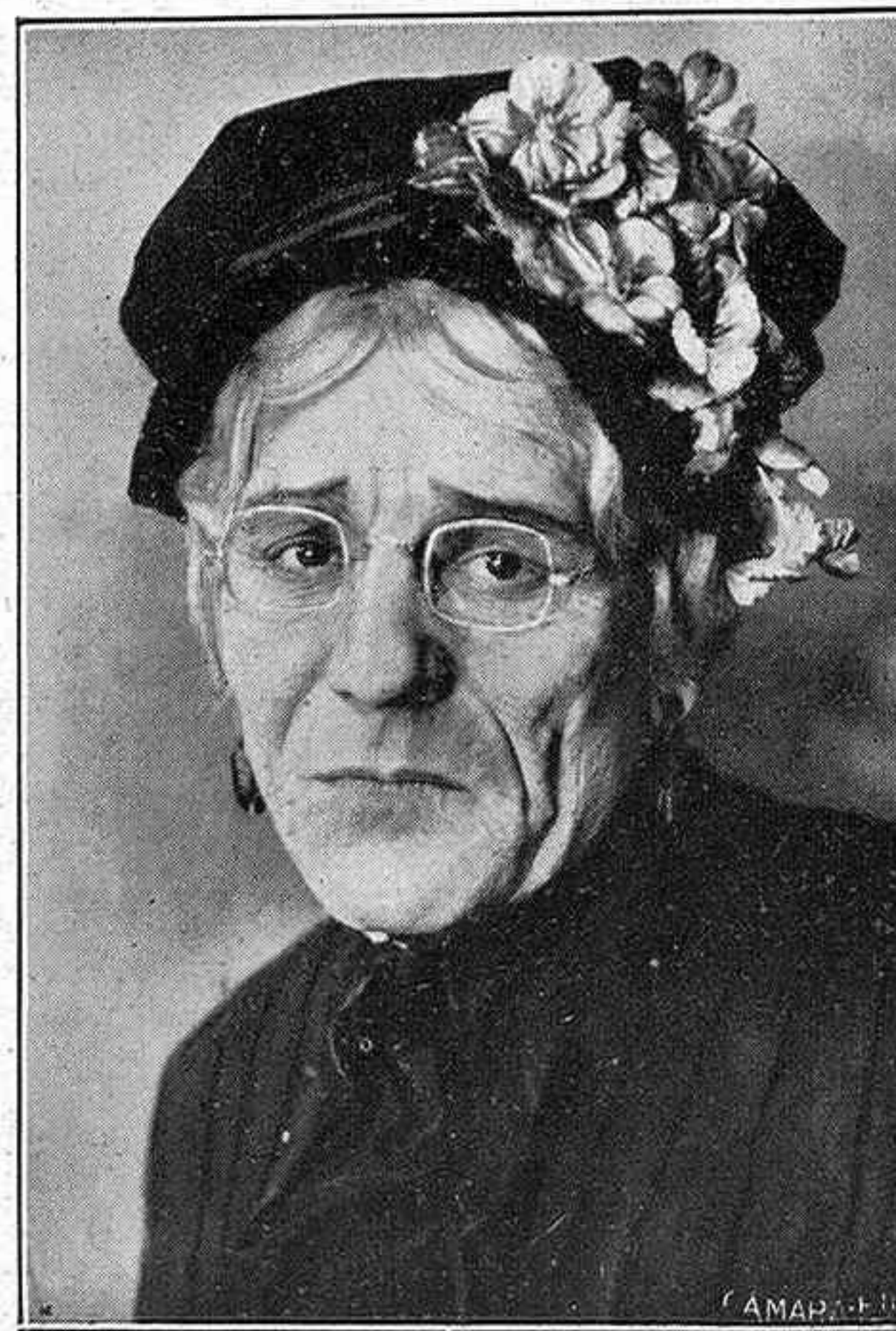
¡Previsora intuición de los fotógrafos periodistas!

La reina María se reintegró al reino de su hijo poco después, y su intervención se creyó trascendentalmente decisiva para resolver los pleitos conyugales del ex príncipe Carol. Hasta ahora, y sin embargo, esas impresiones optimistas no han tenido confirmación.

NO ES UNA SUFRAGISTA

Reproducimos una curiosa fotografía que no es, aunque lo parece, la de una sufragista de aquellas que heroicamente defendieron sus principios soportando por ello persecuciones y clausuras.

Es un capricho más de «el hombre de las mil caras», de Lon Chaney, transformado en anciana que nos recuerda la aventura de aquel actor, digno de mejor suerte, que dirigiendo una Com-

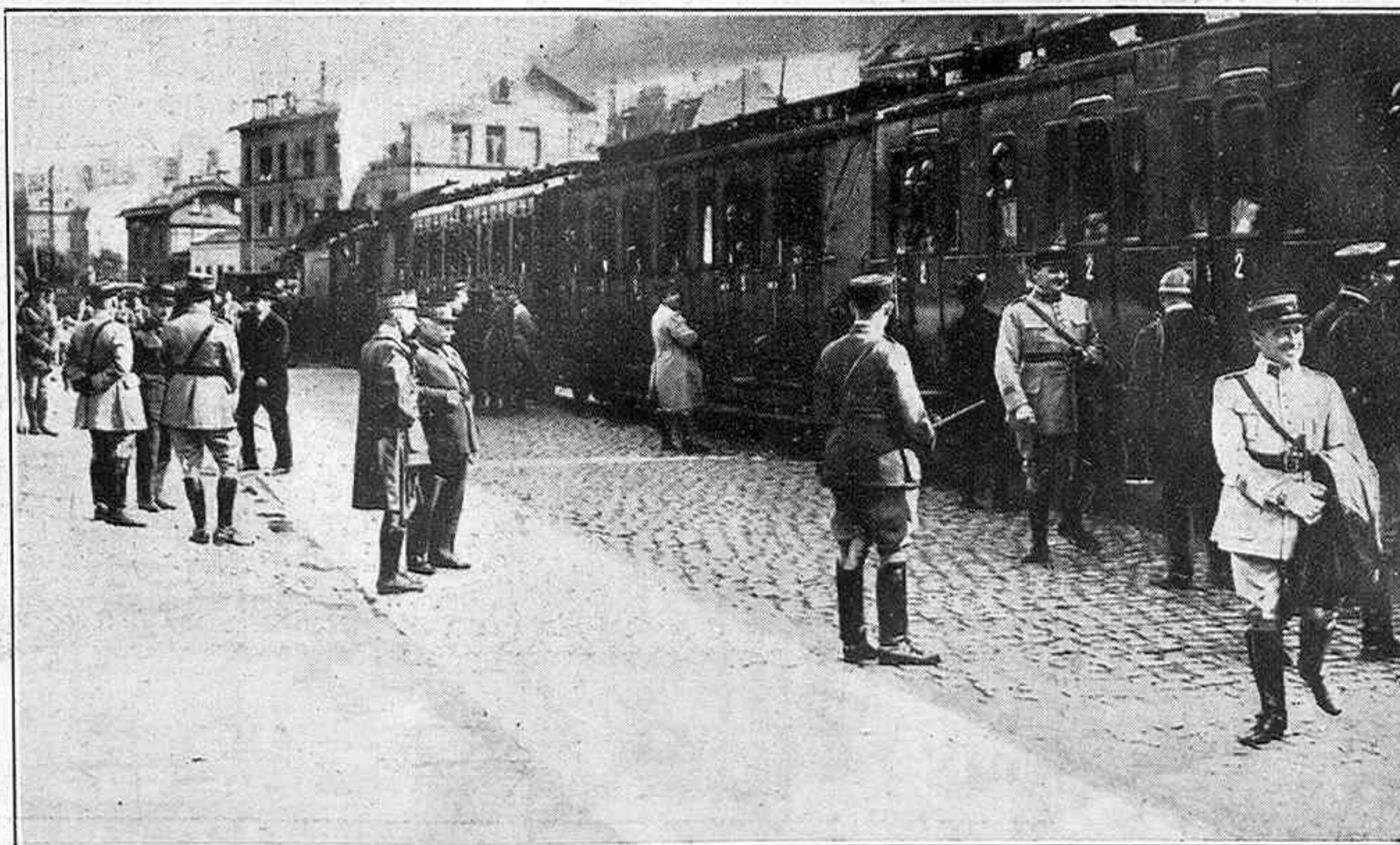


¿Es una sufragista muerta recientemente? No; es Lon Chaney, el hombre de las cien caras

pañía, en noche de *Tenorio* y en que hubiese sido catastrófico dejar perder la magnífica entrada en perspectiva, se encontró con que la característica, enferma, no podía tomar parte en el espectáculo.

No eran horas ni había tiempo para buscar una Brígida de ocasión, y nuestro buen cómico pidió una peluca, la ropa de la característica y unos lápices prestados, y poco después salía a escena, y divirtió a los espectadores, que no se percataron del truco hasta muy avanzada ya la representación, y entonces por una indiscreción lamentable.

La hazaña, pues, de Lon Chaney, tiene precedentes, y en todo caso, no es a nosotros a quien pueda sorprender.



El último período de la evacuación.—Un tren preparado en Mainz para llevar tropas a Francia (Fots. Agencia Gráfica)

LA BELLEZA FEMENINA Y EL DEPORTE

LA AMAZONA MAS BELLA DE FRANCIA



Un grupo de concurrentes al certamen de «la más bella amazona de Francia»

UNA de las más interesantes secuelas de los concursos hípicos es anualmente, en París, la elección de la amazona más bella de Francia: una especial reina de belleza, cuyo reinado dura también un año.

Este año la merecidamente triunfadora ha sido la condesa de Wangen, que montaba su hermoso caballo «Unic».

La juventud triunfante de la condesa de Wangen no está reñida con la tradición de las amazonas aristocráticas de los buenos tiempos: es una amazona en el más estricto sentido de la palabra.

Al concurso acuden, efectivamente, damas de tendencias innovadoras que montan á horcajadas, «á la mejicana», y para ellas ha sido necesario instituir también premios



La condesa de Wangen, «la más bella amazona de Francia» para 1930, sonriendo al anuncio de su victoria
(Fots. Agencia Gráfica)

especiales. El primero de ellos ha sido concedido este año á la señorita Clara Andrujol, jinete «caballero» que se tiene en la silla con la sólida prestancia de un mozalbete muy diestro en artes hípicas.

También en cuanto á indumentaria reina en el concurso de bellezas ecuestre el más pintoresco eclecticismo: aún hay amazonas tocadas con el clásico *hente forme*, como las amazonas de circo en la época en que esos trabajos estuvieron más en boga, y junto á esas representantes del pasado, «caballeros» con la gorriña, un poco desvergonzada y un mucho popular, de los jinetes de oficio.

Con unos ú otros tocados, la figura femenina continúa siendo bella izada sobre un buen ejemplar hípico.

La emoción deportiva
 Cómo vibra un
 nadador en el
 : = : agua : = :

COMIENZA la época, la *season* de los deportes acuáticos. Los nadadores que pasaron meses y meses cultivando su fuerza y su habilidad, lejos de miradas profanas, van á lucir ante la muchedumbre, ávida de emociones de lucha, el resultado de esa cuidadosa preparación.

Al lanzarse los nadadores al espacio, á veces desde enormes alturas, sus gestos y sus actitudes son siempre de retadora y orgullosa audacia; acostumbrados al esfuerzo, no temen siquiera que la emoción les merme las facultades y les haga inferiores á sí mismos. Se lanzan como el águila segura y audaz sobre su presa.



Los nadadores se lanzan intrépidos, llenos de optimismo, desde las mayores alturas. Llevan la seguridad de triunfar

tas, lentísimas, en apagamiento sucesivo, en un *morendo*, como diría un músico, que es la consecuencia tatal del agotamiento imposible de compensar ya.

El gesto fiero, retador, se borró hace mucho del rostro, y los músculos forjaron la mueca de la angustia y de la zozobra, aun nadando «en cabeza». La duda acucia al espíritu cada vez que suena en pos el chapotear de las brazadas sucesivas de los competidores. Sólo al llegar, la angustia se borra; pero la misma sonrisa del triunfador tiene la amargura de la fatiga.

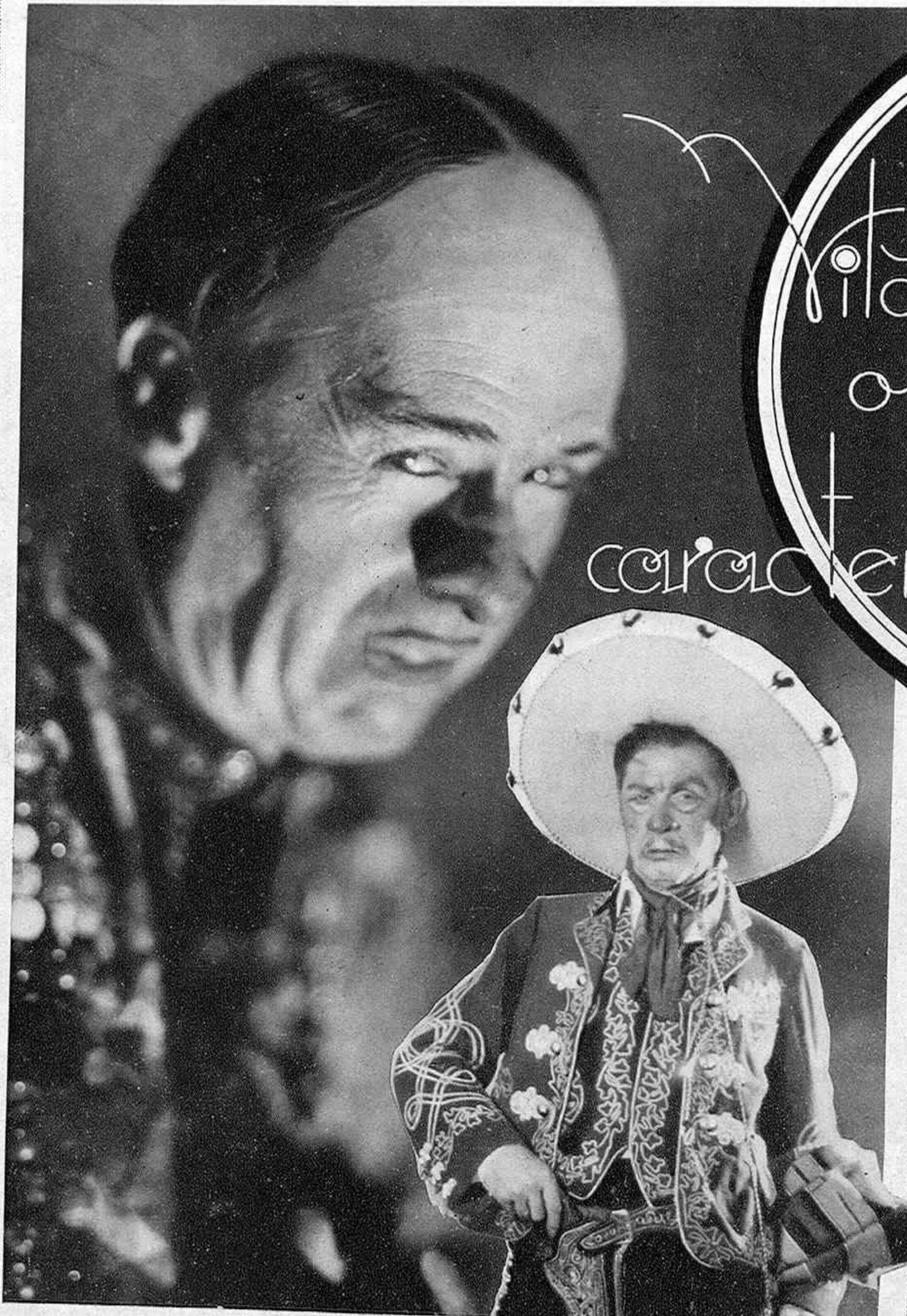
ANTONIO DE MADRID

Lanzarse, á la voz de mando, para una competencia en que se ha de nadar de espaldas, parece más lanzarse á lo desconocido

Nadar y nadar, primero con brazadas fortísimas, aunque el nadador experto quiera frenarlas para reservar energías para el final, sin pensar que también para imponer la acción frenadora se gasta el esfuerzo; después, las brazadas seguramente rítmicas, que en esa seguridad de mecanismo bien regulado muestran su condición de automáticas; más tarde, las primeras sensaciones de fatiga, el ritmo que se pierde, las brazadas que se suceden con períodos de intermitencia, más rápidos cuando lo espiritual tiene fuerza para servir de acicate á lo físico, que desfallece; lentas, muy len-

Los últimos momentos son de angustia. El rostro del nadador revela la fatiga y el temor que dan paso al pesimismo





Vilches o la caracterización



He aquí el rostro verdadero, todavía juvenil, de Ernesto Vilches, el mago del proteísmo escénico

Los actores de la vieja escuela, hombres de mundo al par que artistas, tenían para vivir en sociedad la máscara impasible, animada cuando más por leve sonrisa, que oculta cuidadosamente las emociones y no se deja alterar por la pasión: la máscara del hombre bien educado.

Sobreponían para salir á escena el rostro animado por la vida interna, dócil al sentimiento, al impulso emotivo ó á la pasión, del personaje que habían de interpretar.

Los músculos, eminentemente humanos, de la expresión facial estaban prestos á contraerse cuando el papel lo pedía, dando en cada instante el gesto justo, la mueca intensamente expresiva que contribuía, tanto como las mismas palabras del autor, á producir en los espectadores la honda emoción dramática.

Pero esas muecas, insistentemente repetidas, trazan sobre el rostro, para quien sabe descifrarlas, la diagnosis de un carácter. Sin llegar á los prodigios de adivinación, sistemáticamente logrados, de un Letamendi,

ante el rostro de un hombre que pasa, podemos decir con Mínimo qué pasión abrasó aquel espíritu; la soberbia, la gula, la avaricia, la lujuria, la hipocresía dejan su tarjeta en el rostro por que pasaron, y los viejos actores sabían reproducir esas muecas características: «hacerse la cabeza», que orientaba al público desde el momento en que el personaje salía á escena. Aquel arte, que era una intuición perfecta de las íntimas indestructibles relaciones entre el alma y el cuerpo, revelados en la psicología individual, se perdió poco á poco. Los actores concertaron en papel único para sus repertorios el de «Don Juan» modernizado, y creyéndose fatalmente irresistibles por «bonitos», huyeron de los lápices cuando no fué para realizar el rojo de los labios sensuales ó la profundidad de las ojeras seudorrománticas.

«Wu-li-chang» no es el chino compuesto por una imaginación nutrida de imágenes embusteras; es un chino sutil, pérfido y vengativo que Vilches estudió en el trágico barrio chino de Nueva York. Mira diagonalmente, frunce los labios en rictus que acusa, sin mostrarla, la ferocidad; acusa en potentes relieves fisonómicos las pasiones que, hipócrita, quiere ocultar...

«Nopal» es un centauro á cuyo lado cabalgó Vilches bajo el sol ardiente; no es Vilches mismo encarnando la figura que conoció en el mundo antes que en la comedia



Pero el arte de la caracterización surgió de nuevo, y fuertemente, con Ernesto Vilches, actor reciamente inteligente y hombre, como todo verdadero artista, de vida muy intensa, vivida en climas y países remotos, cada uno con hombres distintos de los que viven en otros lugares de la Tierra. A las máscaras psicológicas de las pasiones que, espíritu observador, había visto en los rostros ajenos, unió las máscaras etnográficas y antropológicas: cada personaje fué de su país, de su raza, de su tiempo y de su edad.

Volvimos á ver en escena un rostro, una figura completamente nueva cada vez que habíamos de ver un carácter nuevo. Vilches desaparece bajo sus admirables caracterizaciones; no es él: es «Wu-Li-Chang», es «Nopal», es el «Profesor Clenof» en cuerpo y alma, en espíritu y en forma exterior. Vilches sabe ser, á un tiempo, el escultor de su alma y el escultor de su cuerpo...

Así es cómo consigue ser gran actor: primitivamente es su espíritu el que modela la forma material en que ha de vivir el espíritu del personaje; después es la forma material así creada la que da sus líneas fundamentales del espíritu. De Emilio Mario cuentan que cuando una vez hubo de interpretar un papel de sacerdote, previamente, durante muchos días, usó en su casa el traje talar. Seguramente logró algo



Un etnógrafo ambicionaria para su colección de tipos árabes una fotografía del personaje de «Los secretos del harén»; es Vilches mismo, pero tan otro, que engaña al ojo más perspicaz y adiestrado en la contemplación de razas

más que mover con verdad los pliegues de la sotana; tal vez se asimiló también rasgos espirituales.

Cada línea trazada por Vilches sobre su rostro es un signo del más íntimo lenguaje mímico de un alma.

Cuando Vilches, caracterizado ya, se mire al espejo, aquel espejo de un alma mostrado por la imagen, le dirá con perfecta exactitud lo que el alma de aquella máscara debe ser.

Es una forma nueva de sugestión que, viniendo de una imagen externa, tiene, sin embargo, toda la fuerza de una autosugestión.

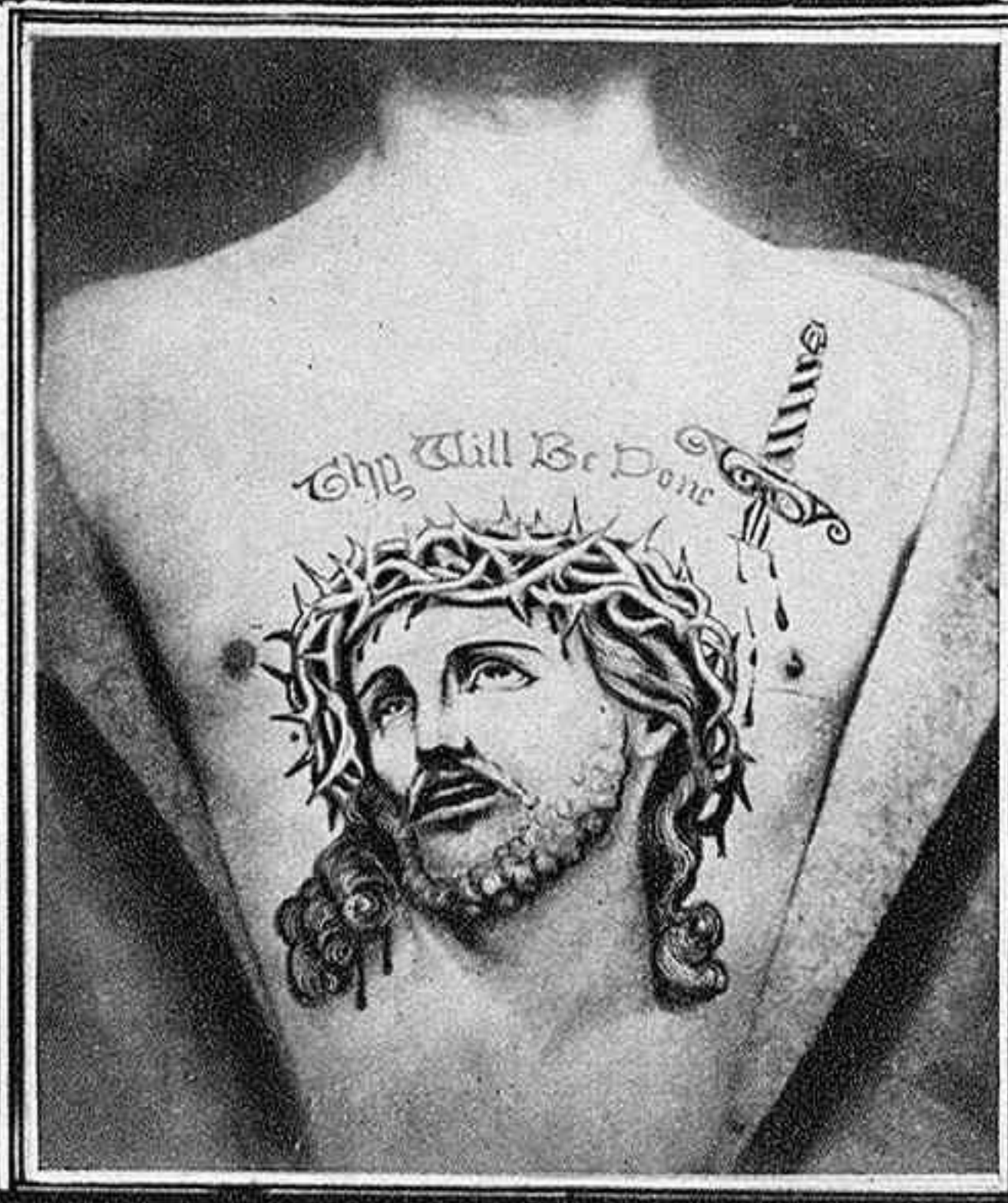
A. M.

El «Profesor Clenof» no parece aquí, encarnado en Vilches, una figura literaria, sino un personaje real que vivió y vive; su gesto es la historia completa de una vida

Años de juventud y de amor los años del príncipe en «El viejo Heidelberg», bebiendo cerveza junto al preceptor borracho y teniendo sobre las rodillas á la amada. ¿Vivió Vilches esos años? Cuando menos los vió vivir y da á la figura del mozo destinado á reinar sus rasgos típicos



«La diosa de la noche», dibujada en la espalda de una mujer, puede tener una significación simbólica



La imagen de Cristo sobre un pecho humano, encima del corazón, es también un símbolo místico



Un águila cazadora puede tener un sentido heráldico, pero en este tatuaje alude tal vez a la profesión

EL ARTE EXTRAÑO Y CRUEL DE LOS TATUADORES

¿Cuál es la significación de las pinturas hechas sobre la piel humana, á que damos el nombre de tatuaje?

Para saberla necesitaríamos conocer, cuando menos, la fecha y el país en que fueron hechos. De lo primero, sólo cuando el artista se cree en el caso de firmar su obra, y aún no siempre. Uno de los tatuajes que hoy reproducimos, el que representa á Cristo en el Calvario, lleva, efectivamente, la firma de su autor, Silberland Mac Donald; pero no la fecha. Los más ni siquiera firman. En cuanto al país, cuando los tatuajes, como suele ocurrir, llevan leyendas, el idioma en que están éstas puede servir para identificarle.

Hay que contar también para descubrir esa significación con las preferencias del artista y del paciente soportador del tatuaje: los más son simbólicos de la fuerza, de la astucia, representados por animales caracterizados por esas cualidades. Otras veces



El arte racial se manifiesta en las tracerías que cubren las manos de un marroquí

tatuaje fué durante algunos años en la corte de Rusia, y tanto más cuanto más elevada la aristocracia, moda y signo de distinción: de esa época son los tatuajes simbólicos con tendencia heráldica, los magníficos dragones que cubrían amplias extensiones del cuerpo, las serpientes que se enroscaban en los brazos á modo de pulseras, las águilas en lucha ó en paz...

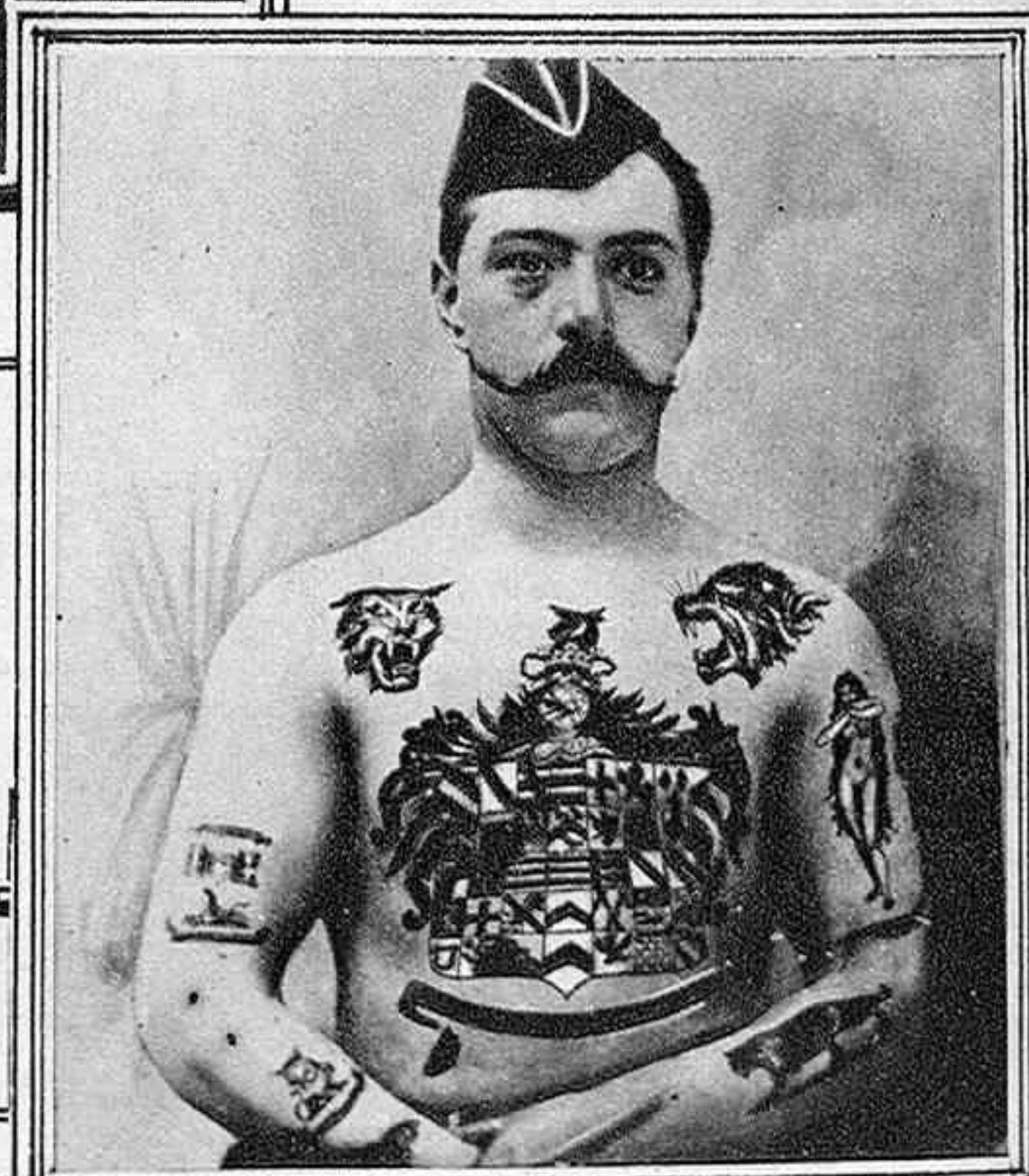
Los tatuajes místicos muestran también una tendencia especial, digna de estudio.

El trazado de los tatuajes es una operación dolorosa y cruel: cada punto de ellos representa un pinchazo de aguja ardiente; y cuando todo el cuerpo está decorado como las manos del marroquí reproducidas con estas líneas, ó los pechos y las espaldas con letreros obscenos, algunos archivados en las colecciones gráficas de la Escuela de Criminología, representan asombros de paciencia y de tenacidad.



El dragón dibujado sobre una espalda de hombre, encima de un cinturón, tatuado, y cerca de otros tatuajes, es aristocrático

La variedad de motivos en las diversas partes del cuerpo de un soldado indica la versatilidad del espíritu



LOS CORTEJOS HISTORICOS DE ROTENBURGO

COMO SE HACE REVIVIR EL PASADO



«La horca de los lasquenetes», parte masculina de uno de los grupos del cortejo histórico de Rotemburgo

Los muy famosos cortejos retrospectivos de la vieja ciudad germana de Rotemburgo, sobre el Tauber, han tenido también este año su propia belleza tradicional.

Grupos diversos han representado, como en esa fiesta es costumbre, diversas épocas y diversas costumbres muy apropiadamente significadas por sus indumentarias características; los rotemburgueses han hecho ya una especialidad de ese género de resurrecciones históricas, y cada grupo que pasa en los cortejos da la viva sensación de lo que fué y trae á la memoria un momento culminante del tiempo que pasó.

Hombres y mujeres se someten por



La parte femenina del grupo de los lasquenetes
(Fots. Agencia Gráfica)

igual y de una manera muy germana á la más estrecha disciplina para adaptar sus trajes, sus actividades y hasta sus gestos á las instrucciones de los peritos en historia y en indumentaria y que dirigen la fiesta. De ese modo consiguen que los grupos tengan la mayor fuerza evocadora, y persiguen, además, un propósito docente que no puede faltar en ninguna fiesta ni en ningún empeño germano.

Los habitantes de Rotemburgo han logrado así que sus cortejos históricos sean ya atractivo de turistas, y habrán de serlo cada día más, porque serán más divulgados y conocidos, y los rotemburgueses cuidan de perfeccionarlos progresivamente.



CUENTO GITANO

LA SALVAORA

ENCHANDO mano á la petaca que llevaba en la faja, el viejo gitano ofreció tabaco á su interlocutor. Y dando profundidad y emoción á su acento, comenzó:

—Ni en Triana de Sevilla, ni en el Mercaillo de Ronda, ni en los Percheles de Málaga, ni en los barrios bajos de Madrid; ni en el de la Viña, de Caiz; ni en Santa Marina, de Córdoba; ni en el Campillo de aquí, de Graná, ni en toas estas cuevas del Sacro Monte, floreció nunca rosa como ella de ningún rosal gitano. A usted le gustaría ahora que yo le dijera cómo era de bonita la Salvaora... Pero no pue ser. Aunque me ofreciera usted el caballo de Santiago pa dir á venderlo á la feria; aunque me metiera usted en el bolsillo dos kilos de billetes... no podría. No hay palabras. Si usted quiere tener una idea de cómo era la Salvaora, póngase á escuchar una seguirilla gitana punteá por mí y cantá por mi Angustias, que es una alondra. O póngase á contemplar á Graná una noche de luna, desde el mirador de Lindaraja... Quiero decirle á usted que pa figurársela ha de ser por arte de brujería, señor; que bonita como ella sólo hubo en el mundo otra: la Madre de los pastores. Ya usted ve; una hija tengo yo... ¿pa qué voy á ponderársela, señó, si usted la ha visto? Es una reina, ¿verdá usted? Pos no tiene comparación con la Salvaora.

Y empuñando el cado, el gitano envió á su seco gznate un vaso entero de solera.

—Proporciones como la Salvaora no las tuvo en jamás mujer ninguna—añadió—. Payos y cañís, señoritos y gentes de la tierra, títulos de esos que andan con el rey... ¡Hasta un señorón

extranjero que decían si era ó no era pariente del Bran de Ingalaterra!... Pero el orgullo de la Salvaora valía más que el mundo entero. Y si alguien le decía, pongo por caso: «¿Por qué no te casas, Salvaora?», ella respondía siempre: «Porque no hay hombre que á mí me tire pa tanto, ni dinero en el mundo pa pagar mi libertad».

Pausa. El viejo gitano recuerda la voz de la Salvaora, y se extasía. Pasa el hechizo y continúa:

—Por entonces se dejó caer por aquí Joseíto er caballista, un gitanillo malagueño, de Capuchinos, desbravaor de caballos, más sonao desde la Puerta de Purchena á la campiña de Jerez que Barceló por la mar.

—Guapo él...

—No, señó; feo apretao el charrán, pero Dios le había puesto tanto rcsío en la cara, que pocos le podían llevar el pulso mano á mano con una jembra. Y luégo, que á caballo era una estatua, y cantando... ¡bueno, cantando era lo que se dice un ruiseñor! Con el trajín de los caballos ganaba el dinero á chorros y á chorros se lo gastaba. ¡El Señor le había bendecido aquellas manos, porque no hacían más que repartir las manos de Joseíto! Pero pasó lo que tenía que pasar, ya lo comprenderá usted. Joseíto vió á la Salvaora y como se había colgao á la bandola muchas mujeres de bandera, se creyó que ésta era una más, una de tantas, y fué y se arrimó á ella, y metiéndola la cara, como hay que hacer siempre con las de postín, la tanteó por seranas...

—¿Y qué pasó?

—¡Qué iba á pasar, cristiano! Que la Salvaora lo miró de arriba abajo, soltó la carcajá, como hacen en el teatro, y le volvió la espalda... El probe Joseíto se queó más feo que era entoavía. Pa consolarse, se fué á beber vino con unos amigos y, encoraginao, se le resbaló la lengua. ¡Eso fué lo que perdió al probe Joseíto, lo que perdió á la Salvaora y lo que nos perdió á tós!

Y para ahogar la nueva congoja que le invadía, el viejo gitano alzó con verdadera unción el vaso lleno y lo acercó religiosamente á sus labios.

—Beba usted, señó; el vino es placer más barato y seguro que las mujeres.

—Dice usted que Joseíto se fué de la lengua...

—En mala hora, señó. Los amigos le querían consolar y unos le platicaban una cosa y otros otra, lo que pasa en estos casos; pero él va, de pronto, y dice: «A esa pctranquita de nácar la voy á dejar yo más suave que un guante de cabritilla.» Por aquel entonces no pasó más. Pocos días después estábamos con el ganao en la feria de Murtas, y como la Salvaora andaba una mijilla seria con Joseíto, éste se arrimó y le dijo:

—¿Cómo estamos tú y yo, Salvaora?

—Yo, asustaíca; porque como has dicho que me vas á domar...

—Es mi oficio.

—Tú domarás caballos.

—Y mujeres.

Otra vez se echó á reír la Salvaora.

—¡Prueba!

A Joseíto un color se le iba y otro se le venía. De golpe, se echa el sombrero á la cara, se arri-

ma al *Bitoque*, el padre de la Salvaora, que estaba trenzando una cincha, y le dice:

—Dame tu hija pa casarme con ella.

El *Bitoque* se le quedó mirando y se echó también á reír.

—¿Que te la dé yo? Cógela tú si quieres... y si puedes.

Joseíto se volvió lentamente hacia Salvaora, que estaba jugueteando con un látigo de cuero, y le dijo:

—Ya lo has oído, Salvaora. Por la ley de Dios te quiero pa casarme contigo. Nunca pensé que hubiera en el mundo ni *gachi* ni *calorri* capaz de sujetarme; pero tú le has echao un freno á mis potencias toas. Tú me has jurgao en lo jondo del pecho, adonde no había llegao entoavía mujer ninguna. Con que *diña* la del corasón, salero, y pelillos á la mar.

Y hablando así le alargó la mano á la Salvaora. Pero de repente vimos que Joseíto levantó los brazos en alto, perdió tierra y cayó tó lo largo que era, como si una bala le hubiera alcanzao en medio de la frente. Era la Salvaora, que echándole el látigo le había enredado los pies, y, riéndose, tiraba...

Joseíto se levantó, se agarró la cabeza con las dos manos, como si temiera que fuese á dar un estallido, y echó á andar despacio, hasta que se empezó á perder de vista entre el ganao. Estaba oscureciendo, y yo le seguí, porque me dió no sé qué reconcomio al verlo de aquella hechura. ¿Comprende usté? A todo esto, la Salvaora, silenciosamente, se seguía riendo.

•••••

—Cerca de allí bajaba un arroyo, y en una peña, junto al agua, se sentó Joseíto. Yo me tumbé en el suelo, sin perderlo de vista. Pasó una hora, dos, tres... Era una noche de Junio: á la luz de la Luna, el río parecía de plata. De repente, veo á la Salvaora que baja la parte de la umbría y se acerca al río. Debió ver á Joseíto en seguida, porque se fué derecha á él; pero él ni la vió ni la sintió, hasta que ella le tocó en el hombro. Joseíto se estremeció, se

quitó las manos de la cara y al ver á la Salvaora se puso en pie de un brinco. Parecía que se iba á arrojar sobre ella, que la iba á hacer peazos. No se me olvidará nunca: el uno enfrente del otro, silenciosos, inmóviles, mirándose á los ojos, como si estuvieran desafiaos; la Luna y yo de únicos testigos. Fué un instante, pero duró una eternidad. A mí el sudor me corría por la frente.

De repente, dijo la Salvaora:

—Siéntate, que te vengo á hablar.

Joseíto obedeció, como hipnotizao.

—Te quiero, Joseíto—exclamó la Salvaora—. Te quiero, como yo había ensoñao que había de querer el día que quisiera á un hombre. Pero conmigo no valen barrumbás, ni fantasías, ni cosas que van y vienen. ¿Te enteras? Tú has dicho que me ibas á domar. ¿Cómo? ¿No sabes tú que mi padre con ser mi padre, teniendo el poder que tiene, no ha podío sujetarme? De modo que, escúchame bien, Joseíto. Anigual de yo ser tuya, vas tú á ser mío... Tendrás el disfrute de mi persona, mis besos y mis caricias para ti serán; pero por hablar lo que has hablaao, mañana me pedirás perdón delante de toíto el mundo, pa que vean que yo no soy una mujer como las demás, y besarás la tierra donde yo ponga los pies.

Se levantó Salvaora, y mirando á Joseíto, como si fuera un trasto, exclamó:

—¿Me escuchas tú, Joseíto?

—Te escucho, reina; no tengas tú cuidao, que lo que mandas lo haré.

Quiso Joseíto darle la mano, pero ella le volvió la espalda y echó á andar hacia el campamento.

El otro pobre se quedó allí todavía unas horas, revolcándose y gimiendo...

Aquella misma noche le relaté yo al *Bitoque*, el padre de la Salvaora, lo que había presenciado.

—No te metas nunca tú, *Acebucho*, en cuestiones entre hombres y mujeres—me respondió el *Bitoque*—. Allá ca cual se apañe ó se remiende como puea las cosas del *garlochí*.

—El día siguiente—siguió relatando *Acc-*

buche—tuvimos un trajín muy grande. Yo *bine-lé* dos *greñís* como dos rosas de Alejandría, en cuarenta y cuatro *rundis*...

—Deja el caló, *Acebucho*, y habla como Dios manda.

—Pus que vendí dos bestias hermosísimas en cuarenta y cuatro duros como cuarenta y cuatro soles. El *Bitoque* echó fuera una mula resabiá, que estaba resentía del madrejón, en cinco mil quinientos reales ná menos... Total, fué un día afortunao y estábamos preparaos pa celebrarlo, cuando llegó Joseíto arrastrando las tabas, con los ojos abotargaos, picaillo de bebía, y va y dice de sopetón:

—Caballeros, vais á ser testigos de que pido perdón á la Salvaora, porque la he ofendió en su orgullo de gitana. Yo estaba acostumbrao á á tratar ná más que con *gachís* de media casta, y por eso me he equivocaao con la Salvaora. Vengo á pedirle perdón.

—Deja eso pa otro día y toma un trago y cántate algo—dije yo.

—No; primero voy á ver si esta gitana tiene tan duro como dicen el corazón...

Y antes de que ninguno pudiera remediarlo, ya estaba la Salvaora en el suelo con la faca de Joseíto clavá en el pecho hasta el nácar de la empuñaúra. Visto y no visto, señó; la Salvaora cayó sin dar un gemido, sonriendo, y cuando se le estaban cerrando los ojos, le estaba pidiendo un beso con los labios á Joseíto, que, arrodillado, le había agarrado la cara y se la comía á besos...

Chillaban las mujeres, pedían los hombres á gritos que lo amarraran, y ya iban á sujetarlo, cuando se adelantó el *Bitoque* y, conforme estaba arrodillado Joseíto, lo pasó de parte á parte. Allí quedó, con la cabeza recliná en el pecho de la Salvaora, hasta que fueron los de la Justicia...

—Tome usté, señó—terminó el viejo *Acebucho*, alargándome el vaso—; beba usté; el vino es placer más barato y seguro que las mujeres...

JOSÉ RODRIGUEZ DE LA PEÑA

(Dibujos de Regidor)



LOS ALEGRES DOMINGOS JUVENILES CÓMO SE DIVIERTEN LOS EXPLORADORES EXTRANJEROS



Los exploradores no exageran sus preocupaciones de «toilette» para asistir á la comida en el campamento de Gillwet Park



Los muchachos gustan, sobre todo, de ejercitar la fuerza y la destreza

(Fots. Marín)

LAS ROSAS DE DON JUAN

MIREN bien...: de un lado las buenas acciones, de otro las malas... *Finis Gloria Mundi*. Las palabras de Sor Inés suenan quedas en el silencio del templo. Es de una realidad macabra, escalofriante, este cuadro de Valdés Leal: separados por la simbólica balanza de la justicia, los cadáveres de un caballero de Calatrava y de un obispo, devorados por el mismo hervidero de gusanos.

La hermana prosigue su explicación:

—En este marco vacío falta el famoso cuadro de Murillo *Santa Isabel curando á los leprosos*; desapareció de aquí cuando la Revolución francesa; luego se pudo recuperar, y ahora se encuentra en el Museo del Prado. Esto no es justo: su autor lo pintó para esta iglesia. Murillo, así como Valdés Leal y Alonso Cano, eran Hermanos de la Paz y de la Caridad; á esa circunstancia se debe que enriquecieron el templo con sus obras de arte.

Sor Inés anda despacio, sin ruido, como si se deslizara su figura esbelta y leve sobre las losas del pavimento; abre la puerta del templo y se detiene en el atrio, fija la vista en el suelo.

—Aquí descansaron los restos del fundador.

En la piedra desgastada desciframos:

«Miguel de Mañara, 1679.» Dispuso en su admirable testamento que se le diera terriza sepultura á la puerta de la iglesia para que todos lo pisaran y por considerar á su sucio cuerpo indigno de estar dentro del templo de Dios, y que sobre la misma se escribieran estas palabras:

«AQUÍ YACEN LOS HUESOS Y CENIZAS DEL PEOR HOMBRE DEL MUNDO.»

En estas palabras, llenas de humildad y renunciación, Miguel de Mañara no consiguió sustraerse á un movimiento de vanidad.

«EL PEOR HOMBRE DEL MUNDO»...

¿No es preciso estar muy seguro de sí mismo, de lo peor de sí mismo, para aspirar á llevarse la palma en este pugilato de perversidad?...

No puedo por menos de preguntar:

—¿Tanto daño hizo?

—Yo sólo conozco sus buenas acciones—responde la hermana.—Vea las sentencias admirables que nos dejó escritas aquel santo varón.

En los muros del claustro leemos los siguientes versos:

*Vive el rico en trabajos anegado,
Vive el pobre en miserias sumergido,
El Monarca en lisonjas embebido
Y á tristes penas el pastor atado.
El soldado á los triunfos consagrado;
Vive el letrado á lo civil unido;
El sabio, en providencias oprimido;
Vive el necio, sin uso á lo criado,
...y de todos la muerte es acogida.*

Y estos finales, de un misticismo á lo Teresa de Jesús:

*¿Y qué es morir? Dejarnos las pasiones.
Luego el vivir es una larga muerte.
Luego el morir es una dulce vida.*

Guiados por la monja, hemos desembocado en un angosto callejón anejo al edificio del Hospital.

—Sin embargo—pregunto—, Miguel de Mañara, como San Agustín, como Ignacio de Loyola, tuvo una juventud... tempestuosa. ¿Qué le indujo á emprender aquella vida de penitencia?

La historia de don Juan, ingeniosamente referida por una monja en el recinto de un convento sevillano, no puede ser más emotiva.

—Sí—digo, después de una pausa—, poco más ó menos, la historia del Tenorio.

Sin querer, mis palabras han escandalizado á Sor Inés.

—El fundador—dice muy digna, muy grave—no tiene nada que ver con aquel señor.

Voy á replicar: ¿Cómo que no? Pues no sabe usted que la vida de Mañara inspiró precisamente á Zorrilla?...

Pero me callo. Sor Inés no me creería, no querría creerme. Para ella sólo existe el Mañara devoto, ascético. Ignora su travesía por un mar proceloso, sin la cual no hubiera arribado á un puerto de salvación. Para ella, Miguel de Mañara no es, no fué nunca, el Casanova andaluz, el inquietante conquistador, el burlador pendejero y sensual... Sor Inés no pronuncia siquiera su nombre, aquel nombre prestigioso que debió temblar en muchos labios femeninos con ansiedad y con nostalgia... Cuando habla de Mañara, Sor Inés dice: «El fundador»...

—Acaso—no puedo por menos de decirle—los Santos más conmovedores son los que pecaron antes de su santidad, los que amaron mucho la vida antes de amar solamente á Dios.

Los ojos claros, azules, me miran atónitos, bajo las tocas albas.

Por la vida sencilla y buena de Sor Inés no ha debido de pasar nunca el tormento de la duda ni la sombra del pecado.

•••••

Pero en el jardín del Monasterio por él fundado, Miguel de Mañara plantó siete rosales en memoria de siete pecados de amor.

¡Oh, Sevilla—misticismo y sensualidad, zambra y saeta—, tierra incomparable, en que siete puñales son el símbolo del mayor dolor de una Madre y siete rosales representan los culpables amores de un hombre pecador!...

En la paz del claustro, ¿evocaba á veces Mañara su tempestuoso pasado?

¿Tuvo, al plantar los rosales, la secreta complacencia agrídulce de San Agustín al escribir sus confesiones, un reflejo del culto al propio yo, de esa indulgencia enternecida que nos inspiran nuestras culpas, un deseo de póstuma seducción?...

Miguel de Mañara: Si realmente aspirabas al desprecio de los hu-

manos, si en verdad deseaste ser pisoteado y escarnecido, ¿por qué elegir los rosales para perpetuar tu memoria?...

Pues... ¿cuál será la mujer capaz de maldecir el recuerdo de un hombre cuyos antiguos pecados de amor florecen cada primavera en un rosal sevillano?

AGUSTÍN DE FIGUEROA

Sevilla, Mayo de 1930.



Don Miguel de Mañara y su autógrafo

—Le indujo... un hecho acaecido en este mismo lugar: por aquí vió pasar el fundador su propio entierro; desde entonces se llama á este pasadizo «La calle del Ataúd.»

Las palabras de Sor Inés nos hubieran parecido casi incoherentes, de no conocer la célebre leyenda de Zorrilla.

—Fué un hecho milagroso. «¿De quién es este entierro?» preguntó el fundador. «De don Miguel de Mañara», le respondieron. «Don Miguel de Mañara soy yo». Y en el ataúd, abierto por orden suya, el fundador pudo reconocer su propio cadáver.



«El inválido», cuadro original de Ricardo Verdugo Landi, que figura en la Exposición Nacional de Bellas Artes

DEL REINO INTERIOR

DIALOGOS A OBSCURAS

*De noche, á solas con uno mismo,
enfrente de la conciencia
que nos presenta su espejo,
¿quién resiste á la voz que nos increpa?
La conciencia pregunta,
nuestros actos contestan.*

*En el espejo austero
la imagen de nuestra alma se refleja...
¿Somos tan buenos como nos juzgamos?
¿Somos guapos de veras?
¿Hemos perdido la «línea»?
¿Llevamos á la moda la vestimenta?
El espejo (¿por qué no se hace añicos?)
nos dice la verdad lisa y escueta:
la envidia padecida,*

*el rencor, la soberbia,
la ingratitud, el egotismo,
la necedad, la vileza...,
todos los impulsos malos,
todas las acciones feas...*

*Aprensivos: no basta con mirarse
en el espejo la lengua.
Conviene dialogar con el espejo,
sabiendo la importancia que tienen las respuestas.*

FANTASMAS

*Se vive por dentro;
sómos seres invisibles
que unos á otros nos vemos
por demasiados sutiles.*

*Somos una llamita
que llora y que se rie,
que ahumbra y que se apaga
dentro de un vaso. Somos los candiles,
nada más, de la luz que va en nosotros.
Cuando el aceite falta, la luz sigue.*

*Lo que pensamos, lo que sentimos,
compone nuestra vida, dulce ó triste.
El cuerpo es el fantasma de nosotros,
lo que va por la calle, lo que finge
una verdad; mas la verdad es otra:
nuestra luz interior, inextinguible.
No huy más verdad que esta verdad tan íntima,
y lo que llaman realidad... no existe.*

J. ORTIZ DE PINEDO

EXPOSICION CANINA DE BARCELONA

LO MAS BELLO DE LA EXPOSICION



EN los jardines de la Exposición de Barcelona, un animado Certamen Internacional de perros ha permitido que los canes favorecidos por la fortuna luzcan sus gracias raciales, y sus dueñas la natural gentileza.

Para muchos hombres que, según la frase vulgar, «llevan vida de perros», esos concursos deben ser motivos de envidia, y no ciertamente por los laureles conquistados en ellos por los ejemplares expuestos, sino por el entusiástico cariño con que los exponen sus cuidadosas «amitas».

Uno de los primeros artículos—cuentos dialogados—que escribió Benavente, y publicó *Blanco y Negro*, fué una aguda sátira contra las señoritas aficionadas á los perros, que se dedicaban á criarlos con una suma de conocimientos fisiológicos de aplicación zootécnica que sonaban un poco estridentes al salir de juveniles labios femeninos.

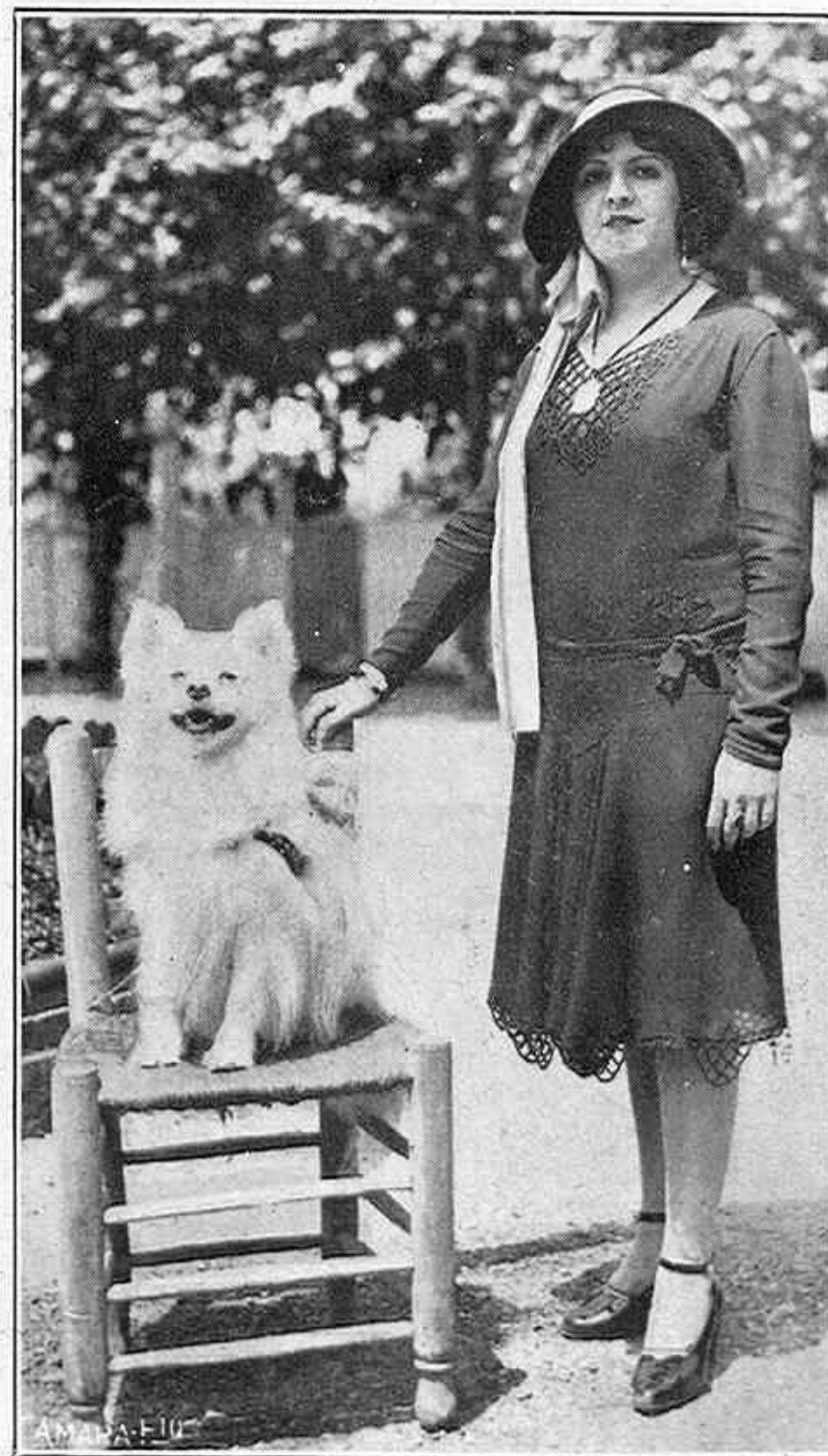
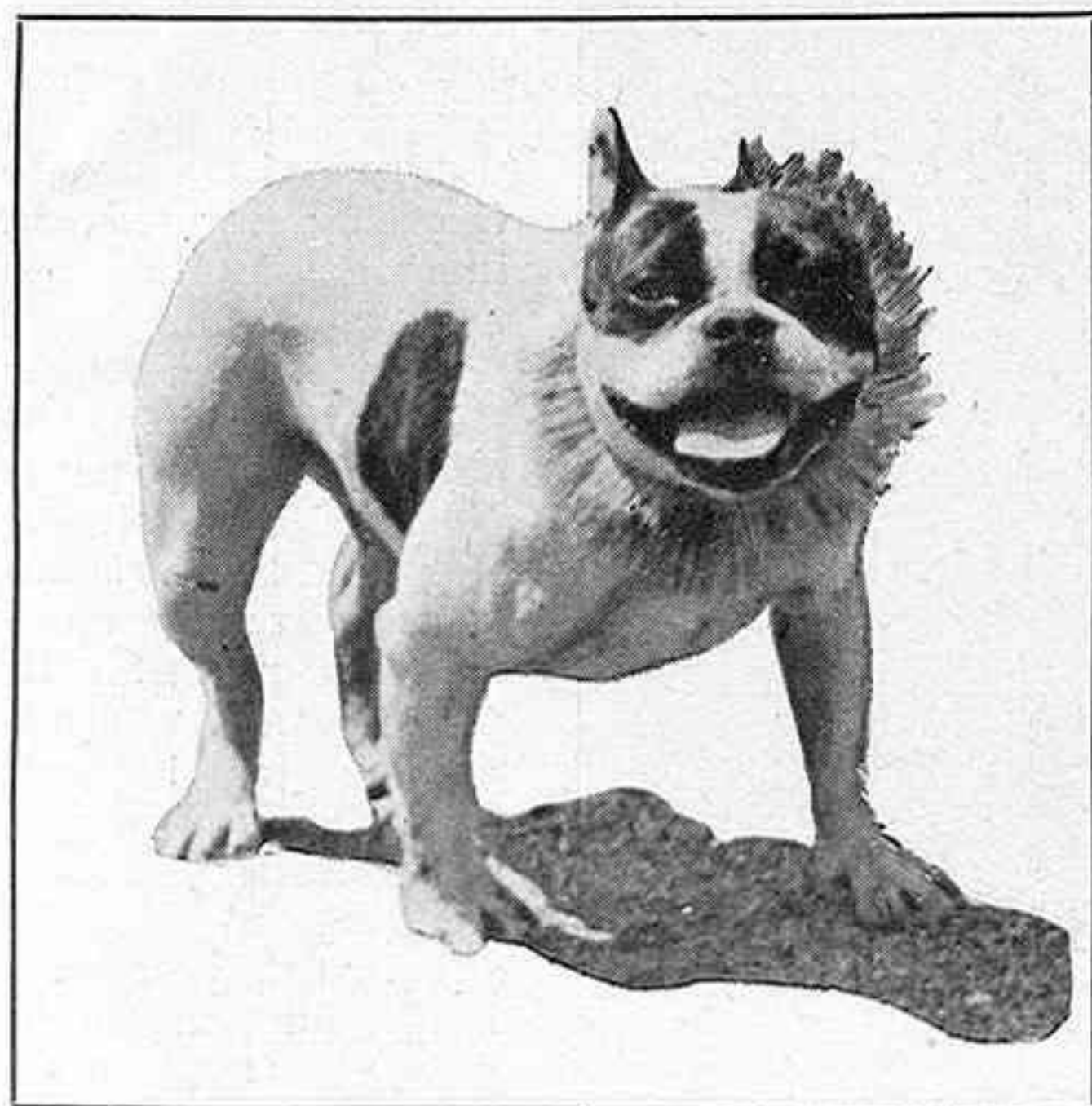
Algunos de los más bellos y característicos ejemplares presentados al Concurso Internacional celebrado en Barcelona

(Fots. Gaspar)

Aquella sátira, como tantas otras con que los grandes y aun los pequeños literatos han procurado aleccionar á la Humanidad, se perdió en el vacío, afortunadamente, y así, los aficionados á ese género de concursos siguen encontrando en ellos, como un aliciente máximo, la belleza de las expositoras que, sin pretenderlo seguramente, roban muchas miradas al can que presentan.

¿Se deja el Jurado suggestionar por esos elementos extraños? ¿Tiene siempre la suficiente ecuanimidad para desentenderse de la influencia de dos ojos bellos que piden «con mucha necesidad» una recompensa?

Creámoslo así, en honor de los jurados mismos, que para proceder así con tan noble ecuanimidad, si no son «de bronce ó peña», deben ser de alguna materia semejante.



ALMA Y VIDA DE «EL PUEBLO ESPAÑOL»

LA SEMANA ANDALUZA



Una orquesta típica andaluza actuando en la gran plaza de «El Pueblo Español», ante muchos millares de espectadores

EL Pueblo Español», la admirable nota de la Exposición de Barcelona, con ser tan bello, sería frío, como cosa muerta, si de vez en cuando no hubiera recorrido sus calles el calor fraternal de las diversas regiones de España, o fr endando un trozo típico de su vida á Barcelona, que supo alzar aquel magno monumento al hogar hispano.

Por fortuna, sucesivamente han ido pasando por aquellos característicos lugares de recuerdo y evocación los diversos matices del alma española, que, aparentemente diversos, se han fundido, no obstante, armonizando sus matices, como se funden en aquellas callejas los más diversos estilos de la arquitectura nacional.



Un grupo de danzarinas andaluzas durante un descanso (Fots. Gaspar)

De ese modo, mediante la sucesión de esas semanas regionales, en que no ha faltado ninguna de las características de España, «El Pueblo Español» ha tenido alma y vida: cada región ha encontrado allí su hogar propio; se ha encontrado como en su casa, y de esas visiones parciales ha resultado y está resultando fuerte y vigorosa la imagen sintética de nuestra nación.

La más reciente de esas semanas, la andaluza, ha hecho pasar por aquellos callejones, en que la freiduría enfrenta con una famosa mansión rondeña, tipos y costumbres propiamente andaluces; trasplantados por unos días del ambiente natural, al recorrer aquella urbe polícroma han podido, sin embargo, encontrarse en él.



Imagen exacta de un grupo de romeros andaluces que encontró fondo típico en «El Pueblo Español»

No han perdido ni lo más suave de su aroma regional, ni han podido sentir la nostalgia de la tierra lejana, y así, la estancia en Barcelona de los grupos andaluces ha podido tener toda la franca y bulliciosa alegría de la mismísima tierra de María Santísima.

¿No será «El Pueblo Español» el más perfecto símbolo de la unidad nacional, fusión perfecta de las diversas regiones, sin que ninguna pierda un ápice de su carácter?

Siempre que oímos las estridencias totalmente negadoras de los extremistas del regionalismo, pensamos que no las engendró la incompreensión, sino el desconocimiento; para amarse es necesario conocerse, y aunque las fiestas andaluzas no sean, ni



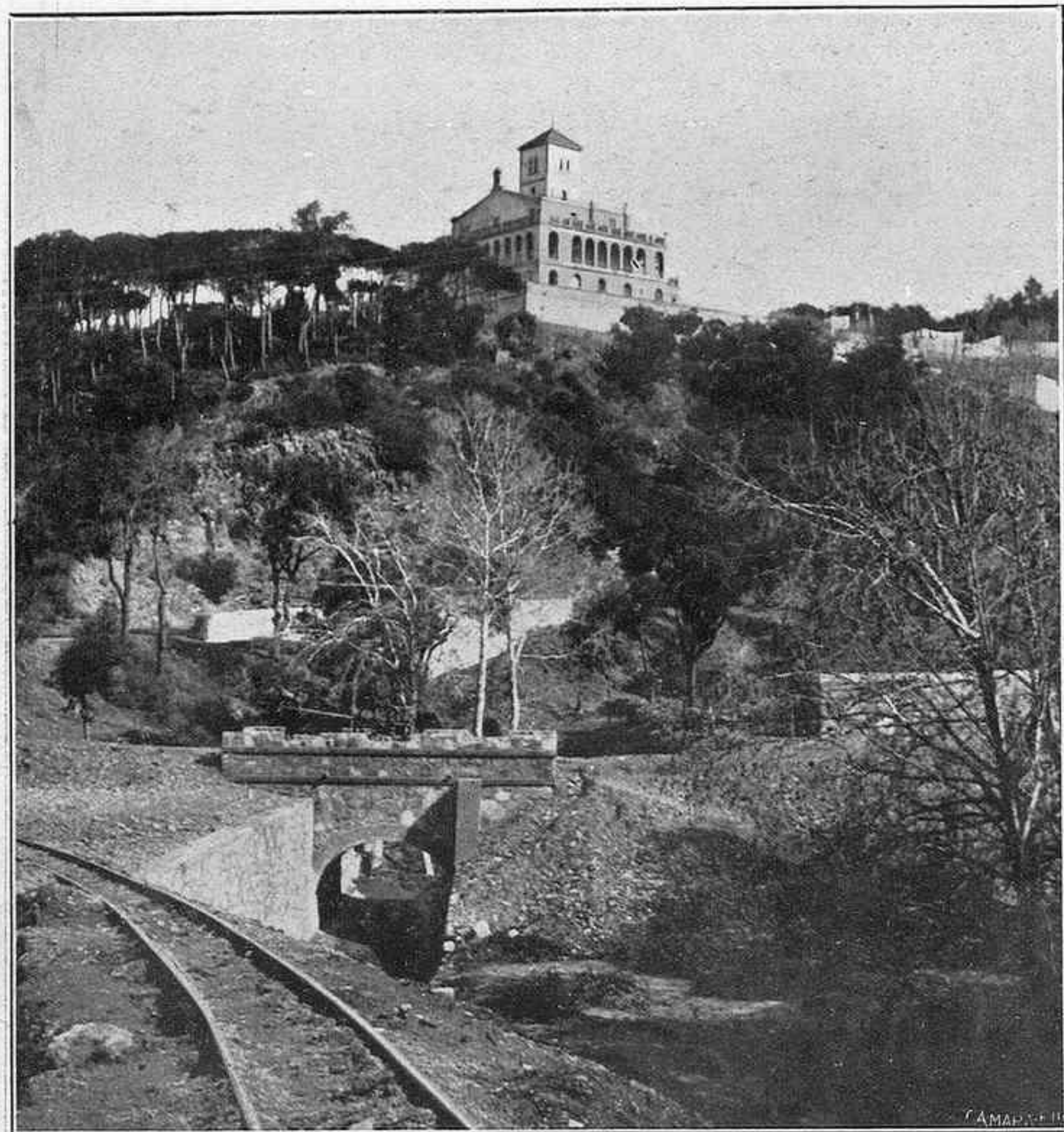
Un grupo, curioso y admirativo á la vez, que aguarda algo sensacional del cortejo (Fots. Gaspar)

mucho menos, toda Andalucía, algo y aun mucho dicen del carácter andaluz.

Aunque no hubiera más en ese principio de conocimiento, habría ya un principio de amor, y, cuando menos, un sedante para las exageraciones regionales.

Andalucía ahora, como antes Valencia y Aragón, ha llegado, con lo más pintoresco de sus tipos y lo más característico de sus costumbres, á Barcelona; con eso ha bastado para que las regiones comiencen á fundirse en la síntesis nacional.

«El Pueblo Español», que, lo repetimos, hubiera sido un cuerpo muerto sin esas semillas regionales, con ellas ha tenido la vida intensa de los cuerpos que tienen alma.



El admirable camino que va de Francia á Madrid, pasando por Barcelona, ofrece bellos paisajes, y de él es continuación y episodio el que lleva á las alturas del Tibidabo...

ESPAÑA se va. De la que pintaron Teo, el divino Teo; Dumas, y hasta el mismo Merimé, menos imaginativo, pero tantaseador aún, no queda nada: ni bandidos á lo *Carmen*, ni manolas con navajas, ni galeras más ó menos aceleradas, ni apenas posadas sórdidas por todo albergue, ni malos caminos imposibles de andar pronto...

Aun hay extranjeros incautos que cruzan el Pirineo en busca de «color»; pero el color es ya no monótonamente gris, como diría un admirador del pasado polvoriento, sino elegantemente gris, con suaves medias tintas que invitan á la plácida quietud. Nos vamos quedando sin la España trágica, pero conquistamos una España amable, más digna de ser vivida; tan plerónica de bellezas, aunque limpia de carroña y de mugre, será aún, por más acogedora, mucho más atrayente.

Aun hay cronistas que se fían de los viejos cuentos franceses, y ven

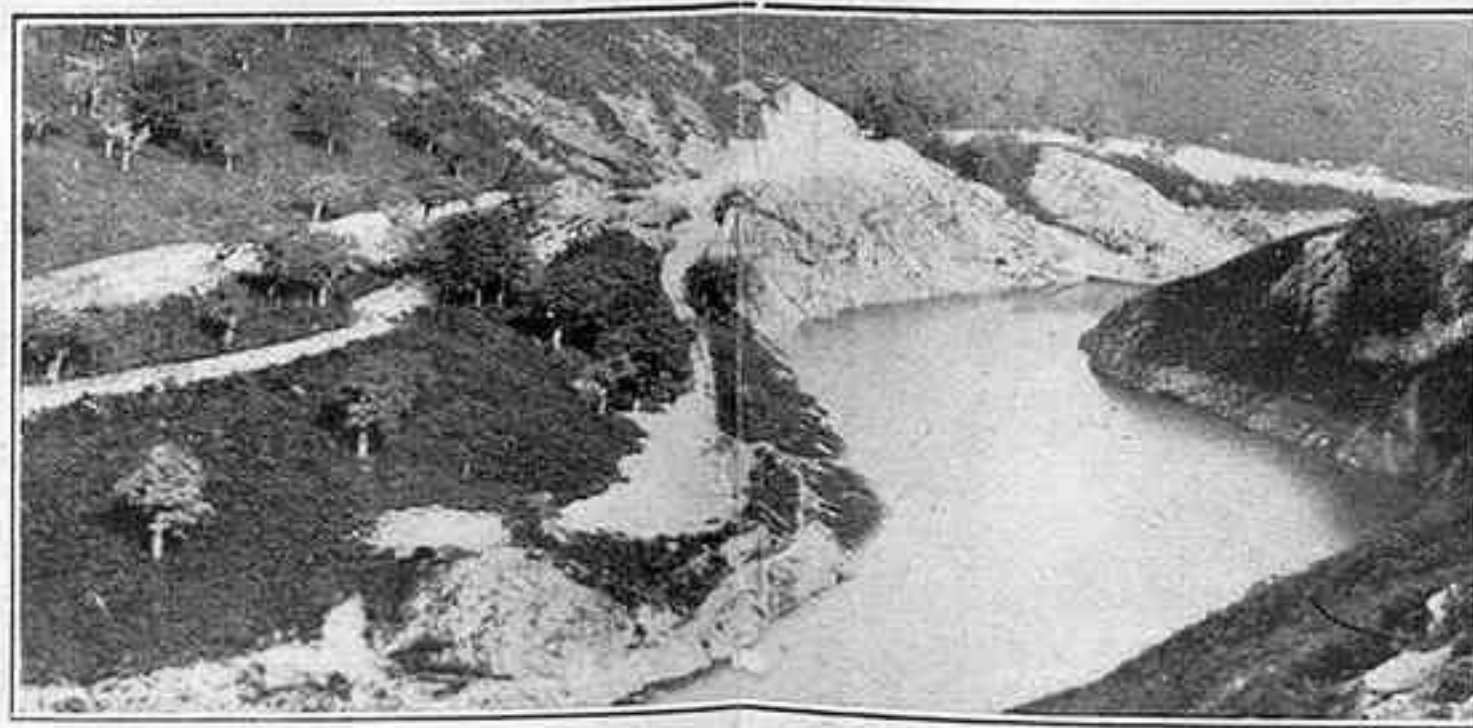


Tampoco hay obstáculos para llegar á la magna belleza del histórico Roncesvalles

en una terraza cualquiera de la calle de Alcalá á los toreros sorbiendo con paja «aguas perfumadas», y alguno queda que, llegado en *sleeping*, en un «gran expreso europeo», habla de los malos caminos, y uno, muy famoso, dijo no hace mucho: «Es que los caminos de España no tienen nada de común con las autovías, porque la mayor parte de ellos están aún en el estado en que los recorrían Don Quijote y Sancho Panza, uno sobre su jameleo y otro sobre su asno.»

Por fortuna, hay ya quien salga al paso de tales excesos imaginativos, y un cronista ruso de *La Depeche*, de Toulouse, escribe contestando á ese cronista: «Es posible que queden en España muchas carreteras que perduren en estado de caminos de herradura; pero yo puedo asegurar que Cataluña, Castilla la Vieja y Navarra, por lo menos, tienen verdaderas autopistas. Yo envidiaría, aun para Francia, el admirable camino que une el Pertús á Barcelona y á Madrid por Zaragoza, ó el otro, tan bello, de Madrid á Irún, amplia calzada, alquitranada, con vira es peraltados, parapetos con colores chillones en los pasajes peligrosos, señales perfectas y enlaces contorneando los pueblos de calles demasiado estrechas. He necesitado salir muchas veces de esos caminos reales. Necesitaba, para una investigación personal, visitar Castelfullit, en la región de Olot. Tomé en Figueras un camino de poco tránsito, por Besols, que me volvió á la carretera de Barcelona, ant s de Gerona. Admiré su perfecto estado de conservación. De Segovia á Boceguillas, de Vitoria á Pamplona y á Roncesvalles he corrido con tanta facilidad como por nuestras mejores calzadas. En un recorrido de 2.000 kilómetros sólo he encontrado un trozo de camino en mediano estado: de El Escorial á Guadarrama, 20 kilómetros próximamente.»

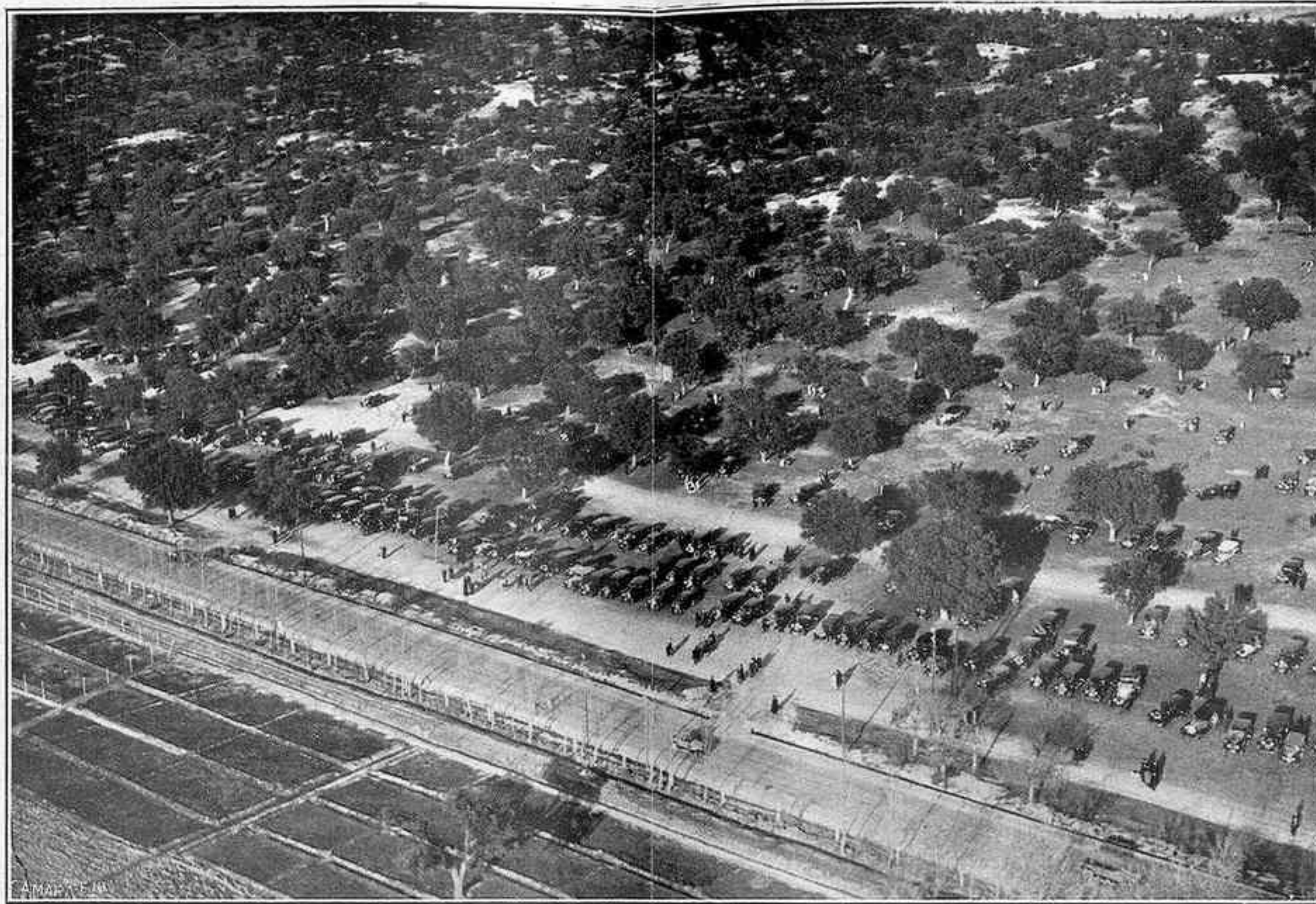
... «El hecho es este: un automovilista puede visitar la España del Norte con tanta facilidad como va de Toulouse á Burdeos. Indudablemente, se pierde lo pintoresco. La venta cede cada día más su puesto al hotel moderno. El camino igualiza, unifica, lleva lentamente las diferencias locales á un tipo común; pero, en cambio, acrece la unidad del cuerpo social y aumenta el bienestar. Conozco algún pueblecillo, antaño perdido en su aislamiento y su miseria, que hoy sorprende por su coquetería, sus calles calosadas, sus anchas avenidas, su existencia



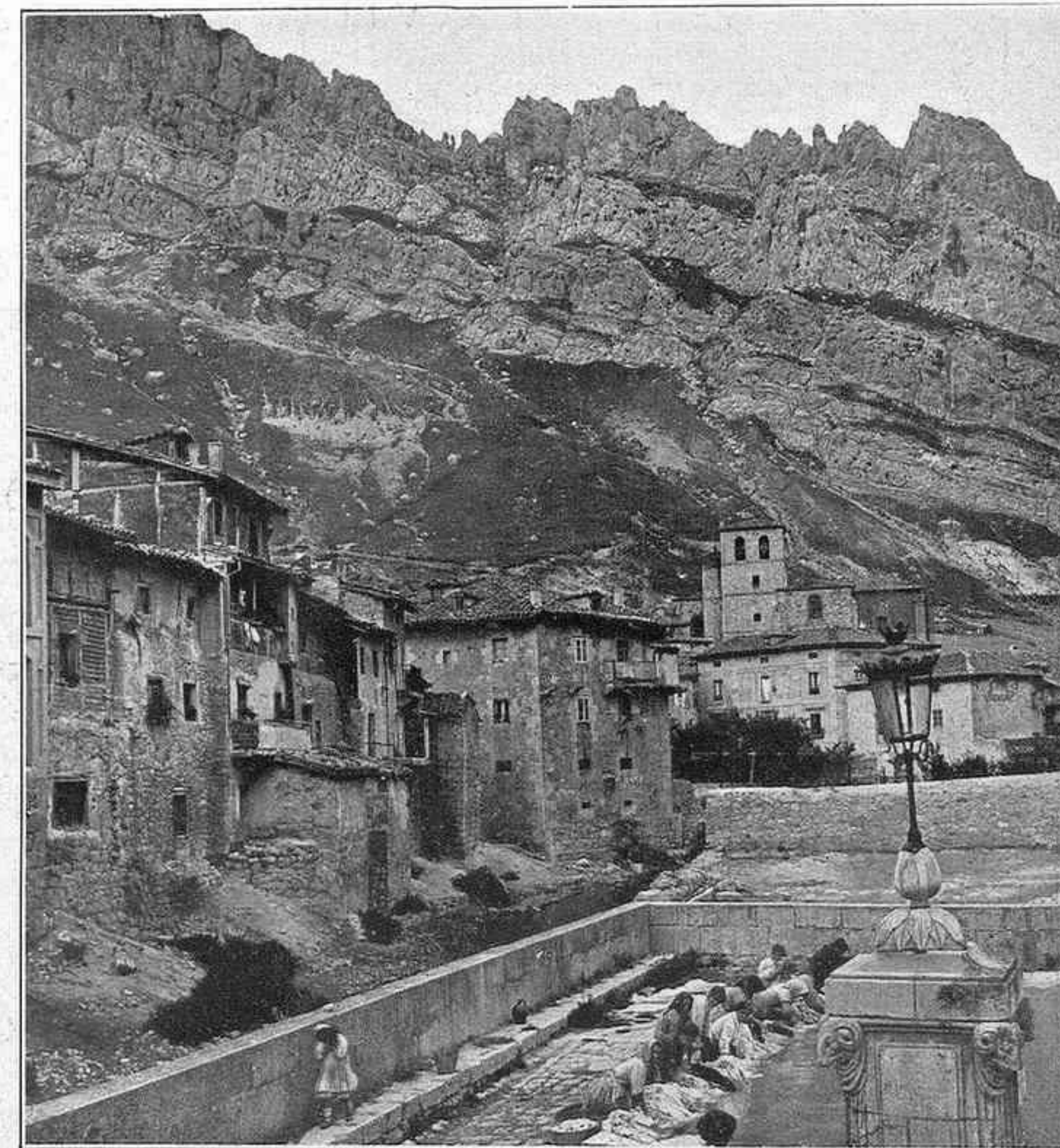
Las carreteras vascas merecen cada día más su excelente fama: he aquí una de las menos fáciles

FIN DE LEYENDA

DOS VISIONES DE ESPAÑA



La carretera de Madrid á El Pardo es una admirable autopista. Desde un avión, se ve en ella la animación extraordinaria del diario paseo



El que fué paso terriblemente trágico de Pancorbo es abordado ahora en plena tranquilidad y ofrenda así fácilmente su ingente belleza á los turistas

activa. España camina á grandes pasos hacia lo mejor. La ayudan las fuertes cualidades de su pueblo, tan vigoroso en su sobriedad, siempre en lucha contra la ruda tierra y el clima violento. Los días de fiesta no siempre son para él días de reposo. En la gran planicie que se cruza desde Cataluña á Guadalajara he contado el día de Pascua más de cincuenta campesinos, inclinados sobre el arado, sacar de míseros surcos una esperanza de cosecha. En los días de Pascua también los pastores del desfiladero de Pancorbo apacentaban sus rebaños, tan indiferentes al sonar de las campanas del pueblo como á los recuerdos dejados en torno por las guerras de Napoleón. ¿Se ha perdido la secular sumisión española á las órdenes de la iglesia y de sus ministros? No sé; pero lo indudable es que el campesino sigue siendo el trabajador afanoso de siempre. Si algún día le fecunda una instrucción ampliamente repartida y servida por amplios créditos agrícolas, llevará á España á la más sólida prosperidad.»

«¿Está turbada por agitación política? Es difícil juzgarlo al pasar, pero no da esa impresión. Tuve que detenerme un atardecer para pedir un informe en un humilde caserío de Castilla la Vieja. En una casa, en torno de un brasero, hombres, mujeres y niños parecían congregados en una especie de velada; los guardias civiles del lugar, serviciales y cariñosos, mezclaban cordialmente sus tricorrios con los tocados de las maritornes. La concurrencia escuchaba el relato, leído en un periódico, de la última corrida de Madrid. A mi llegada interrumpieron la lectura, y todos se apresuraron á informarme, mientras los pequeños toreaban á uno de ellos, elevado transitoriamente á la dignidad de toro. Estoy seguro de que el destino del Gobierno del general Berenguer no preocupaba á aquellos «caballeros y señoras» más que la muerte, olvidada ya, de Primo de Rivera.»

Es una visión clara y exacta de nuestro país, que nos parece interesante divulgar. Tal vez nos hará perder algunos turistas de los que viajan en busca del color local exclusivamente, como si los pueblos no tuvieran más, ni más interesantes bellezas que el pozo de sus leyendas; pero, en cambio, nos hará ganar la visita de los viajeros de buen gusto, que desean conocer las

bellezas sólidas y persistentes que los siglos fueron dejando en los diversos lugares, y la vida real y efectiva de los pueblos con todo su intenso palpitar actual, más fuerte en los países que, como el nuestro, necesitan y quieren ardientemente recuperar el tiempo perdido.

En último término, si queremos conservar junto á los turistas descañables los que no lo son tanto, todo consistirá en que las agencias de viajes, se dediquen á fingir caminos inabordable, bandidos más ó menos generosos, majas de rompe y rasga con ligas-arsenal, para servírselo á los viajeros caprichosos. Así se hizo durante mucho tiempo en las tabernas de los mercados de París, donde á falta de apaches auténticos, los había de similares, pero más pintorescos aún.

A. DE M.



Zaragoza es para los turistas plácido lugar de reposo, al que magníficos caminos permiten llegar fácilmente

LA VIDA FRIVOLA

LA CORRIDA DE LA CRUZ ROJA

¿Cómo está más bella una mujer?

¿Con mantilla ó con sombrero?



JULIA LAJOS

La original primera actriz es elegante y bella de cualquier manera que se atavie, lo mismo con la clásica mantilla que con el sombrerete caprichoso

LA corrida de la Cruz Roja! Exclamación que evoca una tarde de primavera con un cielo inflamado de oro y púrpura, en que una multitud abigarrada se dirige á la plaza haciendo vaticinios sobre las heroicidades de los toreros de postín.

Automóviles. Tranvías. Y el «Metro», arrojando por sus bocas á la afición insatisfecha. Un ruido inconfundible que no se parece al de las verbenas, al de los teatros ni al de los partidos de fútbol, porque las corridas de toros tienen su ruido peculiar antes de la lidia, durante la lidia y después de la lidia.

La fantasía exuberante de Federico García Sanchíz y Próspero Merimée relevan al cronista de describir el colorido de esta fiesta tan española, que se juzga la fiesta predilecta de los hombres, y, sin embargo, es la fiesta de las mujeres.

Porque para gran parte del elemento femenino no hay emoción comparable á la que experimenta en el circo taurino, ese mar circular de cabezas, sombreros y abanicos y manos que se agitan en el aire, donde diez mil espectadores vocean y se llaman, saludándose; donde los hombres maduros bromean como los jovencuelos, y los muchachos se entusiasman como niños.

Es la fiesta que rejuvenece á los espectadores; y cuando, después de haber tocado la banda un pasodoble flamenco, que apaga el clamoreo

Ved esta linda dama vienesa—cuyo nombre conviene dejar en el misterio—ataviada con la mantilla nuestra y un sombrero de su país





en el jardín de flores de un mantón de Manila ó tocándose con la clásica mantilla.

¿Cómo está más bella una mujer? ¿Con mantón ó con mantilla? ¿Con mantilla ó con sombrero?

El cronista, partidario de investigaciones frívolas, quiere exponer al público cómo ha sorprendido á algunas deliciosas artistas en la memorable corrida de toros. Una vienesa, una francesa, una rusa y dos españolas—adorable *cock-tail* femenino—lucían sus mantillas esplendorosas, y el cronista consiguió retratarlas igualmente con sombrero, para establecer comparaciones.

¿Cómo está más bella una mujer? ¿Con mantilla ó con sombrero? Quede á la discreción del lector, al buen gusto de las lectoras resolver la



La encantadora artista Carmen Torregrosa aparece más «chico» con sombrero parisién; en cambio, está más bella con mantilla de encaje negro

He aquí á la gentil y notable bailarina rusa Irene Dino luciendo un sombrerito del más impecable «chico», y una mantilla que la españoliza notablemente



Esta deliciosa bailarina francesa, mademoiselle Flor-Val, cambia radicalmente su isonomía al substituir su sombrerito «chárleston» por su mantilla «de España



de la gente, y corren los toreros distribuyéndose por el ruedo, flameantes al aire los capotes de brega, y los clarines anuncian la salida del toro, no son los hombres, sino las mujeres, quienes denotan más ansiedad.

Este culto de las hijas de Eva por las corridas de toros lo manifiestan ataviándose para asistir á ellas de manera especial: envolviéndose



solución de este problema de indumentaria. Porque al cronista le parecen bien con uno ú otro atavío.

Realmente, el encanto no reside en la mantilla ó el sombrero, sino simplemente en el rostro de las interesadas. Y hay que convenir en que como guapas y elegantes lo son la rusa, la francesa, la vienesa y las dos españolas.

CARLOS FORTUNY

MUJERES DE AMÉRICA

MARIA CRUZ DÍAZ VELIS

Crisálida de artista, capullo de mujer; eso, nada más, ha sido esta niña uruguaya á quien dedican sus amigas, con ejemplar desinterés, una edición de aquellos versos iniciales que apenas han agitado la superficie de su escritura en las cuartillas de una enferma.

Y con tan modesto semblante no ha sido poco María Cruz: un nuevo hito para añadirle en la derrota que abrió, luminosamente, Gabriela Mistral á las mujeres del mundo, y con singulares enseñanzas á sus compañeras en la noble profesión del Magisterio.

La simiente fecunda que la gran chilena arrojó en los surcos de los ideales y los deberes mujeriles, ha echado en Suramérica una raíz vital que nada tiene que ver con esa literatura erótica y precaria, demasiado extendida por los vergeles indianos, ni con esa otra, hincada en el reino infinito de lo cursi, donde tantas verdades equivocan su pobre sensiblería con el verdadero manantial de la inspiración.

No; la escritora á quien rendimos hoy el tributo de nuestro cariño levantó en sus manos exangües el ánfora de la Poesía. Sólo un momento, es verdad; lo suficiente para que el signo de la sagrada elección quedase como una impronta indeleble encima de su nombre. Y la misma fugacidad de sus cantares nos exige con mayor ternura el comentario élego. Para nosotros se convierte en un símbolo esta moza de ultramar, cuya íntima actitud quisiéramos ver reproducida en tantas juventudes estériles dentro del feminismo español.

Pertenecía, como ya hemos dicho, á la rama insigne de Gabriela Mistral. Era también una maestra de los campos vírginales de América, una estudiante erguida frente al cielo y el monte, en postura rezadora, colmado el pensamiento de sensibilidad y emoción, vibrante de codicias supremas.

Casi siempre ha florecido así el privilegio de las almas: en la soledad, donde alumbra mejor encendida la rosa del silencio y la inteligencia se nutre de un saber misterioso. En estos casos de predestinación, el país se tatúa sobre los elegidos y les impone la marca de su belleza natural.

De tal modo sucede con María Cruz. Nace en Santa Isabel, lugar del norte uruguayo, entre palmas y helechos, cumbres y fuentes, bellísima tierra donde van las montañas soltando la cinta de los ríos hasta que se agotan los nombres para distinguir á cada uno: Batoví y los Laureles; de la Arena y el Toro; de Caraguatá y las Tres Cruces; de los Pájaros y Yaguari... Indígenas y castellanos corren juntos los apelativos de abundantes manaderos, y todavía las aguas anónimas rebullen en torno á las estancias fértiles y al ganado medio cimarrón, innumerable.

Tiene allí el suelo un rostro sedentario, un estatismo lueño. Unqueras y gándaras, lagunas, ansares, jardines; la selva es una copa de canciones, y en lo alto las cuchillas serranas que, á veces, reúnen hasta once agujas en un solo eslabón.

Acaso prevalece un aire de remoto clan en aquel país norteño; una distante reminiscencia de los hatos primitivos y las tribus legendarias. Diríase que suenan los arrayos, mugen los rebaños y palpitan los valles sólo para que las almas estén quietas, en inefable escucho.

Había tendido la suya María Cruz en aquel ambiente propicio á la oración, lleno de la antigua fortaleza, orillas del río Negro Grande, saturado por todos los cuchiles de la altura. Y su espíritu se hizo transparente, raudo y lustrador, lo mismo que un manojo de las aguas...

Sueños, dice en la cubierta este libro frágil, humilde, que tímidamente llega á nosotros con sobrehumana solicitud, como si nos quisiera pedir un halago caliente desde el hielo donde se funden los más crueles olvidos.

Y por la significación patética de este volumen, en todos sus matices espirituales, más que por su valor artístico, recogemos aquí el nombre de la autora y su imagen, apenas asomada al papel, lo mismo que sus versos: anchos ojos españoles, con la inquieta melancolía de la raza; finura y palidez sobre la dramática expresión, de una niña que intenta sonreír acercándose á la Muerte: belleza trágica, llena de sentimiento, con trasuntos de apasionado corazón.

Tal se nos insinúa María Cruz Díaz Velis desde su libro póstumo, costado por unas gentiles muchachas del Instituto Normal de Montevideo.

Dos de ellas prologan el libro y escriben en elogio de su amiga: «Era su preocupación el hogar y la clase. Sonreía, ocultando el dolor que mordía su cuerpo, y oraba con fervor para



MARIA CRUZ DIAZ VELIS

que todas las compañeras triunfaran en el estudio. ¡«Gracias, Dios mío—dijo una tarde—no me salvas, pero oyes mis ruegos!»

Era, sin duda, cuando compuso la estrofa que termina: *Y estoy tan triste y pálida como claror lunar.*

O cuando ruega con el título de: *¡Piedad, Señor!*

Piedad para las flores que yacen casi muertas en el jardín de ensueño que fuera todo luz; piedad para las flores... que mi dolor más hondo lo llevo mansamente sobre mi enorme cruz.

Hay una tremenda desgarradura, silenciosa, en esta plegaria. Y aunque la joven de Tacuarembó se inspira con preferencia en los niños, los huertos, las alboradas y otros asuntos apacibles, no obstante, aparecen la Noche y el Sufrimiento como un estol de la cándida musa que interroga:

¿Por qué, Señor, bastaron las primeras caricias del otoño, que, inclemente, hizo volver cenizas las hogueras que aureolaron mi frente?...

En su *Nocturno* se le puebla de visiones horribles el dormitorio, y en vano enciende una lámpara consoladora:

Mas los negros vampiros de mi pena bebían con placer, ávidamente,

en la amplia copa, de amargura llena, del solitario corazón doliente...

Más tarde oye como una profecía:

Plañe el viento cansado y vagabundo en un coro de quejas casi humanas, mientras se sume en un sopor el mundo bajo el canto letal de las campanas.

Trasplantada á la capital desde su región del Norte, la maestra estudia y ambiciona. El puro torbellino de su esperanza surte en versos juveniles, ilusionados. Y compone *El Poema del anillo*, soñando con los esponsales como una novia feliz. Tiene después la obsesión de la claridad, insiste en los temas luminosos:

Dame la luz radiante de tus fuertes pupilas, padre Sol; en esa lumbre ardiente pondré mi corazón, semilla que á tu beso florecerá de amor. Y habrá fiesta en mis ojos, y mis manos, mis dos manos, entre su hueco tibio ofrecerán mis cantos.

En otras composiciones, ya cerca de la sombra mortal, delira:

Mi cáliz vacío se llena de flores á la luz que los astros me encienden.

Consagra también rimas á su madre, á sus condiscípulos, á la Santa Virgen, y, al cabo, se entrega á la desventura, resignada, valiente. Poco hace que ha sentido el serio embargo de la Vida, y ya percibe la raíz de sus venas azules tirante para la oscura navegación.

Entonces no pide besos luminosos á la juventud. Se conforma con el último que la Tierra guarda para sus viandantes. Inclina la frente y balbucea:

Que al fin, umgida de ternura y canto, mi amado el Sueño lento me adormece, y bajo el ala de su dulce manto el beso largo de su paz me ofrece...

Se había dormido la niña de Santa Isabel, lejos de su país de Tacuarembó, fría y sonriente, para nunca más abrir los ojos atisbadores: último día del año, pleno estío del Uruguay.

Al comentar su muerte, escribe una de sus camaradas: «Nos enseñó á pensar en la vida con emoción fecunda, con el entusiasmo de la adolescencia. Sabía, sí, que no todo es bueno, que no todo es bello ni puro, y desparramaba su profundo optimismo en torno nuestro, como una aureola de esperanza.»

Continúa hablando de la ausente con un fervor entrañable. Dice que siempre el alma de la artista vivirá entre sus compañeras, triunfante en las memorias y en los cariños: «Porque te necesitamos—asegura—, eres nuestro ángel de consuelo.»

Y concluye: «¡Quién sabe qué designios cumplió el buen Dios al llevarte tempranamente! ¡Quizá en sus cielos hacía falta una estrella!...

Ambas prologuistas del libro de María Cruz, lo mismo que el editor al encabezarlo, dan señales de excepcional pesadumbre ante el malogro de la escritora, y le demuestran una de esas admiraciones memorables que imprimen el sello de la perduración sobre una figura.

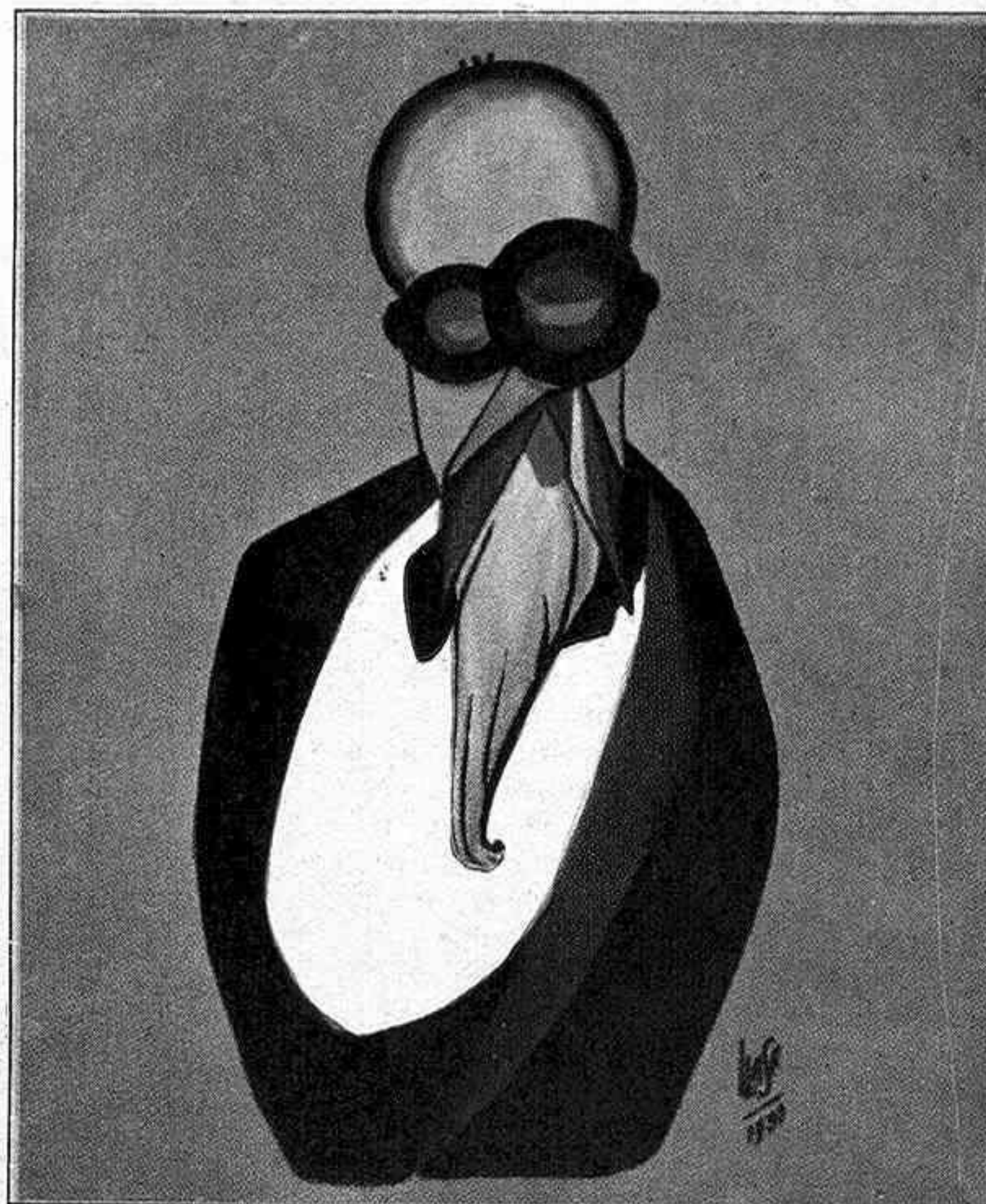
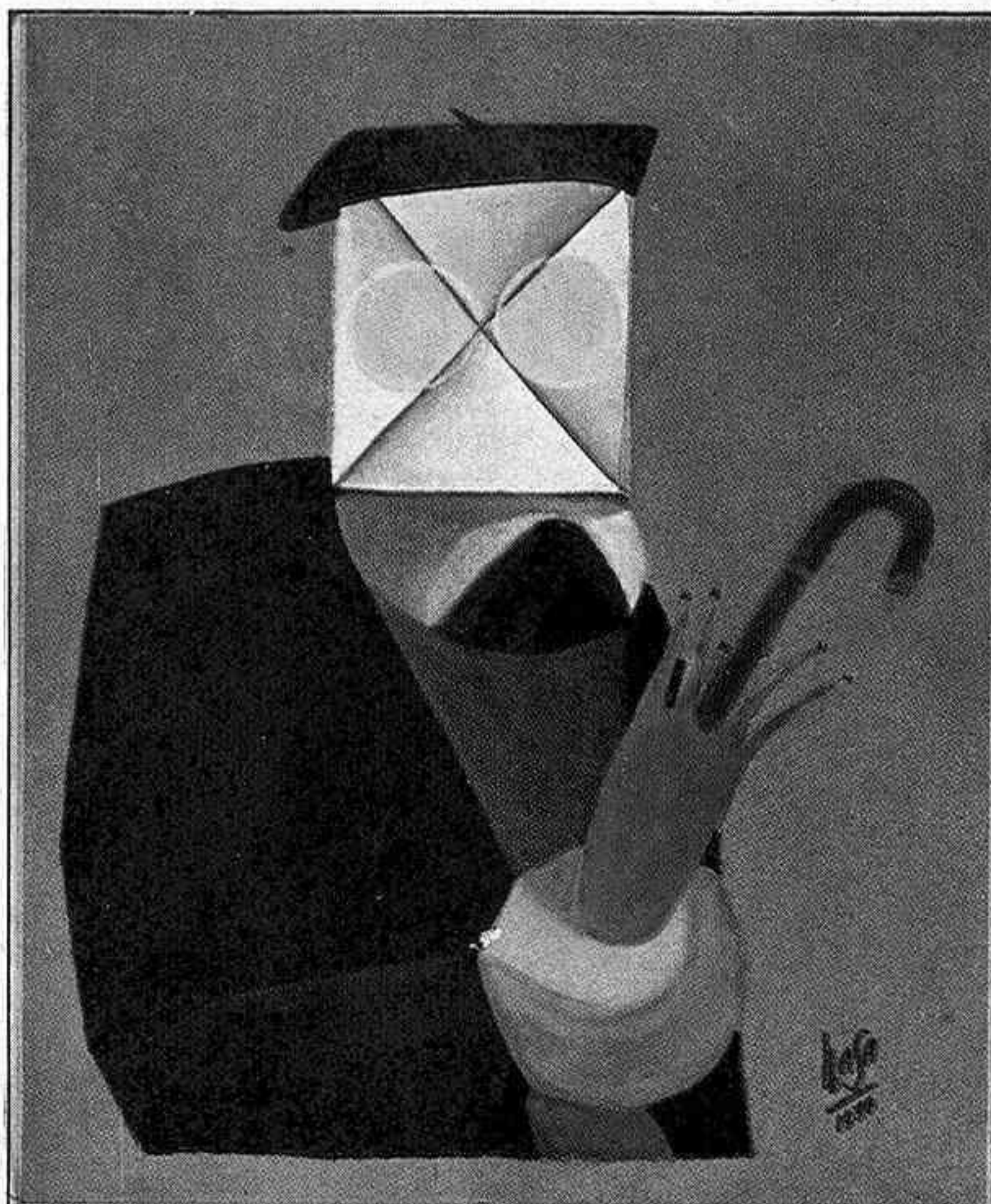
Aquí está la mayor virtud de la mujer á quien pretendemos exaltar: en su ejemplo de consciente valentía; en su inspiración noble; en el sentimiento suyo, claro y fino, que deja una huella indeleble, porque marca rumbos á los ideales mejores y acusa el origen divino de la transitoria humanidad.

CONCHA ESPINA

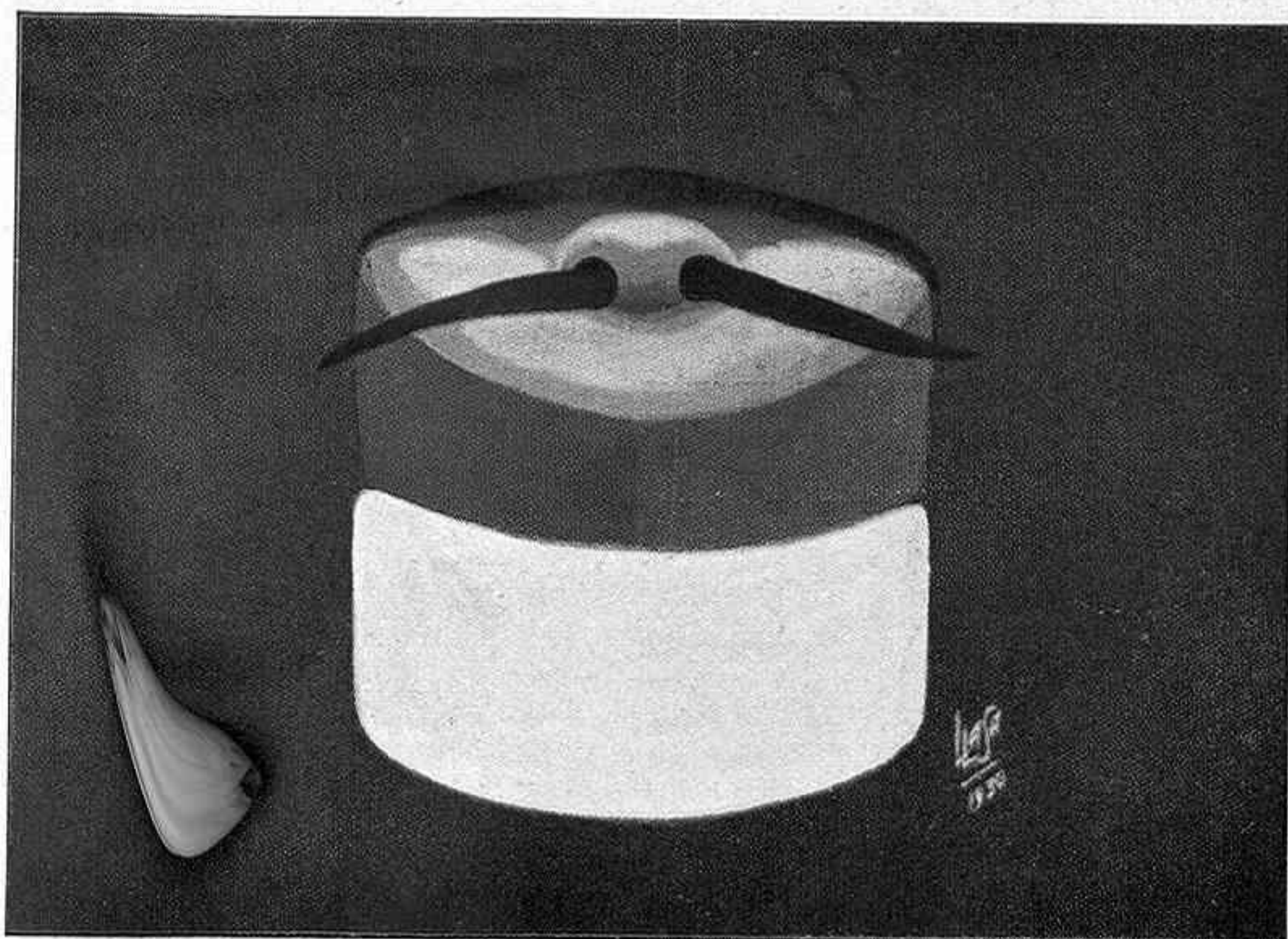
Cinco rostros
conocidos, fáciles
de reconocer, á
pesar de todo, ó
la fisonomía no
es la suma, sino
el producto de las
::: facciones :::

(Caricaturas de Llasá)

MIGUEL
DE
UNAMUNO

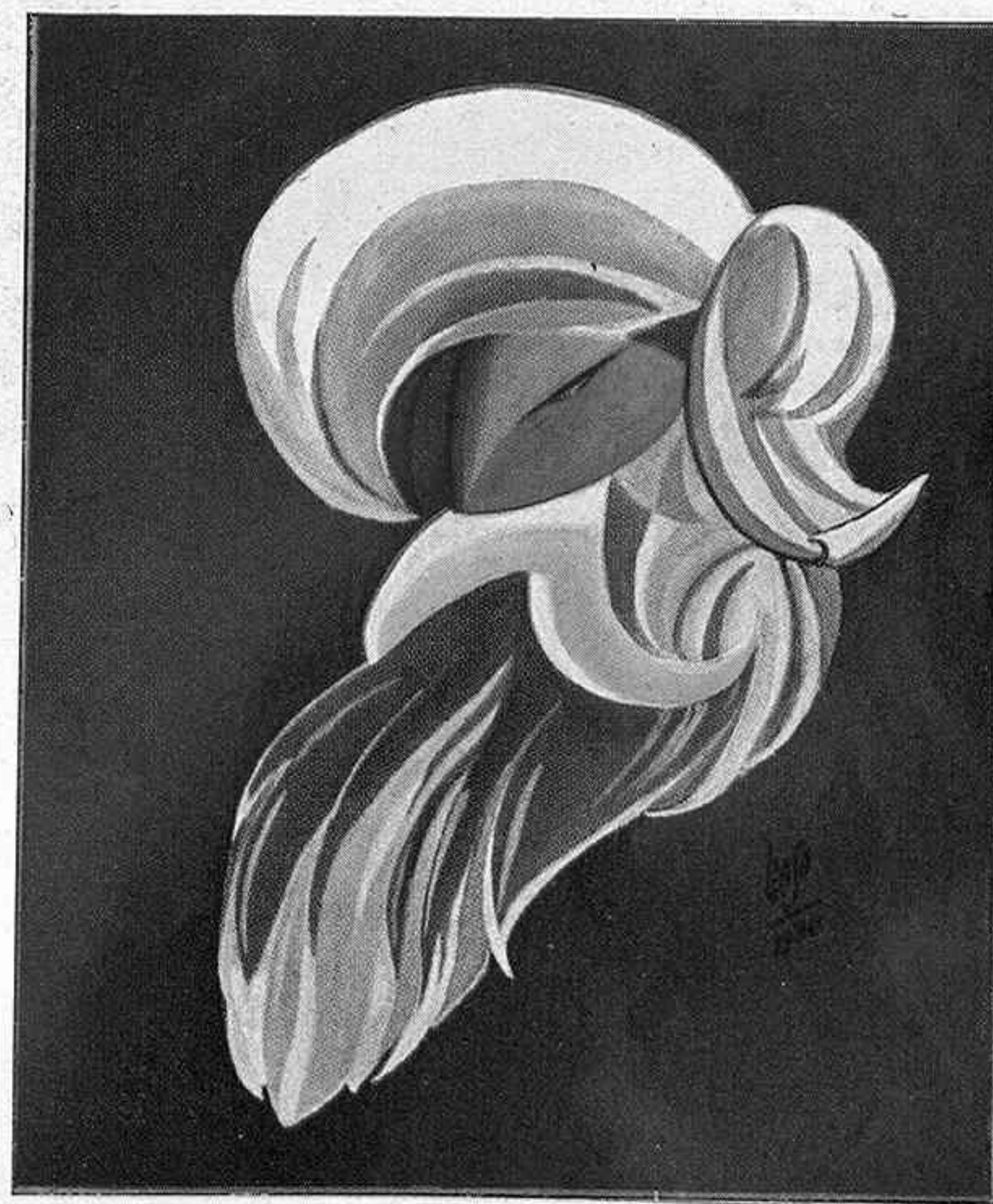
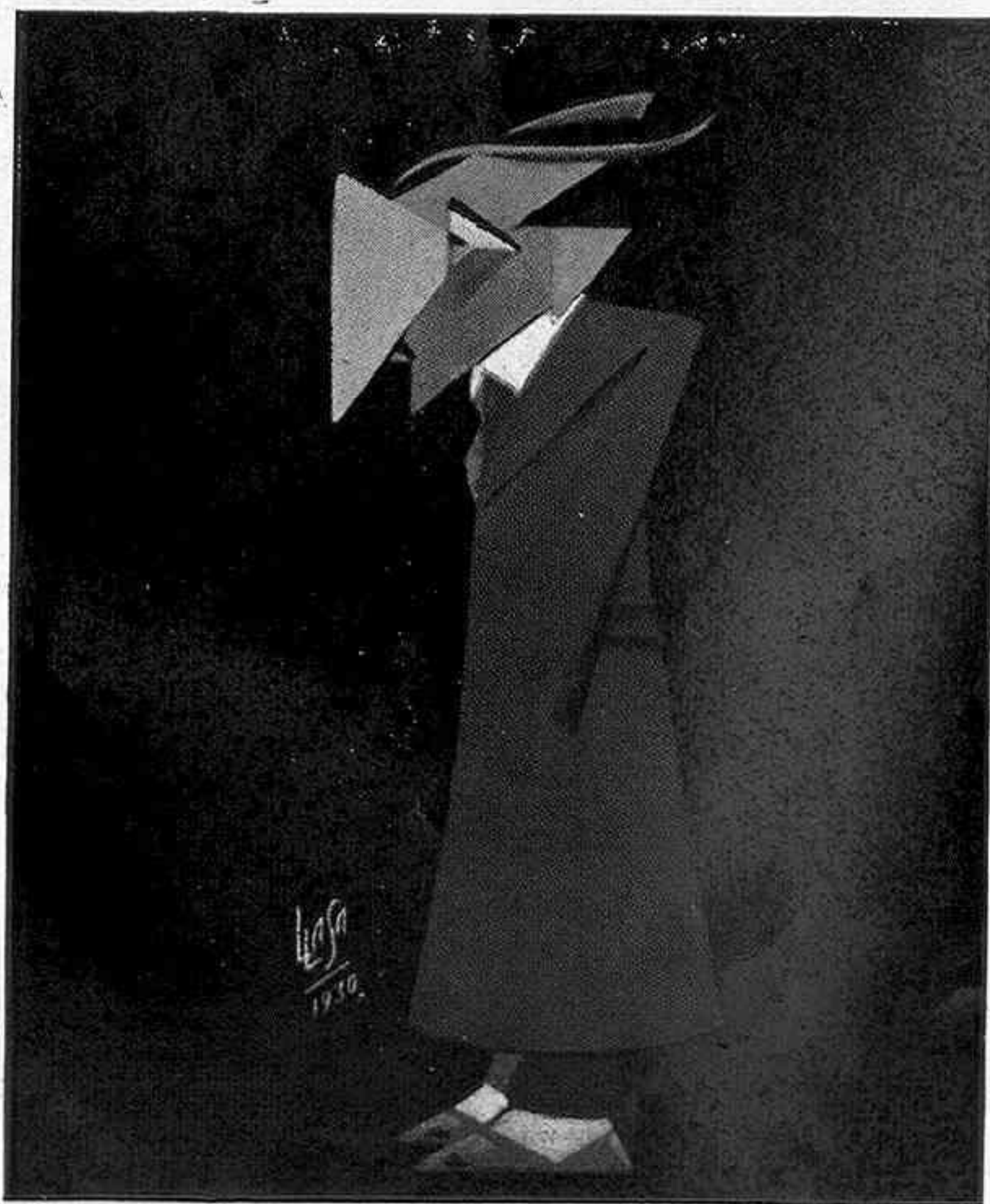


ELIAS TORMO



EL GENERAL
BERENGUER

UN nuevo caricaturista
en toda la extensión
de la palabra: Llasá.
La caricatura entra con él
resueltamente en el cubis-
mo cuando el cubismo pue-
de ser más expresivo que
otras formas gráficas de ex-
presión. Miguel de Unamu-
no, por ejemplo, tiene un
rostro admirable para las
demostraciones geomé-
tricas: Teorema 1.º Las dia-
gonales de un paralelogra-
mo son iguales, y al cor-
tarse se dividen en partes
iguales. Teorema 2.º El cen-
tro del paralelogramo es la
punta de la nariz de don
Miguel de Unamuno...



SANTIAGO RUSIÑOL

Estamos muy lejos de la caricatura clásica, cuyo arte supremo, canon perdurable de medio siglo de caricaturistas, era la inversión del canon clásico de las *siete cabezas*, y, sin embargo, respondía al dicho vulgar que apodaba á los muy cabezudos *siete cabezas*. Una cabezota, un cuerpecito, y ¡cátate la caricatura!

Meter el espíritu en unas cuantas líneas, en unos cuantos planos. Captar la expresión en el momento en que el alma se asoma al rostro, transformando en rostro la careta... Esa es la caricatura ideal.

WENCESLAO
FERNANDEZ
FLOREZ

MONASTERIOS

ESPAÑÓLES

ENTRE los muchos monumentos famosos, relicarios del Arte y la Historia patrios, que persisten poco menos que ignorados, empero encarnen altísimo sentido consubstantivo de la estirpe, se cuenta el Real Monasterio de Santo Domingo de Silos, que acaso pudiéramos disputar como la más importante y antigua fundación benedictina en España, y, desde luego, uno de los monumentos históricos y artísticos más espléndidos y henchidos de recuerdos y bellezas.

Apartado de las trilladas rutas de comunicación y de turismo, y víctima de la circunstancial adversidad de las contingencias humanas, vino á caer en la desgracia y el olvido ominosos, del que hoy le sacan algunos de sus propios monjes, poseedores de tan lúcida inteligencia como excelso corazón, que constituyen un admirable plantel de cantores y exégetas de nuestras glorias preritas. Los padres Pérez de Urbel, Pinedo, Pablos, Andrés, Alcocer, Nebreda, y principalmente fray Luciano Serrano, todos excelentísimos escritores, han publicado muchas y muy importantes obras que, tanto sean referentes á Silos como inspiradas en otros leimotivos, vienen á discernir gloria al famoso Monasterio, prosiguiendo así la tradición ininterrumpida de los escritores de Silos desde el siglo XI á nuestros días.

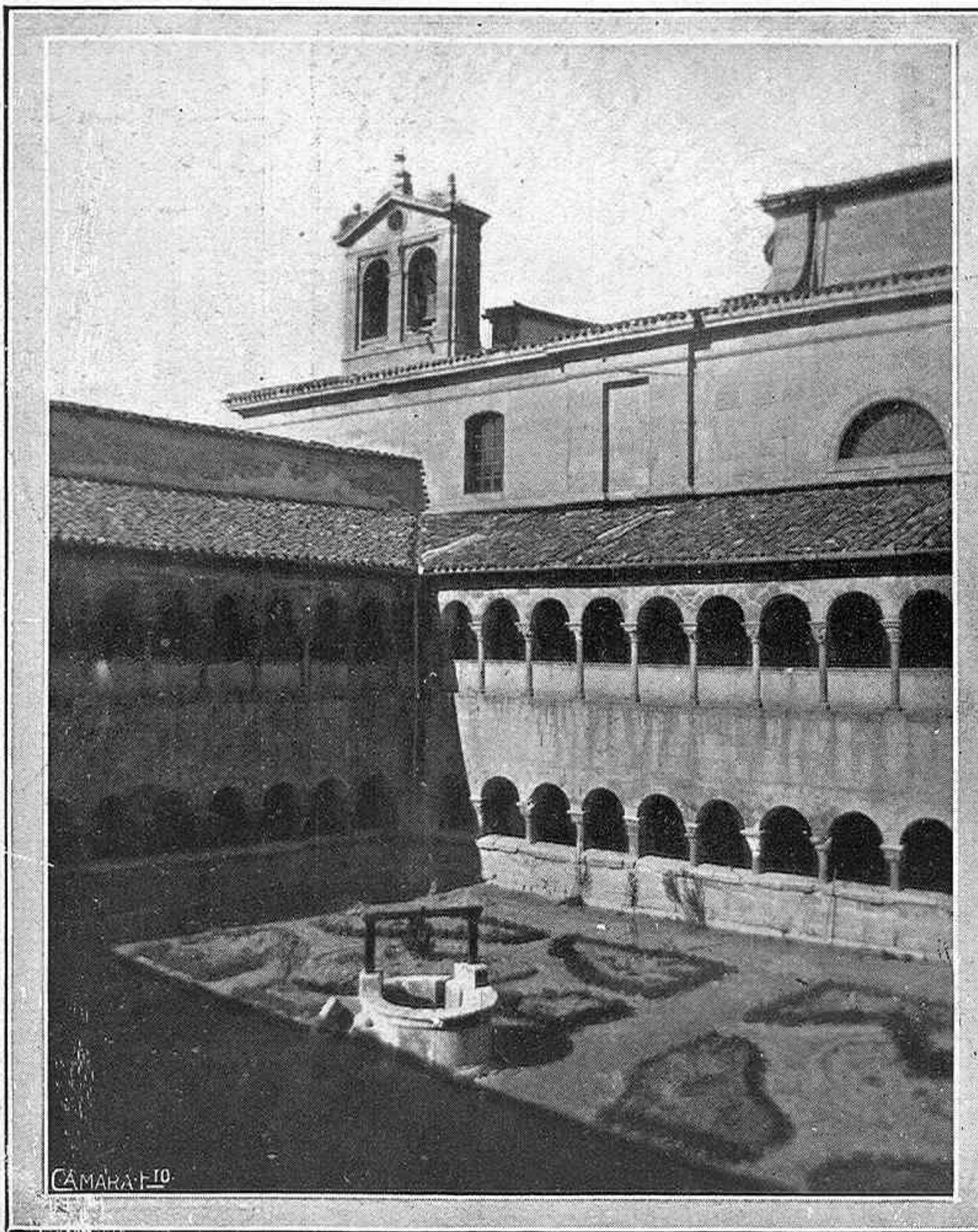
Difícil tarea la de condensar en un artículo el pasado de esta grandiosa edificación milenaria, que se asienta en la parte sudoriental de la provincia de Burgos, próxima á Salas de los Infantés, y no lejos de Arlanza, Cardeña, Covarrubias y tantos otros lugares célebres desde que Castilla tuvo origen merced á su héroe epónimo Fernán González, continuador del Cid en gestas, aquél que

Mantuvo siempre guerra con los Reyes de España, et non dava mas por ellos que por una castaña.

Situado en el valle antiguamente llamado de *Tabladillo*, región tan codiciada por los antiguos pobladores peninsulares, cerca de la romana *Clunia*, capital judicial de la misma, la investigación arqueológica ha descubierto infinidad de vestigios de las primitivas civilizaciones. Antes del siglo VIII había ya un edificio religioso en Silos—palabra que significa *domus seminis*, ó sea casa de grano, según un monje del siglo XI—. Pero fué Fernán González quien primero reedificó el Monasterio, acrecentándose después su patrimonio considerablemente. La reacción árabe en tiempos de Almanzor marcó la gran decadencia de Silos en la Edad Media, hasta que Fernando I, primer rey de Castilla, se propuso darle más pujante vida. Y poco después, principios del siglo XI, advino la singular figura de Santo Domingo, el gran restaurador de Silos.

Domingo nació en Cañas, aldehuela riojana, y fué hijo del caballero Juan Manso y de «una mujer de ánimo independiente, no muy fervorosa y bastante mundana». Reve-

Una preciosa escultura del siglo XIV



Vista exterior del convento de Silos



Santo Domingo

de Silos

ses en la fortuna paterna obligáronle á ser pastor; pero simultáneamente el rudo trabajo con el cultivo del ingénito sentimiento místico y religioso. A los catorce años comenzó á estudiar, y antes de los veintiséis fué conferido el sacerdocio por el obispo Don Sancho. Domingo retiróse entonces á un paraje apartado para hacer penitencia. Después ingresó en el Monasterio de San Millán, en donde ejerció sus virtudes; pero hubo de trocarlo, obedeciendo órdenes superiores, por el de Santa María, próximo al lugar de su nacimiento. Allí permaneció dos años, al cabo de los cuales pudo apreciarse el floreciente estado de la institución, merced á la labor de Domingo. Vuelto á San Millán, el abad nombró prior mayor.

Pero el rey Don García de Navarra pretendió obtener determinado tributo del Monasterio de San Millán, y al negárselo Domingo, aquél hizo que lo destituyese el envidioso abad D. Gomesano. Domingo huyó á la corte de Castilla, á la sazón en Burgos, y entonces (año 1041), el rey Don Fernando hízole abad del Monasterio de San Sebastián de Silos. Los cronistas de aquella época nos dan cuenta de cómo al penetrar Domingo en la iglesia, el padre Licinio, que estaba oficiando, en vez de decir «*Dominus vobiscum*», ó sea «El Señor sea con vosotros», exclamó, entre inconsciente é impulsado por fuerza sobrenatural: «*Ecce reparator venit*», ó sea: «Aquí llega el Rest urador», y que todos los presentes, que ya tenían gran fe en Domingo, se maravillaron.

El futuro Santo levantó el Monasterio, á la sazón en decadencia. Predicó por toda la comarca, no sólo entre sus monjes, sino hasta en las parroquias vecinas, atrayendo, con la ejemplaridad de su vida y enseñanzas, unánime simpatía. A los pocos años logró incorporar canónicamente á su Monasterio el de San Miguel de Silos, y poco después, por donación del rey Sancho II, la posesión de Santa María del Dueño, en tierras vallisoletanas. De su época data lo más característico de la magna fábrica de Silos, como es el maravilloso claustro, en cuya edificación es fama que empleó artistas musulmanes que habían sido apresados por el rey Don Fernando, así como los famosos códices, que son todavía orgullo de algunas bibliotecas extranjeras, á las que, ¡ay!, fueron á parar. A los setenta años murió el insigne monje. Berceo transcribió, á propósito de su fenecer, las que fueron sus últimas palabras:

El futuro Santo levantó el Monasterio, á la sazón en decadencia. Predicó por toda la comarca, no sólo entre sus monjes, sino hasta en las parroquias vecinas, atrayendo, con la ejemplaridad de su vida y enseñanzas, unánime simpatía. A los pocos años logró incorporar canónicamente á su Monasterio el de San Miguel de Silos, y poco después, por donación del rey Sancho II, la posesión de Santa María del Dueño, en tierras vallisoletanas. De su época data lo más característico de la magna fábrica de Silos, como es el maravilloso claustro, en cuya edificación es fama que empleó artistas musulmanes que habían sido apresados por el rey Don Fernando, así como los famosos códices, que son todavía orgullo de algunas bibliotecas extranjeras, á las que, ¡ay!, fueron á parar. A los setenta años murió el insigne monje. Berceo transcribió, á propósito de su fenecer, las que fueron sus últimas palabras:

Frayeres, dixoles, muérome, poco es la mi vida;
toda mi hacienda contadla por complida.
A Dios vos encomiendo, la mi grey querida,
El vos guarde cueta et de mala calda.

Los milagros del glorioso abad silense fueron tantos y tan notables, que su reseña necesitó un libro entero, escrito por Pero Marín, monje coetáneo del Santo. «Domingo mereció ya en vida el título de taumaturgo—dice el padre Serrano—. Su discípulo Grimaldo, monje del Monasterio, relata varios prodigios que él mismo presenció.

Obrábalos el Santo recitando sobre los enfermos las pœces del ritual eclesiástico y rociándolos con agua bendita. A este medio acudió para liberar de la cautividad en que los moros tenían á un cristiano natural de Soto, tierra de San Esteban de Gormaz, pues se vió libre de las cadenas y fuera de la mazmorra, á tiempo que por él ofrecía el Santo Sacrificio de la Misa y oraba al Señor con insistentes ruegos. Este prodigio abre la serie de los que en vida, y sobre todo después de fallecido, realizó el Santo abad en pro de los pobres cristianos cautivos, prisioneros del moro, mereciendo el apelativo de glorioso redentor de cautivos.»

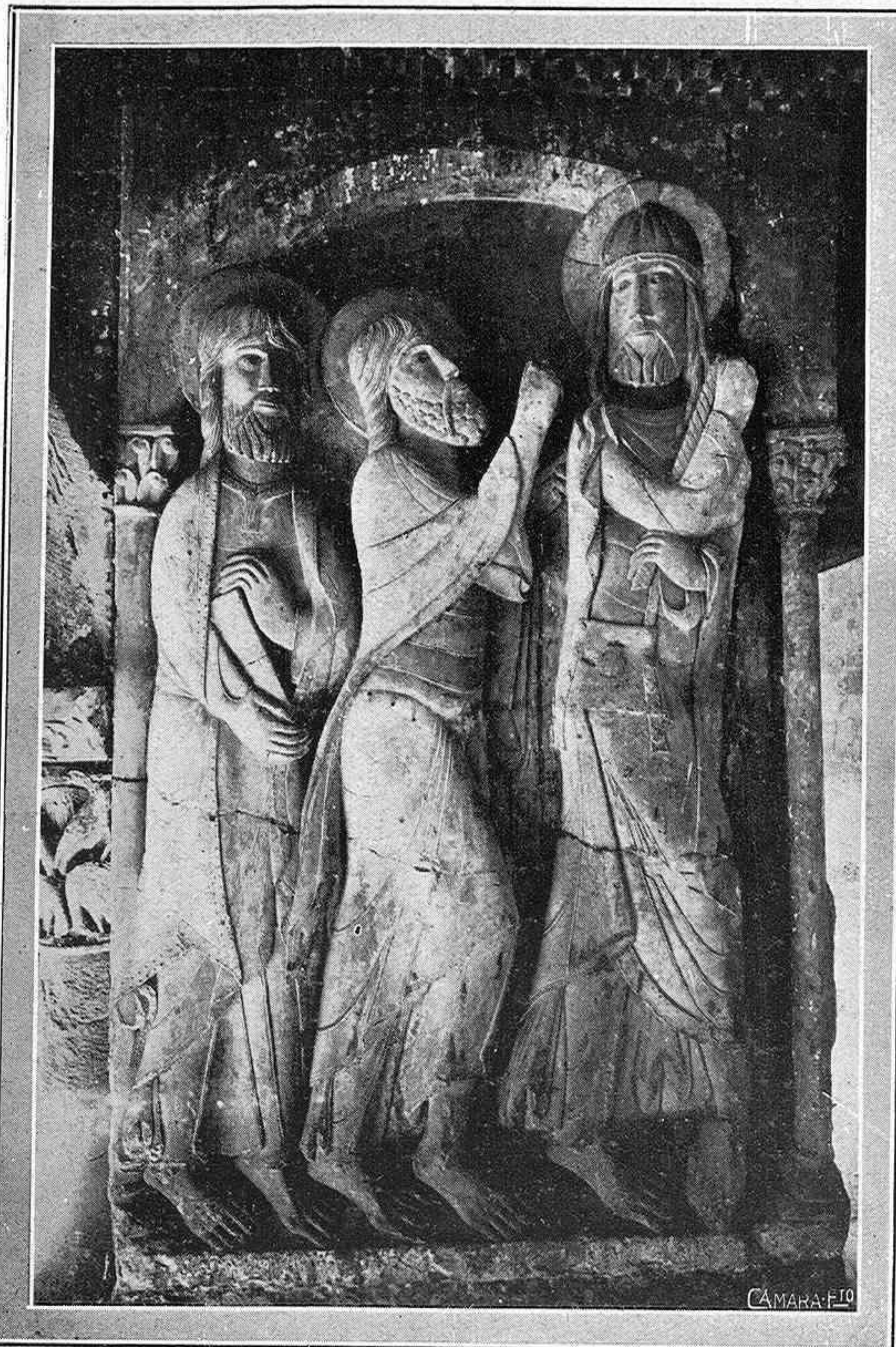
A partir de la muerte del Santo, canonizado poco después, Silos, que había tomado su nombre, alcanzó gran proceridad y atrajo la atención de todo el orbe. Casi todos los reyes posteriores concedieron al Monasterio grandes mercedes. A principios del siglo XIII, la abadía constituía un verdadero principado de más de 15 pueblos con jurisdicción propia y 30 en los que el abad nombraba autoridades y cobraba rentas. Pero después de varios siglos de esplendor, con el XIX llegó su desgracia. Después, la ley de 1835, que suprimió las casas religiosas en España y declaró propiedad nacional sus bienes y derechos, hizo que los monjes abandonaran el célebre recinto. La circunstancia de haber gestionado el arzobispo de Burgos, fray Cirilo Alameda, que fuera reservada á su diócesis la propiedad del Monasterio, impidió su enajenación ó su ruina, desgracias acontecidas á tantos otros. Por una ley análoga á la española citada, hubieron de salir de Francia, en 1880, no pocas comunidades religiosas. El abad Bourigand envió á España en busca de un monasterio donde establecerse. Escogido el de Silos, el 7 de Diciembre de dicho año se firmó la Real orden que autorizaba el asiento en él de los benedictinos franceses. Y bien pronto fueron reparados los desperfectos de todo el edificio, para el que advenía su actual nueva y brillante fase de vida.

Todo el que haya hollado, aunque por pocas horas, el recinto famoso, puede darse el placer de recordar los mil detalles contemplados por sus ojos, que entonces se inundaron de belleza con rara intensidad.

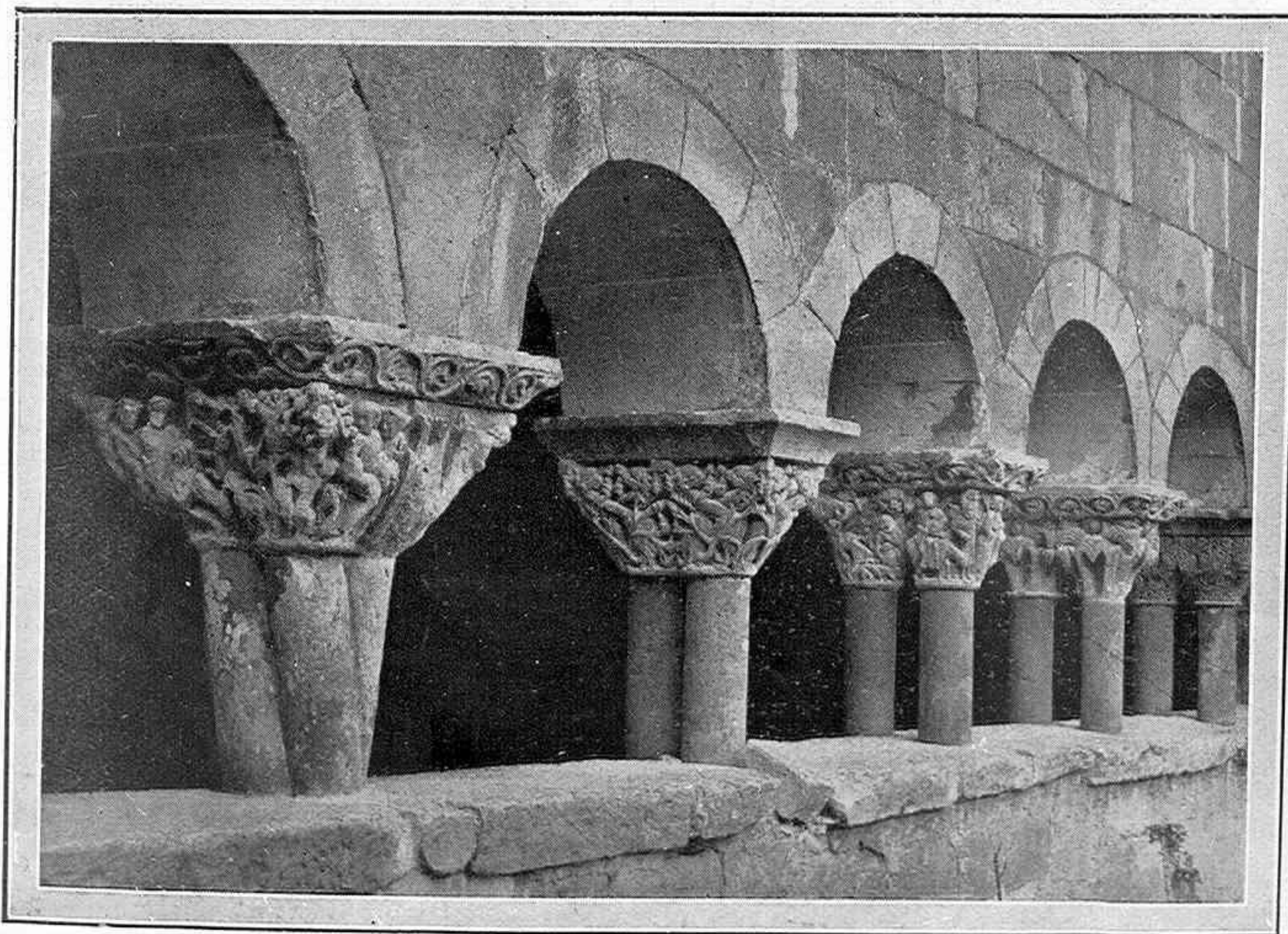
Hablar del tesoro artístico silense es como recordar en pocas palabras la suma de pretéritas excelsitudes españolas á este respecto. Por eso es imposible nombrar siquiera, llevando esto ya implícito el elogio, lo más saliente de la totalidad de obras de arte del Monasterio: de tal manera es asombroso su caudal en este sentido. Fuera ya poco consagrar este trabajo á sólo una de las dependencias ó partes del mismo: claustro, sala capitular, iglesia, biblioteca, archivo, museo, sacristía, capillas, ó bien á cada uno de sus aspectos: historia, obras de arquitectura, escultura, pintura, orfebrería, etc. Hemos de contentarnos con el primer elemento citado, el claustro, reproduciendo aquí algunas vistas fotográficas que hablan más elocuentemente que nosotros pudiéramos hacerlo.

El claustro románico es no sólo lo más notable de Silos, sino uno de los primeros del mundo. Tanto la parte inferior como la superior, tienen sesenta arcos de piedra, formando cuatro galerías en cuadrilátero irregular de unos 30 metros de lado; galerías en una de las cuales, la del Norte, se encuentra el bello sepulcro del Santo. Sus columnas son 136, repartidas de dos en dos, y en el centro de la galería de cuatro en cuatro.

Los capiteles de las columnas, principalmente los de la parte inferior, son realmente maravillosos, como igualmente los bajorrelieves labrados en los lienzos de los ángulos. Los primeros ostentan gran variedad y riqueza ornamental, representando figuras de aves, cabezas femeninas,



Uno de los bajorrelieves que representa los discípulos de Emaús



Los maravillosos capiteles del claustro

fieras exóticas, monstruos y otros motivos demostrativos de una gran imaginación creadora, á la vez que un recio talento artístico de sello único, sin vinculación con ningún otro país que no sea el antiguo Oriente, de donde debió ser traído en aquellos tiempos lejanos. Los bajorrelieves de referencia son igualmente primores escultóricos, representando, además, la particularidad de ser el único claustro de España que los tiene.

Infinidad de ilustres críticos y arqueólogos de todos los países y épocas han ponderado este sin par tesoro de Silos. Recientemente, el francés Bertaux y el norteamericano Kingsley Porter —acaso los más autorizados en sus respectivos países— han escrito entusiásticamente acerca del claustro de Silos. Del último citado son estas palabras: «Los bajorrelieves de Santo Domingo alcanzan una extraordinaria perfección. La composición es convencional y arcaica—dice refiriéndose al bajorrelieve del Sepelio—; pero, ¡qué delicia ver el grupo de los guardias debajo del Sepulcro de Cristo! ¡Qué exquisitas las dos figuras finales, que se retiran del grupo central como en una pintura de Pontormo! Tenemos que viajar mucho para encontrar una composición tan original y tan feliz. ¿Podríamos, acaso, hallar en los momentos más sublimes del Renacimiento italiano algo que pueda compararse al relieve de la venida del Espíritu Santo, acaso el primero y ciertamente el más hermoso de la serie, con sus doce apóstoles que se levantan como otras tantas llamaradas?»

ANGEL DOTOR

CÓMO SE VIAJABA Y CÓMO SE VIAJA

EL DEPORTE RESUCITADOR DE ANDANZAS



Las grandes locomotoras de los más grandes expresos nos parecen ya arcaicas

Hace cincuenta años, la galera era aún el medio mundial de la locomoción

Maneras extrañas de recorrer el pícaro mundo, cada día más atrayente para los viajeros

EL hombre está hecho para viajar; erecto sobre sus dos piernas, bípedo implume, como le llamó *Figaro*, apenas se alza a la estación vertical, su mirada se dirige, naturalmente, hacia adelante, hacia el más allá, buscando en un horizonte amplísimo un ideal remoto.

Nada más lógico, después, que caminar en busca de ese más allá; ver tierras, conocer gentes, descubrir costumbres y espíritus, deseo muy humano, en el buen sentido de la palabra, que tiene en sí mismo su mayor acicate; cada país conocido, por bello que sea, suscita la esperanza de otro más bello aún. Caminar, caminar: el Judío errante no hubiese sido un castigado si

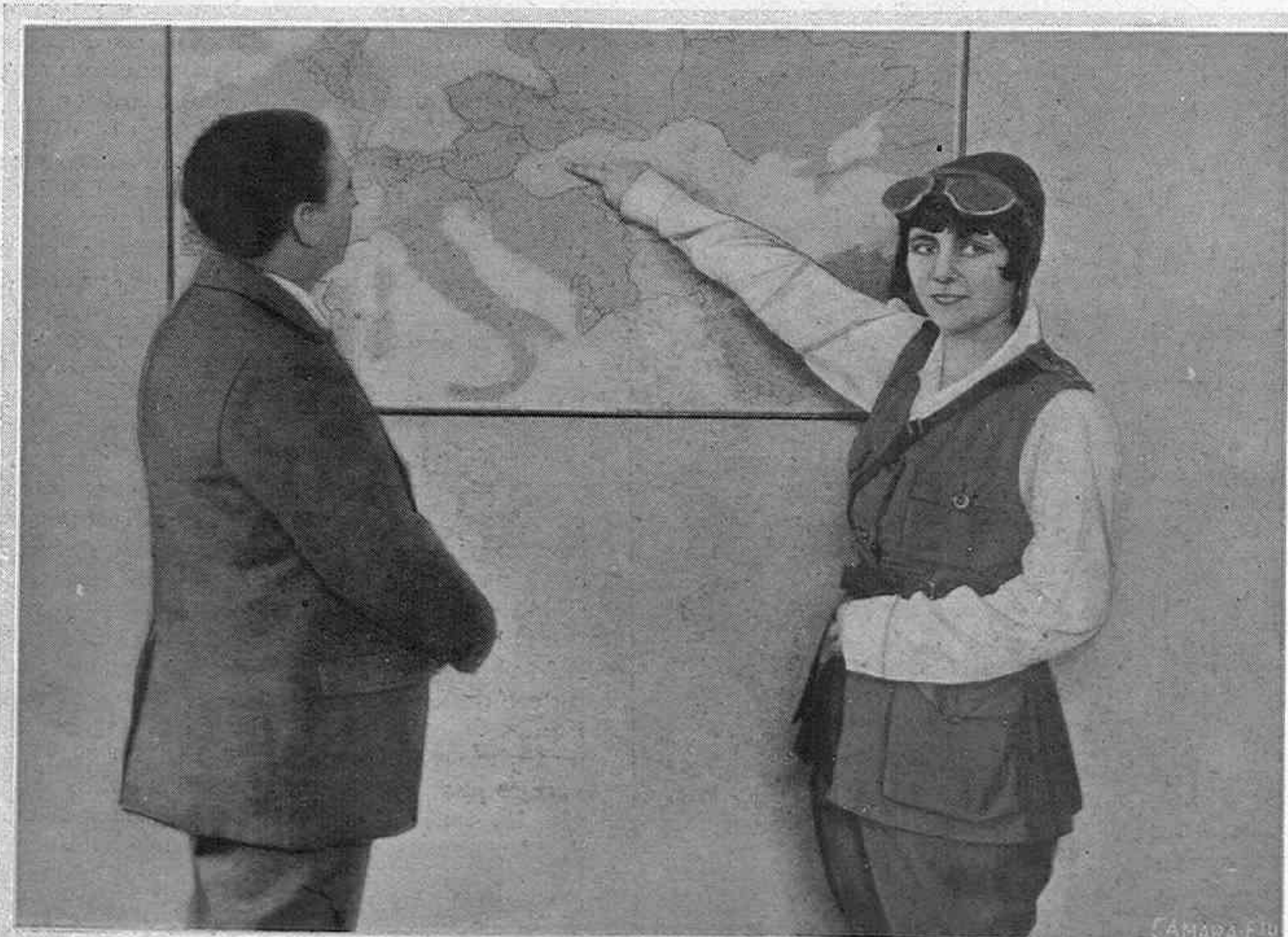
en su camino hubiera encontrado en todo momento hoteles *dernier confort*, y en la bolsa dinero para pagarlos.

El hombre, apenas puede andar, viaja. En los orígenes de las sociedades es pastor; en los tiempos bíblicos, nos lo decía el clásico hablándonos del padre de Jacob, apenas abordábamos el Instituto, *peregrinatus fuit*. Cuando el hombre se estabiliza, comienza a degenerar como esas arañas sin patas, porque su parasitaria existencia holgazana las privó de un máximo placer.

Andando pedestremente, cabalgando diestro, bien retrepado en un carro crujiente, en un vagón deslizante ó en *auto* trepidador, por el



Fieles Fog y su criado Vinagre, los famosos personajes de Julio Verne, hicieron una hazaña dando «La vuelta al mundo en ochenta días», y eso ganando un día por ir contra el Sol. ¿Qué pensarían del zepelín?



Recorrer el mundo en bicicleta no parece hazaña femenina. Sin embargo, la señorita Nell Graaz la ha realizado, y, además, explica sobre el mapa sus recorridos

mar ó por el aire, el hombre viaja, anda, corre, vuela..., «traspasa la alta sierra», camina siempre cuando siente impulsos propiamente humanos.

Puesto á caminar, ningún medio le parece despreciable, y á veces viaja, por deporte, en las formas más absurdas: por ejemplo, rodando un tonel á lo largo de una carretera ó vistiendo un sayal de peregrino, como si aun fuera Santiago de Compostela meta del mundo ó como si hubiese huído de un coro de *Tannhauser*.

Dar la vuelta al mundo á pie, si eso es posible, en barco ó en globo, viene siendo el anhelo de muchos humanos desde que Colón quiso ir á las Indias por el camino más corto; primero, los grandes navegantes lo hicieron dejándose llevar meses y meses por los vientos propicios, cuando



Aun quedan amazonas que se lanzan á fatigosos «raids»; pero tienen un aspecto in-actual. Esta de nuestra fotografía es Made-moiselle D'Orange, que hizo recientemente la travesía á caballo de París á Barcelona



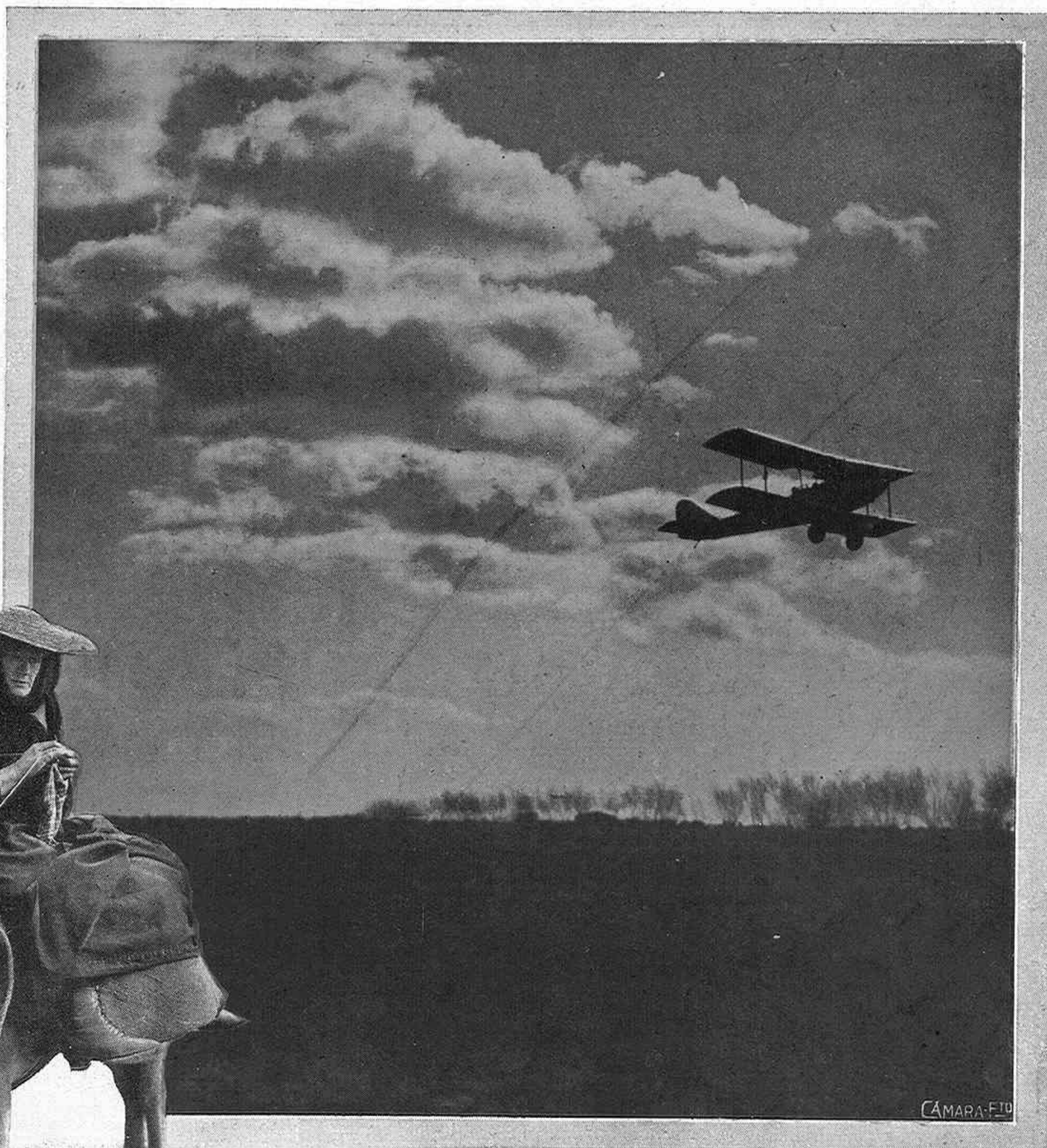
Por los caminos soleados de la bella Italia, suelen verse aún mujeres que viajan «caballeras» en un sanchopancesco rucio

lo eran, ó aguantando calmas chichas cuando Dios era servido; luego, en viaje velocísimo—¡cómo cambian los tiempos!—, en ochenta días, como el flemático Fileas Fog, idealista absurdo, según sus contrarios, y como el criado Vinagre, siempre preocupado por el mechero que ardía, inventados por Julio Verne. Ahora, y no ya en la fantasía, sino en la realidad misma, en poco más de ochenta horas:

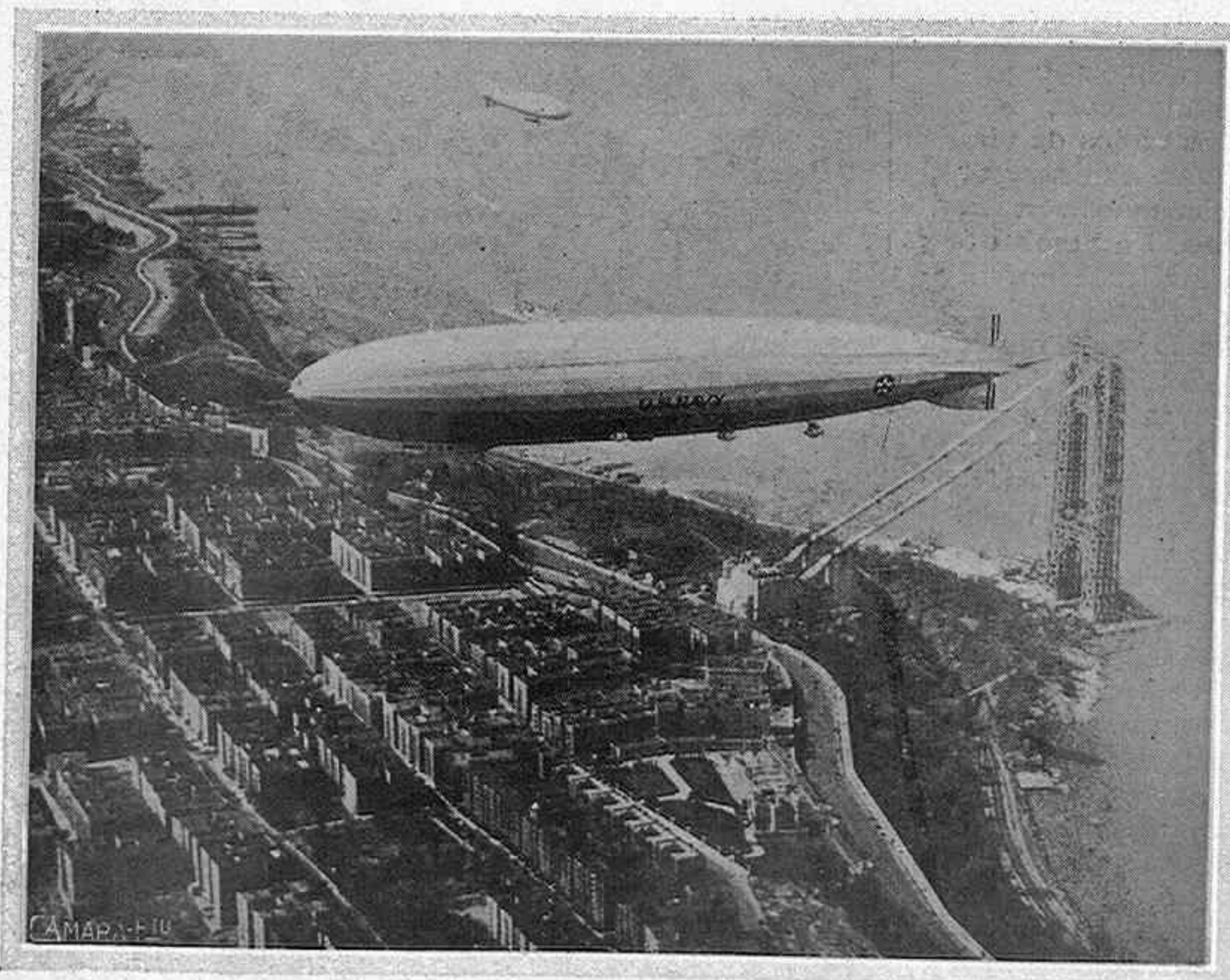
*Quién sabe si con el tiempo
vendrán con el rayo mismo...*

como decía Lope, presintiendo el telégrafo.

Y no hay manera de viajar sin su encanto propio: el *globe-trotter*, que encuentra el regalo de la fuente clara bajo la encina secular, que forma oasis de sombra á un lado de la carretera incandescente por el sol; la campesina italiana, que no aprendió aún á montar á horcajadas y á lomos de su burro, recorre las campiñas de su país, unas veces luminosas y otras llenas de melancolía; el viajero de tercera, que saca al aire la emparedada tor-



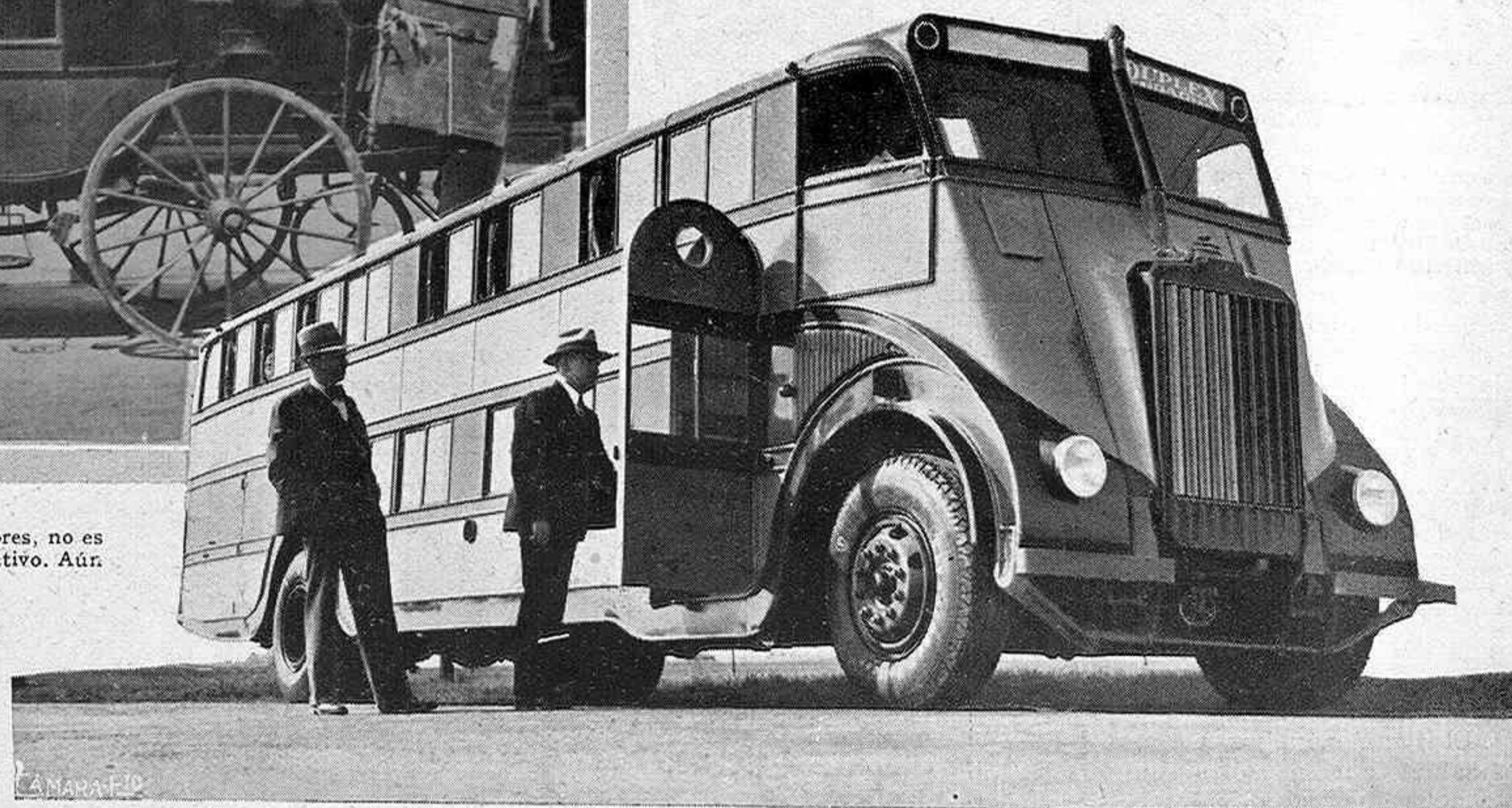
Las audacias inagotadas de los aviadores y las maravillas crecientes de la mecánica suprimirán las molestias; pero también muchos encantos de los viajes



El «Graf Zeppelin», volando sobre las ciudades, da una fortísima sensación de modernidad



El «mail-coach», que fué tan grato á los viejos lores, no es aún solamente una curiosidad de Museo retrospectivo. Aún hay quien viaja en él



No había razón para que sólo los ferrocarriles tuviesen coches-camas. Hay también en Inglaterra autobuses con lechos cómodos

tilla de patatas, gruesa, dura, grasienta, muy á la española; como el cliente de la Compañía Internacional de Coches-camas, que almuerza en el *dining room* ó sin moverse de su asiento en el *pullman*; el aviador intrépido, que come galletas y bebe café de su termo, ó el pasajero del zepelín que chupa caramelos porque le prohíben fumar, todos gozan, porque andando, cabalgando, dormitando ó volando, todos viajan, todos van cada vez más lejos, todos satisfacen un anhelo esencial.

Los deportes conservan, por caprichos atávicos, los modos viejos de viajar, que ahora, por arcaicos, nos son extraños. Un hombre ó una mujer emprenden su ruta *pedibus andando*; otra mujer ú otro hombre se encaraman en un buen caballo y procuran que los prevengan relevos; dos periodistas emprenden su camino en burro; otros dos arman una canoa y se lanzan aguas abajo, en busca del mar; un berlinés emprende la vuelta á Europa en un faetón...; en realidad, nadie viaja á pie, á caballo, en burro, en canoa ni en faetón. Los *snobs* con dinero, ni siquiera en *sleeping* ó en *auto*; aspiran, por lo menos, al zepelín ó á la avioneta; á ir cada vez más deprisa, aunque,

bucu, para almorzar ó asistir á un banquete, no es vivir Siberia, ni conocer la América del Norte, ni haber estado en el Brasil.

Ver desde la butaca de un cine cómo pasan los paisajes y las costumbres de los países más remotos por la pantalla, es más cómodo y más barato, y en el fondo, salvo en la satisfacción del *sno-bismo*, poco diferente de sentados en el butacón de un zepelín verlos pasar un poco menos rápidamente ante la vidriera de la cabina.

Viajemos siempre, y cada vez más y más deprisa; pero para detenernos allí donde la vida se nos ofrezca más atractiva más plácida ó más agitada; pero más bella y con la máxima intensidad emocional.

Correr hacia un ideal, en suma, la vida humana; pero es necesario saber detenerse á tiempo y elegir el punto de reposo.



La última extravagancia de los viajeros insólitos consiste en la vuelta á Europa en faetón, que ha comenzado hace pocos días en Barcelona (Fot. Merletti)

SANTIAGO HERRERA

MANSIONES DE ARTE SEVILLANAS

El magnífico palacio del conde de las Torres de Sánchez Dalp

EN respuesta á una carta de don Teutonio de Braganza, en que éste se plañía de cierta sequedad espiritual que lo anegaba en profunda melancolía, Santa Teresa de Jesús le mandaba este remedio:

«Procure V. S. algunas veces, cuando se ve apretado, irse adonde vea cielo y andarse paseando»...

No es sólo el cielo el que puede limpiarnos la murria pegadiza, que, como poso turbio, va dejando en el espíritu la monotonía del vivir cotidiano. Una mansión como esta del señor Sánchez Dalp—sueño de poeta, palacio de encaje y brocado y cobijo de princesa legendaria—es un deleite para los sentidos y aldabonazo optimista para el alma.

El negro moscardón del pesimismo—carga pesada y fardel aplastante—levanta su vuelo para dejar paso á la alegre mariposa, que plega sus alas sobre las flores y revuela bajo los arcos y artonados de la casa, como si su nervioso corpezuelo escondiera el espíritu brujo de alguno de los artifices que labraron estos arcos, herrajes y capiteles.

En el zaguán de su palacio saludamos al conde de las Torres de Sánchez Dalp. Salía el prócer á no sé qué menesteres de urgencia. Trepidaba en la puerta la caperuza del automóvil, cuyo motor, como galgo antes de la carrera, daba brinco. Junto á la portezuela, rígido, un criado. Al lado de la labrada puerta del vestíbulo, otro, en actitud de abrir la hermosa cancela.

El señor Sánchez Dalp, amable, sencillo, sonriente, escucha nuestra petición:

—Si usted, señor conde, nos autoriza, quisiéramos bañar nuestros ojos en las magnificencias de su palacio.

Miro con codicia á través de los arabescos de la verja, como truhán de camirío por el portillo de un huerto.

No en balde se pide hospitalidad á un caballero de la corrección, abolengo y cultura del aristócrata sevillano. El señor Sánchez Dalp deja su quehacer y nos acompaña solícito por la casa. Antes dice á uno de sus criados que yo estoy autorizado para visitar su palacio cuando quiera.

TODOS LOS ESTILOS BELLOS...

Es frecuente, cuando el cronista ó reportero se encuentra en un grave aprieto, que eche el pestillo á su prosa, salvándose del apuro, como bañista friolero, diciendo:

«El lector puede hacerse una idea de lo que encierra esta casa. Es la mansión de un califa de Bagdad, ó el misterioso palacio de aquellos antiguos monarcas sasanidas...»

Y se hurta la información al lector, y la reputación del periodista no se daña ni sufre mácula.

Cierto es que ante la be-

lleza extraordinaria de estas salas y patios el ánimo se queda corto y encogido, conociendo su pobreza de medios para describir lo que ven los ojos.

Para hablar con la dignidad y justeza necesarias de esta casa señorial sería preciso poseer un estilo literario de tan subidos quilates que los reuniera en sí todos, como ocurre en este palacio, donde los estilos bellos han quedado refundidos en uno: la belleza.

UNA ESCUELA PARA LOS ARTISTAS SEVILLANOS

Cuando giran las puertas sobre sus goznes parece que se abre la tapa de un cofre.

—¿Qué tiempo—pregunto al señor Sánchez Dalp—ha tardado usted en construir este palacio?

—Catorce años. Se ha hecho, deshecho y vuelto á rehacer mucho. Si la cosa no quedaba á gusto mío, se volvía á empezar de nuevo la tarea, buscando esas posibilidades de perfección que hay en todo y que se escapa á nuestros ojos y á nuestras manos.

—Mi casa—añade con sencillez el señor Sánchez Dalp—ha sido una escuela para los artis-

tas sevillanos. Mi mayor satisfacción es que los compatriotas que la visitan salgan más españoles que entran.

He procurado que este palacio sea una síntesis de esta maravillosa Andalucía. Que retrate el carácter de dulzura, gracia y belleza de sus jardines, de sus mujeres, de sus coplas, de este ingenio sutilísimo y este aristocrático empaque que existe en el gesto, en el ademán y en la palabra del pueblo. Ese ha sido mi propósito; no sé si lo habré conseguido.

—Plenamente. Y la empresa era ardua—arguyo—, porque el alma andaluza se quiebra en miles de facetas, en hilos de oro inaprehensibles... Parece hecha de la substancia de los sueños. Por eso constituye una obsesión para los artistas, que frente al espectáculo emocional que suscita en ellos esta tierra se sienten embriagados; y cada uno cree ser el único al cual le ha entregado su secreto Andalucía.

LO MUDÉJAR Y PLATERESCO SE UNE AL GÓTICO, EL RENACIMIENTO Y EL HISPANO-ÁRABE

Todo es aquí muelle, suave, blando, alegre y luminoso. Fulgen los suelos y las paredes, y no se sabe si la luz viene de arriba ó sale de estas galerías, donde el mosaico tiene áureas transparencias y reverberaciones metálicas.

El arco árabe, con sus maravillosos alicatados, sus filigranas y grecas delicadísimas y su línea ondulante flexuosa, de gentilísimo escorzo y bravo pergeño, sostiene—como brazos de hembra garrida y enamorada—al labrado techo, cúpula maravillosa, donde se ha hecho plástica y corpórea la fantasía.

Lo mudéjar y plateresco se une al gótico, el renacimiento y el hispano-árabe. Deliciosa amalgama de bellos estilos.

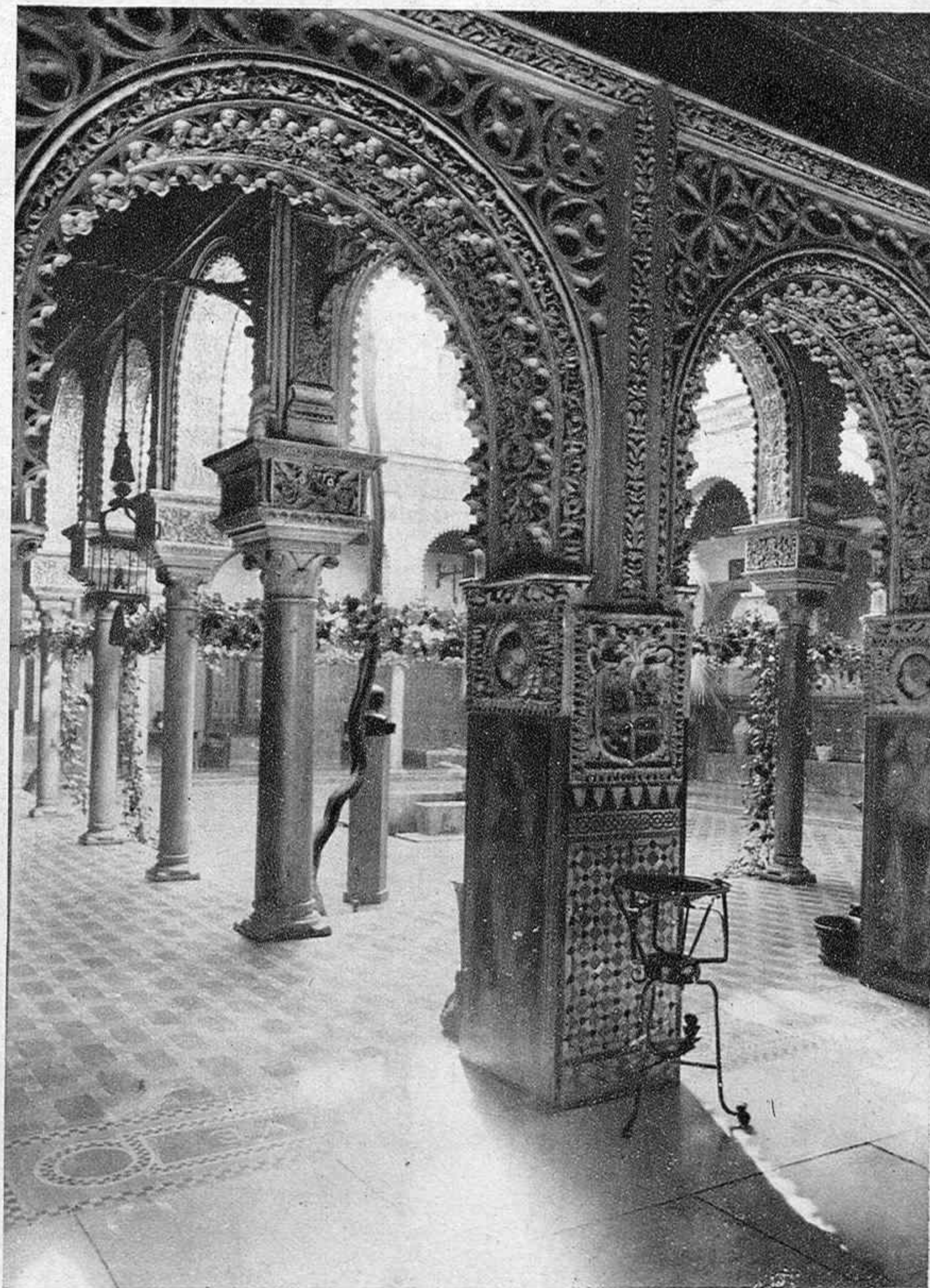
El mármol, la madera, el hierro y el barro se han trocado en este palacio en cosa espiritual, en un edificio creación no de las manos, sino de las mentes de artifices sabios.

Sentimos la plebeya necesidad de poner nuestros dedos en las ágiles columnas, en sus plintos y capiteles, en los medallones, hornacinas y remates, para convencernos de esta realidad que nos circunda.

Los ojos se mecen afanosos de conquistar bellas perspectivas. Pisamos quedo, como si temiéramos hacer trizas este pavimento.

«El pecado hace que el hombre mire al suelo», dice el místico; pero aquí la máxima pierde categoría, y no es la culpa, sino la belleza, la que nos hace mirar lo que está á nuestros pies.

La colección de alfombras es magnífica. Semejan trozos de brocado, cuyas filigranas y arabescos nos embelesan. Arcones labrados, anchos sillones recamados de riquísimas telas, aparadores, bargueños, armas,



El arco magnífico, con su línea ondulante y flexuosa, sostiene al labrado techo, cúpula maravillosa donde se ha hecho plástica y corpórea la fantasía



Aspecto de uno de los salones, que conserva cuadros de extraordinario mérito. Teniers tiene aquí el recinto adecuado á su jocundidad pictórica, á su alegría sana y maciza de su espíritu panteísta y regocijado



En esta galería que da al comedor del palacio, el sol convierte en oro y brillantes los mosaicos, azulejos, grecas y arabescos. La luz se quiebra y deshace en haces de chispas, y el mármol, el barro y la madera se truecan en obra de fantasía y de ilusión

jarrones con bellísimas miniaturas, relojes, bronce y tapices...

CUADROS DE MURILLO, GOYA, ZURBARÁN, CLAUDIO COELLO Y MORO

Teniers tiene aquí el recinto adecuado á su jocundidad pictórica, á la alegría sana y maciza de su espíritu panteísta y regocijado. Su cuadro *Noche de Reyes* se enfrenta con *Procesión aragonesa*, de Lucas, el de las reminiscencias goyescas, cuya personalidad estética—eco de la de Goya—mantiene su hito sin que la grandeza del maestro merme un ápice su gloria.

Hay cuadros de Zurbarán, Moro, Murillo, Carreño, Goya, del italiano Julio Romano, de Claudio Coello, Brueger, Vonwerman, Borgoñón y Moro.

Los primitivos españoles representan las escuelas catalana, aragonesa, andaluza, castellana y valenciana.

Y es necesario anotar cómo palidecen, se enfrían y pierden su recio prestigio á los

ojos profanos del reportero las obras maestras adosadas á los muros del palacio ó metidas en las hornacinas.

Es bello este cuadro, única y magnífica aquella escultura, excelente y riquísima estotra cerá-

mica, joya de subidos quilates este bronce, y de extraordinario mérito aquella tabla. Pues bien: nosotros dejamos junto á estas gemas artísticas nuestro tributo admirativo, y la mirada se posa—como golondrina en tejazoz—en el encaje de azulejos, en los deliciosos mosaicos, en el femíneo arrequive de los arcos y en las columnas, medallas, arquivadas y cornisas.

«AQUÍ NO PASAN LAS HORAS...»

El techo del comedor es la copa estrellada donde las luciérnagas milenarias copian sus guiños eternos, y la linda cobertera de la chimenea—que remeda el lar de la casa antañona—es el palio brillante, pulido y recamado, bajo el cual la olla de cobre borbotea acuciada por la lumbre de los encendidos tueros y el chisporroteo de la seca y retorcida hornija.

Las ancas de dos leoncillos soportan las columnatas, y sobre la repisa una labrada Virgen preside y san-



La capilla del magnífico palacio

tifica la cochura de las viandas, bendiciendo la hora de la sazón de cada cosa y buscando con sus divinos ojos el espíritu de su Hijo, que no falta en los más humildes aposentos, pues, como afirma Santa Teresa, «hasta en los puchericos y trebejos de la cocina anda el Señor».

Junto á la mesa hay varios sillones — anchos, de blando asiento y espaldar espacioso—que aguardan á los aristocráticos anfitriones, damas y caballeros de alcurnia, que á la hora de levantar los manteles harán sabrosas pláticas palaciegas, en las cuales el vocablo castizo irá aparejado al ademán cortesano y el aristocrático melindre tendrá de jo y resabio campero.

Los caballeros salen á fumar unos cigarrillos á esta gloria de mirador, y aquí, sentados en estos bancos de azulejos que dan al jardín, hablarán de las cosas futuras y de los campos que están ya en flor...

Tienen estos hidalgos muchas leguas de tierra de sembradura y millares y millares de olivos, y la voz popular afirma que el señor Sánchez Dalp paga «muchos miles de pesos duros» de jornaes á sus aperadores y labrantines.

Y desde lo alto de esta maravillosa atalaya



Un salón del magnífico palacio cubierto por riquísima y recamada tela, en donde campea el escudo de los condes de Sánchez Dalp

se ven en el relicario del patio el verde resallante de las enredaderas, limoneros y naranjos.

Una viejísima parra abraza con sus sarmientos —como secos dedos campesinos el torso de zagallita núbil—el capitel de una columna, y sus alifes besan los dientes de los arcos.

Aquí no pasan las horas. Se quedan. No hie-

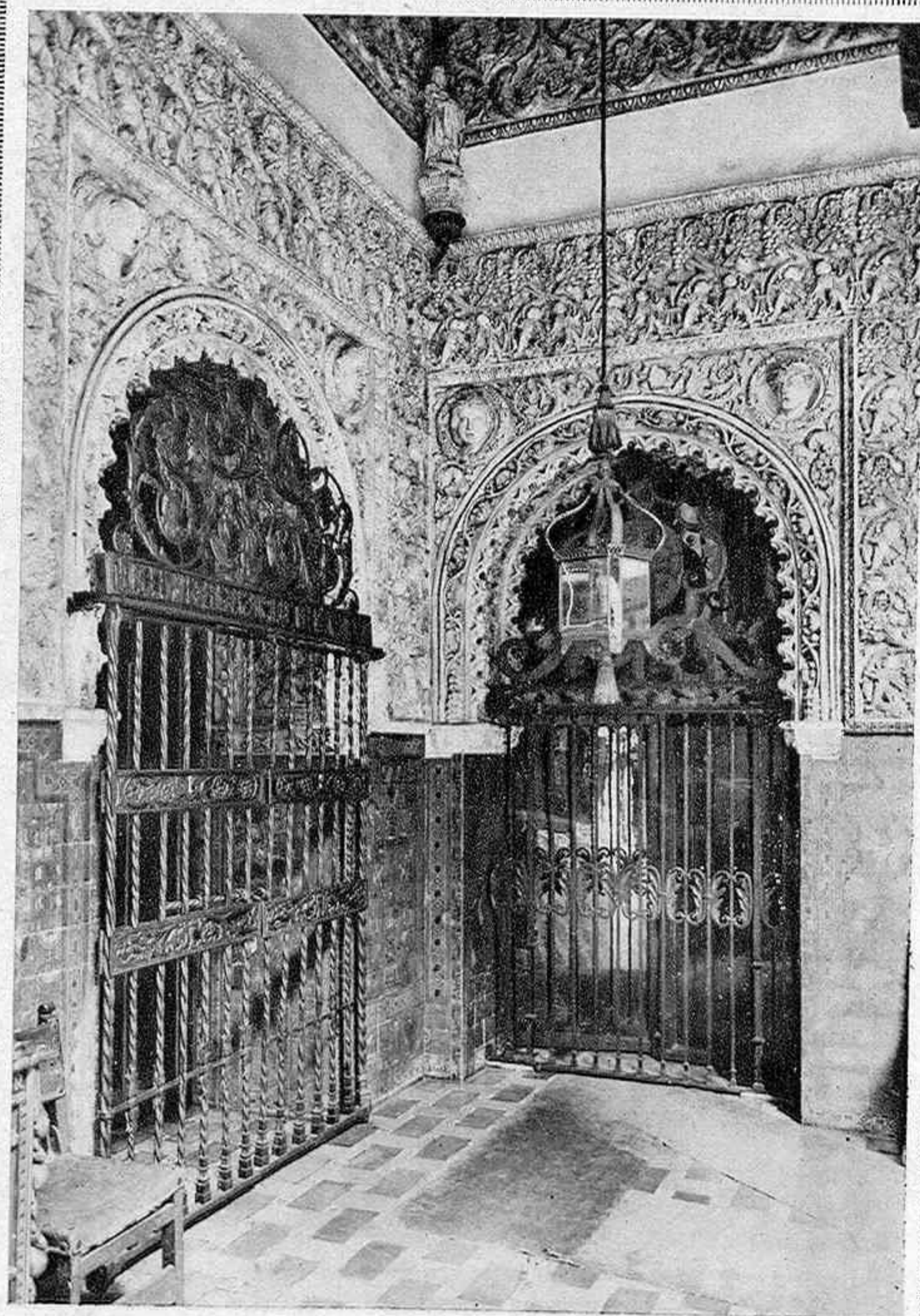
imágenes. Porque el amor entra por los ojos, y éstos, que rehuyen la presencia de las cosas feas y repelentes, pagan su almorzarifazgo á la belleza con la contemplación fervorosa de lo que los hierde.

JULIO ROMANO

Sevilla, Mayo, 1930.



Estas puertas de entrada á la magnífica casa señorial del conde de las Torres de Sánchez Dalp, con sus labradas cancelas—poemas de hierro—y sus bellísimos arcos árabes y sus lienzos de finísimos azulejos, preparan el ánimo para la grata aventura que corre el visitante al entrar en este palacio maravilloso



La finura, delicadeza y elegancia de los arabescos, sus curvas señoriales, que recuerdan los bellos esguinces de torsos femeninos, siembran el espíritu de añoranzas sensuales, y hacen florecer en nuestra mente el dulce y evocador recuerdo de pasadas culturas arábicas (Información gráfica de Serrano)



Una «pose» delicada de la «estrella» favorita de Los Angeles

Norma Shearer es una ingenua admirable del cinema que cuenta con la más fabulosa legión de admiradores. Sus creaciones son tan conocidas, que Norma es en Europa la figura más delicada del film, á la que nuestras elegantes prefieren entre todas las intérpretes de las dulces comedias de Hollywood

"LA ESFERA" EN AMÉRICA

LA REPUBLICA DE HONDURAS Y SUS HOMBRES

EN nuestros viajes por América, Honduras merece atención particular. País de extraordinaria riqueza, que parece próximo á lograr el apogeo de su eficacia, está en el momento propicio para una convenientísima y fuerte exaltación de su intimidad con España.

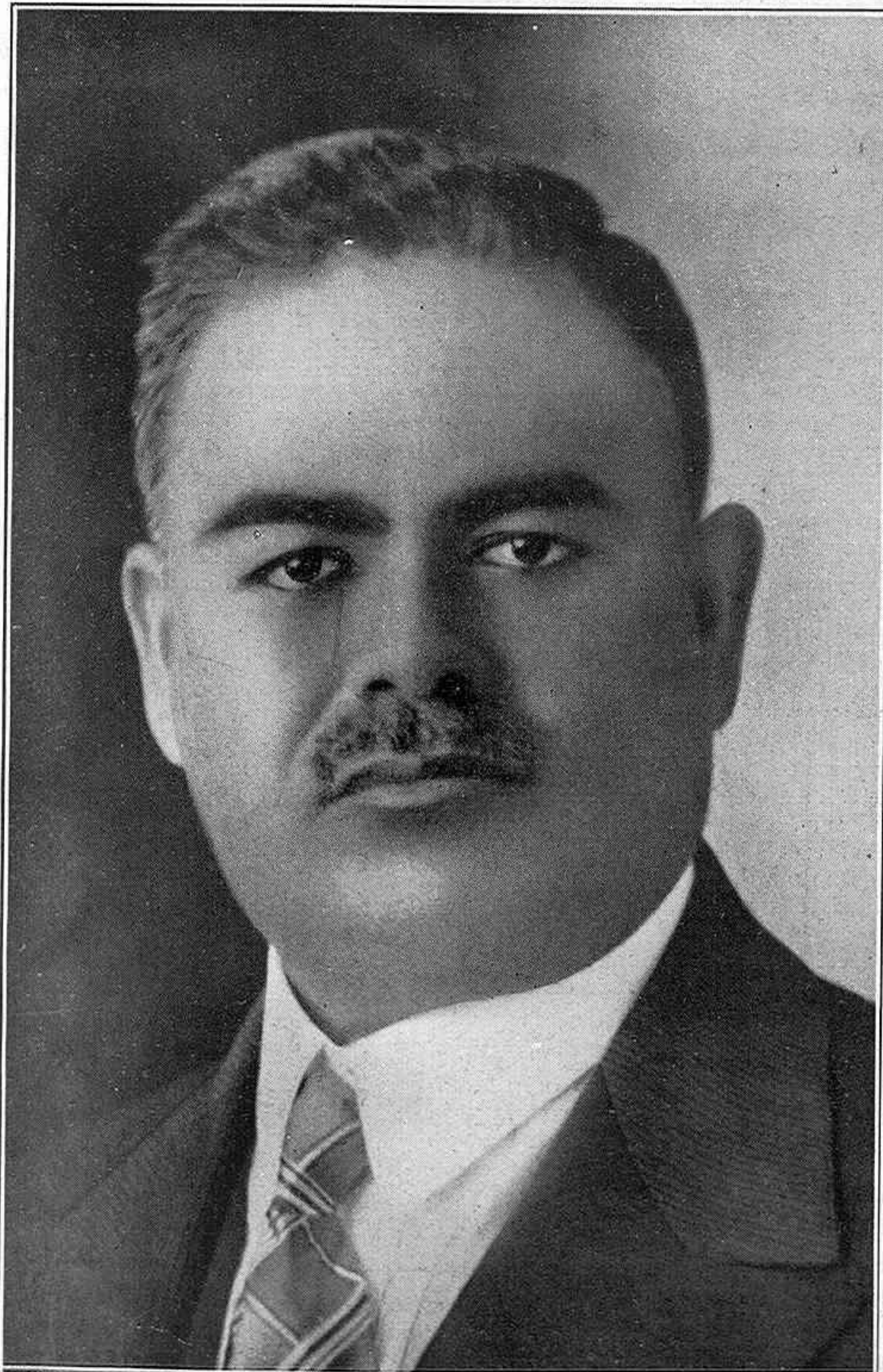
Insertamos la fotografía de los ilustres presidente y vicepresidente de la República de Honduras, respectivamente, señores doctor don Vicente Mejía Colindres é ingeniero don Rafael Díaz Chávez.

Aquel hermoso país centroamericano ha entrado en período de verdadera paz y extraordinario florecimiento, debido á la atinada actuación de los dos citados personajes, quienes gozan de franca popularidad entre el pueblo hondureño.

Un año hace apenas que ascendió al Poder supremo de la nación el esclarecido ciudadano Vicente Mejía Colindres, y ya se nota la transformación operada en los diversos servicios públicos, así como la honrada administración de los intereses generales. Hombre de limpios antecedentes, honradez acrisolada y vasta ilustración, el doctor Mejía Colindres ha sabido imprimir al Gobierno que preside su inteligencia, su honorabilidad y su patriotismo, de tal suerte, que cuenta con excelentes colaboradores, tales como el ingeniero Díaz Chávez, que á la vez que vicepresidente de la República es también ministro de Finanzas.

El Gobierno actual de Honduras está realizando verdadera labor en todos los ramos de la Administración pública y desarrollando un enorme programa de vialidad, de manera que aquel país centroamericano estará dentro de poco en posibilidad de explotar sus grandes riquezas naturales, gracias á la red de buenas carreteras que se están construyendo por todos los rumbos de la República.

Honduras, pues, no tiene grandes problemas internos que resolver, pues goza de perfecto equilibrio en sus finanzas, y su Gobierno está realizando labor de confraternidad, de tal modo, que goza de apoyo aun dentro de la oposición.



DON RAFAEL DIAZ CHAVEZ
Vicepresidente de la República de Honduras



DR. VICENTE MEJIA COLINDRES
Presidente de la República de Honduras

Pero sí tiene que resolver un problema internacional, que desde hace algunos años se tiene en el tapete de la discusión. Se trata del problema de límites con la vecina República de Guatemala.

Actualmente está en discusión informal este problema en la capital de los Estados Unidos del Norte, por invitación cordial que hiciera á ambos Gobiernos el de aquella poderosa nación. No sabemos, á la fecha, el resultado de la discusión; pero en Centroamérica se tiene confianza en el buen sentido de Guatemala y en el proverbial centroamericanismo de Honduras, y se cree que esta vez sí se resolverá definitivamente el conflicto conforme á la justicia.

Actualmente funciona en la capital de aquella República una Oficina de Estudios Territoriales, dedicada especialmente á la revisión de documentos, la cual está á cargo de inteligentes tratadistas, tales como el doctor Alfredo Trejo Castillo, doctor Eduardo Martínez López y doctor don Manuel Reina. Esa Oficina presta señalados servicios á la nación hondureña.

Pero fuera de este problema, que ha de resolverse satisfactoriamente, puede decirse que el Gobierno de Honduras está laborando acertadamente por el florecimiento de aquella República, llamada á ser un gran mercado para las industrias y el comercio de España, cuyos hijos son allá tan bien acogidos como en su propia casa.

Esas cordialidad hondureña es fuertemente correspondida por España, y los lazos afectivos, tan estrechos entre ambos países, son la mejor base para que las mutuas relaciones económicas logren el volumen que deben alcanzar lógicamente.

El engrandecimiento de Honduras, que en las condiciones apuntadas ha de ser enorme y rapidísimo, ha de ser mirado por España como cosa propia, y ha de ser lógicamente, y á poco que los Gobiernos se preocupen de los problemas vitales para el país, causa determinante de un acrecentamiento considerable de relaciones comerciales hispano-hondureñas.

La riqueza admirable del suelo de Honduras, hasta ahora insuficientemente explotada, sin duda porque siendo tan grande no necesitaba cultivo intenso para bastar á las necesidades del país, requerirá ahora la mayor expansión comercial, y en ninguna parte ha de encontrar mercados que, como los españoles, pueda considerar como propios.

Es de prever, por consiguiente, una doble corriente de productos, eficazísima para acrecentar la riqueza en ambos países, y de la cual, por una acción recíproca, resultará, si es posible, un acrecentamiento de la cordialidad entre Honduras y España.

Aquende y allende el Atlántico tendremos motivos para felicitarnos por ello, y todos debemos contribuir, cada uno en nuestro campo, á que eso ocurra.

Elegancias

No hace aún muchos años, el traje de baño no pasaba de ser una prenda sin importancia, principalmente para nosotras, las mujeres españolas, puesto que nos bañábamos ocultas á la miradas indiscretas de los hombres.

Pero la *post-guerre* transformó las costumbres, y desde entonces nuestras playas se vieron invadidas por una multitud femenina cuyo único afán es el de mostrar las bellezas de su cuerpo.

Hoy día, los modistos se afanan en confeccionar trajes de baño tan bellos como cualquier otro vestido; modelos exquisitos y primorosamente hechos, en lo que se refiere á costura, forma y colorido.

La brevedad de dimensiones de un traje de baño no es dificultad para la creación de hechuras de cortes complicados. Los modelos de forma de *maillot* van caprichosamente cortados en



Vestido de mañana, en lanilla inglesa muy fina



Sombrero de paja «souple» blanco, con cinta de «gros grain» (Modelo Lion.—Fot. Henri Manuel)



Vestido de viaje en «popelin» de lana

la parte del talle y en el pecho mismo, para poder combinar el tejido en dos y hasta en tres tonos de *degradés* en la misma escala del fondo.

Hay un *maillot* con la parte del pantalón negro ó azul marino, y el cuerpo amarillo limón, rosa, blanco ó azul celeste fuerte.

Se adornan estas prendas con bordado en tramilla, que es un elemento decorativo muy adecuado para las mismas. La gorrita, el cinturón é incluso las zapatillas, bordadas en esta manera, forman un *ensemble* muy á tono con las tendencias de la moda actual.

El *tricot* era antes el único tejido que se empleaba con éxito para los trajes de baño; hoy se ha logrado crear otros tejidos que tienen idénticas ventajas que aquél y que, además, son mucho más bonitos. Por ejemplo, el *taffetas*, de calidad casi tan fuerte como el *glasse*; el *tweed*, de seda muy armado, y un tejido que recuerda al *tricot* mismo, también de seda inalterable á los efectos del agua del mar.

Se llevan para los trajes de baño todos los colores fuertes del iris, porque la luz del sol en la playa permite todas las estridencias; el tono blanco y el negro combinados se ven bastante, pero uno ú otro solo no se lleva en absoluto.

Las capas de baño son muy caprichosas de forma y adorno; algunas son tan suntuosas que parecen salidas de teatro.

El lujo en la hora del baño es una de las características de la mujer moderna. Ataviada con las nuevas creaciones, tan graciosas y ligeras, ofrece en la playa un atractivo singular.



En otros aspectos, la moda ofrece igualmente nuevas tendencias y orientaciones, encaminadas todas á realzar la belleza de la mujer. En los sombreros, la paja sostiene su supremacía y el *picot* viene á la cabeza de todas las pajas en boga. Esto en lo que respecta á los sombreros ceñidos ó de pequeñas aias. Para las capelinas de la playa y del campo, nada tan recomendable como las pajas exóticas y los *paillassons* isos ó de fantasía, en combinación con telas de colores vivos ó estampadas.

Para viaje no se ve sino la boina, que hoy es la favorita de toda mujer de buen gusto; nada tan práctico como ella para el tren ó el automóvil.

En los sombreros «de vestir» se ha dado un gran paso hacia la feminidad, y actualmente se ven plumas, flores y cintas, y hasta *crossés*, que durante tanto tiempo estuvieron ausentes de las confecciones en boga. Todo vuelve á usarse, aunque con suma discreción, en pequeños motivos que no desentonen en el concepto general de la moda.

ANGELITA NARDI



Vestido de tarde en tul «beige», moteado de azul (Modelo Redfern)

LUGARES DE ESPARCIMIENTO

El lujoso Restaurant Molinero-Sicilia, recientemente inaugurado



Fuente de acceso al Restaurant Molinero-Sicilia establecido en la carretera de La Coruña



Un detalle de la terraza del nuevo Restaurant, repleta de distinguido público

MADRID, ceñido por merenderos de más ó menos tono, pero merenderos al fin, carecía de un Restaurant distinguido en un parque no muy lejano ni demasiado próximo á la urbe; le tiene ya en el kilómetro 12 de la carretera de La Coruña: el Restaurant Molinero-Sicilia,

inaugurado hace pocos días, y al que concurre ya lo más selecto de la sociedad madrileña.

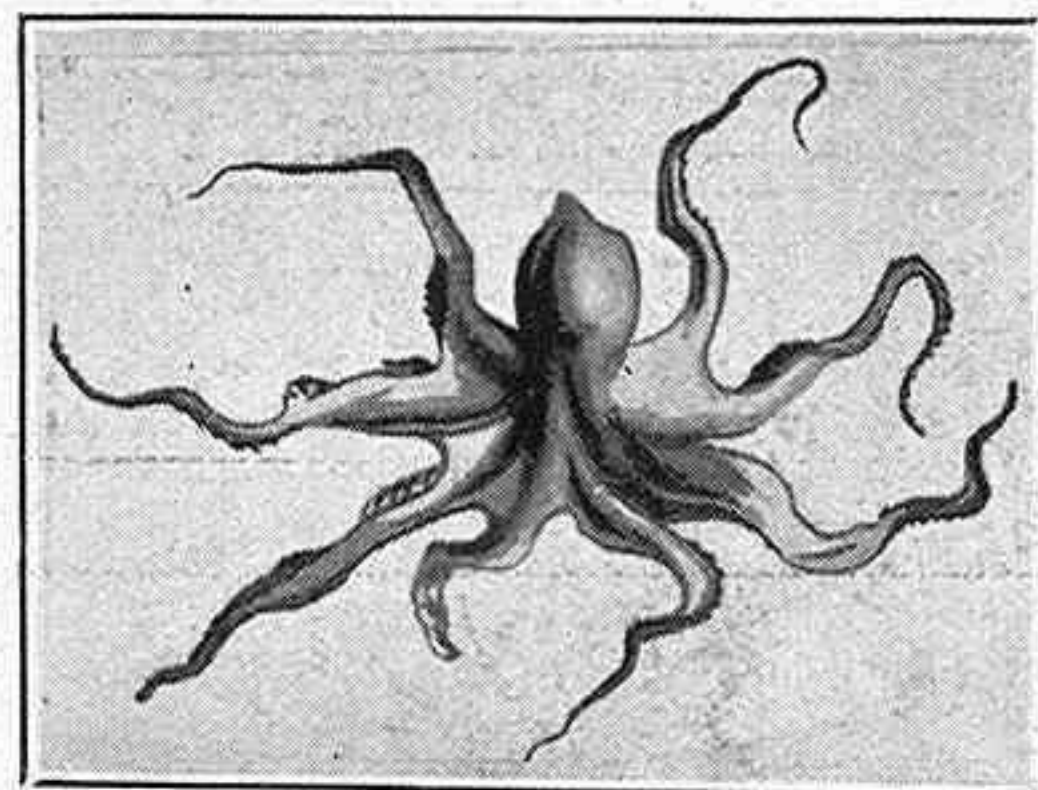
Lugar ameno, fresco y atractivo; instalación perfecta, cocina cuidada; un verdadero Restaurant selecto y una verdadera delicia.



Aspecto de la gran terraza de verano del moderno y sugestivo Restaurant, á la hora del té

Primores del mundo orgánico

Policromía suboceánica



El pulpo tiene ocho tentáculos, como el argonauta, provistos de ventosas. Es un molusco octópodo que puede alcanzar hasta dos metros con los tentáculos extendidos

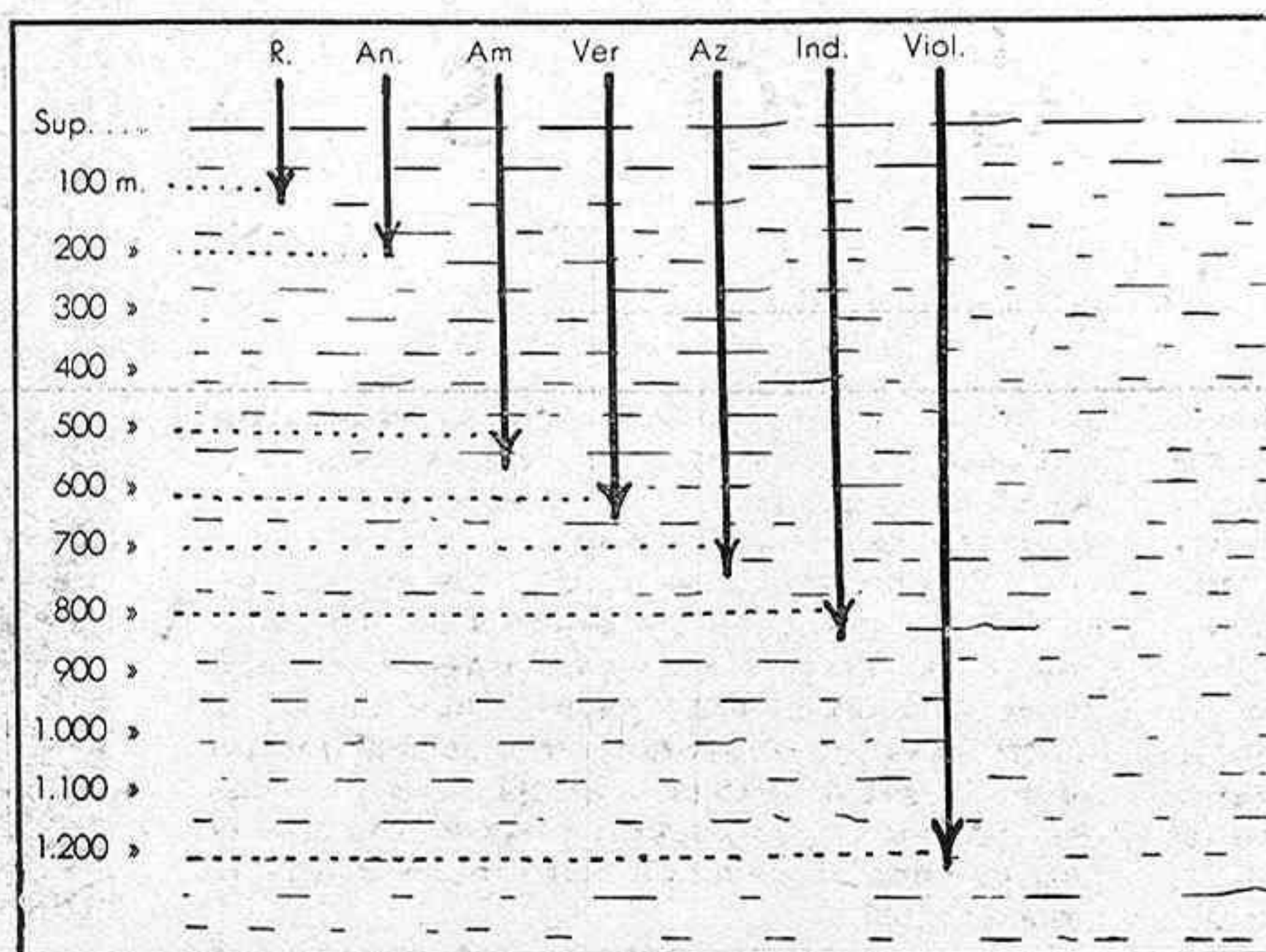
UNO de los fenómenos más sorprendentes con que los habitantes submarinos excitan la curiosidad de los zoólogos es la policromía luminosa, la radiación colorida, realmente mágica, de las células epidérmicas de algunos de ellos que conocéis muy bien; quiero decir los moluscos cefalópodos, y entre ellos el calamar y la jibia. Estos animales se llaman *moluscos* por tener el cuerpo blando (*molluscus*, de *mollis*), y se los distingue con el calificativo de *cefalópodos* porque tienen los pies (*poús*, *podós*, pie), es decir, los tentáculos, adheridos á la cabeza (*kefalê*). Algunos cefalópodos, como el pulpo y el argonauta, están provistos de ocho tentáculos, y por esta razón se llaman *octópodos*; otros tienen diez apéndices (*decápodos*), y entre ellos se cuentan la jibia y el calamar.

El tejido tegumentario (epidérmico) de estos moluscos se halla compuesto de multitud de células estrelladas, cada una de las cuales contiene una gotita minúscula de substancia coloreada ó pigmento determinado, y así, la piel puede cambiar de color en virtud de la contracción más ó menos vigorosa, ó de la dilatación que, según las necesidades del animal, se produce en dichas células. Tales elementos anatómicos emiten radiaciones amarillas, verdes, rosadas ó intensamente rojas; pero asimismo se advierte en algunos de dichos elementos la falta absoluta de color; es decir, de lo que vulgarmente llamamos «color negro».

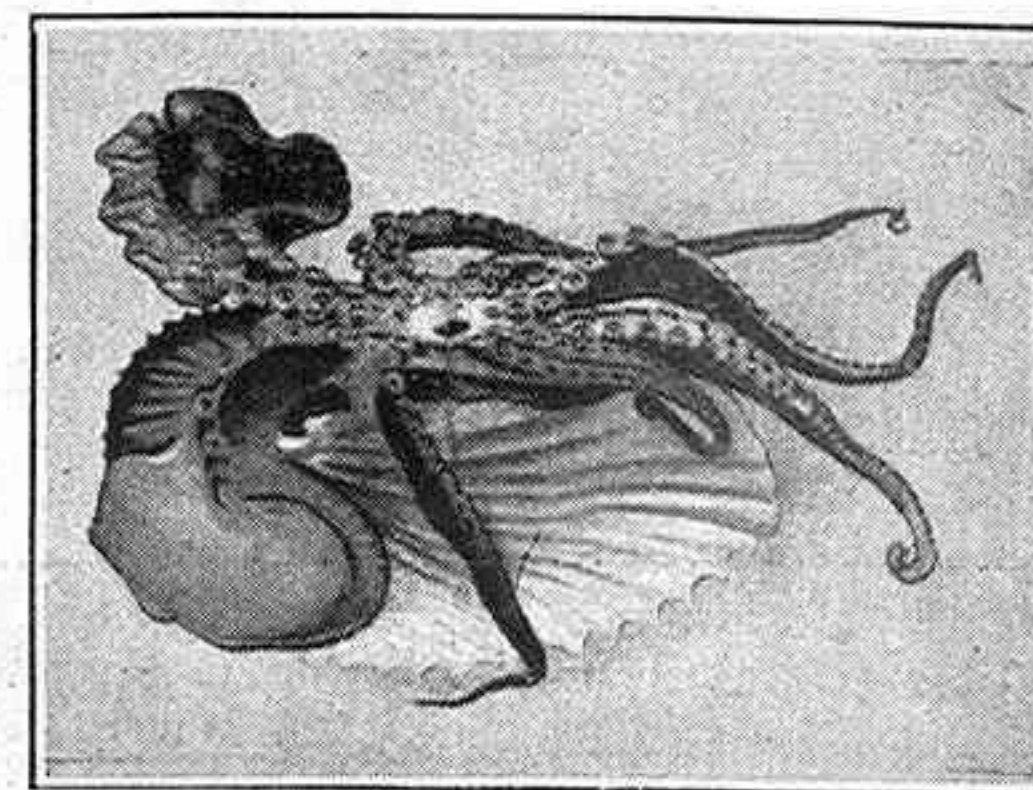
Ya sabéis que la luz solar, llamada *luz blanca*, se quiebra, se descompone en rayos de diferentes colores cuando atraviesa esos prismas triangulares de vidrio pendientes de algunas lámparas, arañas y otros objetos. Estos cristallitos descomponen la luz blanca en sus rayos elementales, pero dejan pasar todos estos rayos al través de su masa transparente; por eso los vemos pintarse con sus bellos colores y matices sobre una hoja de papel colocada detrás del prisma: esa imagen irisada es el *espectro* (espectro solar).

La descomposición de la luz se opera asimismo en la superficie de los cuerpos opacos, es decir, de la mayor parte de los objetos que nos rodean, y si en este caso no percibimos la gama cromática del espectro es porque los cuerpos mencionados absorben una parte de los rayos elementales, que queda invisible, y no difunden sino el color *complementario* de los absorbidos. Pero hay cosas que difunden toda la luz que reciben, sin descomponerla (cuerpos de color *blanco*), y hay objetos que, teóricamente, absorben todos los rayos y no dan impresión alguna de color espectral (cuerpos de color *negro*).

Las celdillas de que os hablaba, por el motivo de producir ó contener *color*, se llaman *Cromatóforos*, y se contraen ó se dilatan con tan maravillosa rapidez y precisión que no parece sino que los animales poseen voluntad y discernimiento para manejarlas, como las del hombre que, oprimiendo un botón entre muchos botones de contacto eléctrico, enciendera instantáneamente una serie de lámparas del color que deseáramos. Súbitamente la piel de los cefalópodos se colorea de amarillo cuando éstos se hallan sobre un lecho de arena del mencionado color ó de un matiz semejante; se tiñe de verde ó de rojo cuando así lo exigen el lugar, el apremio del peligro, la aventura de amor... Y es curiosísimo que los cromatóforos dejen abierto un solo punto de cada color, alternadamente, y el conjunto resulta un cuerpo salpicado de manchitas calidoscópicas, un alarde de policromía que puede ser moteada, jaspeada á manera de mármol, listada como piel de cebrá ó de tigre, ó, cerrados por completo los corpusculillos celulares, el animal palidezca hasta ponerse claro como el mismo tono transparente de las aguas.



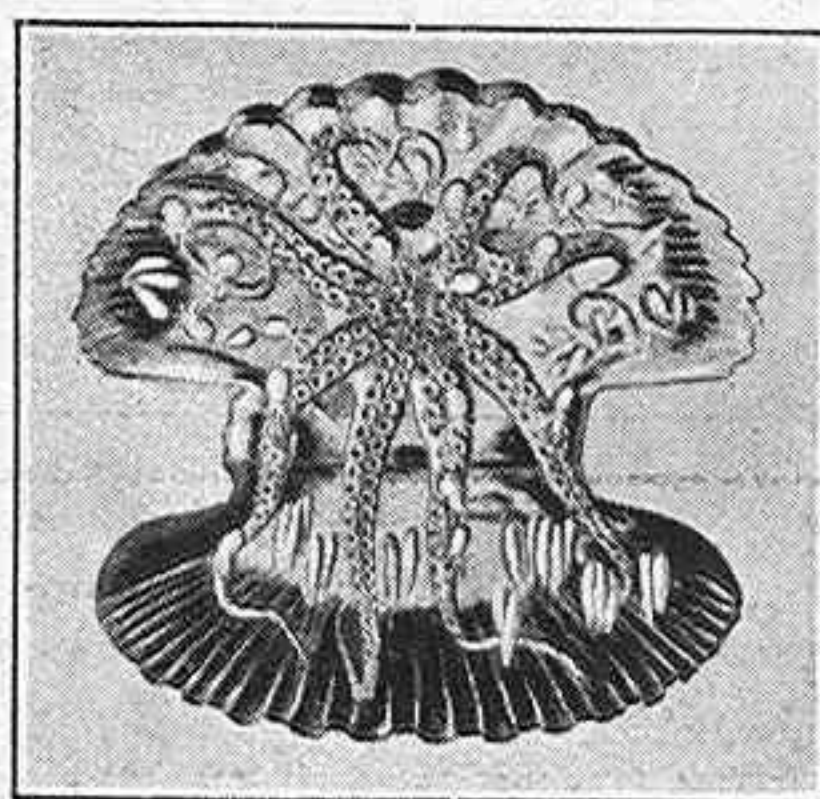
Penetración de los rayos luminosos en las aguas del mar.—Sup., superficie; R., rojos; An., anaranjados; Am., amarillos; Ver., verdes; Az., azules; Ind., indigos; Viol., violados. Los números indican la profundidad en metros



El argonauta (*Argonauta argo*). La hembra, en su preciosa y delicada concha, en donde incuba sus huevos, y que mantiene constantemente cerrada hasta que salen las crías (de Joubin)

Esta prodigiosa transformación epidérmica es un arma defensiva del cefalópodo, que así, adaptándose rápidamente al medio ó á las circunstancias, pasa inadvertido para sus perseguidores temibles. La característica de amoldarse al tono común ó á la peculiaridad del ambiente hasta confundirse con él, se llama *mimetismo* (*mimesis*, imitación), propiedad que preserva á muchos animales de infinidad de tropiezos que pueden tener consecuencias trágicas. Estas consecuencias son casi inevitables cuando el buen cefalópodo topa con el cachalote, cetáceo formidable cuya longitud es á menudo de veinte metros y que se alimenta de dichos moluscos. Precisamente por esta clase de nutrición se busca en los intestinos del cachalote el precioso ámbar gris, que no es otra cosa que la concreción ó solidificación de una substancia oleaginosa existente en la piel de los cefalópodos, petrificación que se opera en los propios intestinos del cetáceo.

Todos conocéis la *tinta* del calamar y de la jibia, y alguno de vosotros será aficionadísimo á este exquisito condimento con que se sazona el guiso de tales moluscos. Pues bien: esa substancia negra, contenida en una bolsa abdominal, les sirve también á los cefalópodos para defenderse cuando se ven acometidos ó perseguidos muy de cerca; segregando tinta ennegrecen un volumen bastante considerable de agua; el enemigo, envuelto y cegado por la nube, se detiene, ó toma otro rumbo para salir del negrísimo trance, y, mientras tanto, aquéllos escapan á la persecución.



Un octópodo (*Octopus digneti*) instalado en una concha vacía, en donde pone é incuba sus huevos. En la concha se ven gran número de crías (de Rochebrune)

En profundidades adonde no llega la luz solar, estos moluscos se orientan con los rayos luminosos que emiten sus propios cuerpos; y cuando las mencionadas radiaciones son monocromáticas y tienen, por tanto, más irresistible fuerza de encantamiento, acude solícita la presa que ellos apetecen ó responde la hembra oriñada y anhelante, encendida en el deseo de blandas aventuras de multiplicación.

Amor es el más vigoroso, el más eficaz entre los comadores de fiereza; pero ya sabéis que el pulpo, por ejemplo, fuera de esta natural inclinación, cuyas mieles son sólo aprovechables para su pareja, es animal temible cuando llega á adquirir algún desarrollo y fuerza en sus tentáculos. Tales apéndices se hallan provistos de ventosas, y con ellos encadenan é inmovilizan á su adversario ó á su presa.

Los órganos luminosos los poseen, en mayor ó menor grado, los cefalópodos que viven á grandes profundidades en zonas marinas alejadas de la tierra (*zonas pelágicas*); pues debéis tener presente que á considerables distancias de la superficie las aguas oceánicas no reciben luz ó la reciben muy exigua y diferente de como nosotros la conocemos. Los rayos solares no son precisamente de *luz blanca* ó poco más de 100 metros de la superficie; la masa líquida, cuya temperatura, densidad, salsedumbre, etc., varían con la profundidad y la zona de que se trate, viene á ser para la luz á manera de un prisma refringente muy complejo. El agua del mar quiebra la luz como el prisma y detiene primero las ondas que corresponden al color rojo del espectro; después, las del anaranjado, y luego, sucesivamente, las del amarillo, el verde, el azul, el indigo y el violado.

La fuerza de penetración luminosa está en relación directa de la frecuencia vibratoria del rayo, é inversa de la longitud de onda. A los 1.500 metros de profundidad parece que la luz apaga sus rayos finales; la última radiación solar perceptible en las honduras marinas es la monocromática violada. A partir de esa profundidad los abismos líquidos carecen de luz.



El calamar (*Loligo*) tiene forma alargada. Algunas especies de gran tamaño tienen las ventosas guarnecidas de un círculo de dientes córneos, y una fuerza muscular prodigiosa (de Joubin).

CARRERAS DE PERROS

★ GALGOS ★

Así, á primera vista, y á segunda también, los mozos encargados de pasear los perros concursantes ante el público por todo el asfaltado perímetro del Stadium parecen enfermeros, unos enfermeros de Sanatorio de lujo, con largos mandiles blancos y brillantes polainas negras que les dan, á la vez, aspecto de servidores de montería y de piadosos oficiales de clínica. Es este un dato preliminar del moderno deporte en Madrid, que trasciende, sin saber por qué, á visita de médico y á diagnóstico de convalecencia.

Los galgos que van á disputarse el premio son verdaderos convalecientes de una enfermedad aristocrática. Se les nota, en el esquelético perfil de la cabeza, el estigma de la demarcación. Las mismas pequeñas mantas numeradas que los semicubren acentúan su calidad de enfermos que comienzan á hacer pinitos después de largos períodos inactivos. Y su paseo por la pista—como elemental ejercicio que facilite, desentumeciéndolas, el juego de las articulaciones—tiene toda la prestancia de un fácil ensayo dinámico lento que les habitúa á volver á andar sin perder el equilibrio.

Hay un cebo, visible é inquietador: el de la liebre mecánica. Los galgos, elegantes siempre, ni la presienten ni la esperan, porque se frata de una liebre que no huele á presa. Pero en los carretes giratorios que, trecho á trecho, impulsan el desarrollo del cable, existe ya un atisbo de acontecimiento propio, y ahí, en los carretes, es donde el galgo, al pasar, convaleciente y sereno, adivina el nido de la velocidad.

No son estos galgos, de indiscutible prestigio corredor, descendientes directos de aquellos que se tendían á los pies de las altas jerarquías para dejarse retratar por un famoso pintor de cámara. Pudiéndoseles contar las vértebras á través de la piel, les falta el sello castizo de objeto decorativo. En el despacho, en el salón, en el vestíbulo, en las habitaciones particulares, el galgo de carreras—como el caballo de carreras en las cuadras ilustres—resulta emplebeyecido precisamente por su condición actual de tragador de distancias. Y el guante de la damisela—flor blanca de cinco pétalos sutiles—, en lugar de ser símbolo heráldico sobre el lomo del galgo, resulta insignia de Club sobre el seco trazo del número.

Donde efectivamente resalta el secreto de la carrera es en la liebre mecánica, que significa rapidez, artificiosa en la apariencia y eficaz en

los fines. La labor del disecador experimentado logra convertir el artificio en realidad, y aunque la liebre no galopa, corre, se escapa, desafía y despierta las ansias del galgo.

¿Qué liebre fué la disecada?... Acaso víctima en vida de otro galgo no sujeto á los límites de una pista, ofrece á los perros singular ejemplo de experimentación zoológica. Distendidas las cuatro patas en el avance veloz del galope que huye, el galgo avanza y galopa tras una rigidez que corre galopando, y entre el galope vivo persiguiendo al galope muerto iniciase la lucha emocionante.

Durante nuestras andanzas por esos mundos de Dios, hemos presenciado carreras de galgos extraordinariamente interesantes. Allá, al otro lado de los mares, colonos españoles entretenían sus ocios organizando «corridos» y cruzando apuestas con galgos de origen español. Recordamos á *Sultán* y á *Florindo*, dos hermosos ejemplares de raza ibérica, embarcados á bordo de cierto desaparecido trasatlántico en la bahía viñuesa. Se les obligaba á saltar obstáculos y á adiestrarse en sencillos pugilatos sobre cubierta. Una joven inglesa—de recato inglés y belleza romántica—les daba de comer todos los días, y á modo de desayuno, terrones de azúcar ligeramente empapados en coñac. Los dos galgos habían aprendido á conocerla é iban á esperarla frente al camarote. Cuando ella salía, con sus terrones dispuestos, era de ver el retozo de los animales, que no ladraban, sin duda para no perturbar con la emisión discordante del ladrido las ternezas en inglés que les dirigía la espontánea y bonita «camarera». Una tarde borrascosa, en alta mar, apoyaban los galgos su cabeza de viejos pecadores en los zapatos femeninos. Tronaba. Y en medio del temporal, como vomitado por la tormenta, irrumpió en el barco un ratón muy semejante á los conejos de Indias, uno de esos ratones de nieve que arrastran su cola cual un trofeo. Ambos galgos, frenéticos—y cuenta que el galgo no gusta de ratones, por lo general—emprendieron la más vertiginosa persecución que puede darse. Hubo gritos, sustos, desmayos, alarmas. El ratón-centella corría más que los galgos. Dijérasele ratón mecánico á juzgar por las matemáticas evoluciones de que hacía alarde. Nada impedía la vertiginosidad del roedor, ni el acoso de los galgos. En pocos segundos, calmáronse los ánimos y trocóse en expectación lo que empezó por ser contratiempo. Diez, veinte, treinta, cuarenta dólares á favor



Un buen salto

de *Sultán*. Quinientos contra cien á favor de *Florindo*, sin jueces, sin mozos enfermeros, sin toque de trompeta, sin límites de pista. Perseguido y perseguidores recorrieron la nave una porción de veces. Todo el pasaje estaba empeñado en el encuentro, y las apuestas quedaron anuladas gracias al oportuno y tardío escobazo de un marinero que mató al ratón.

Don Pascual Ochoa, dueño de los galgos, nos decía, de sobremesa, en el comedor del Hotel americano:

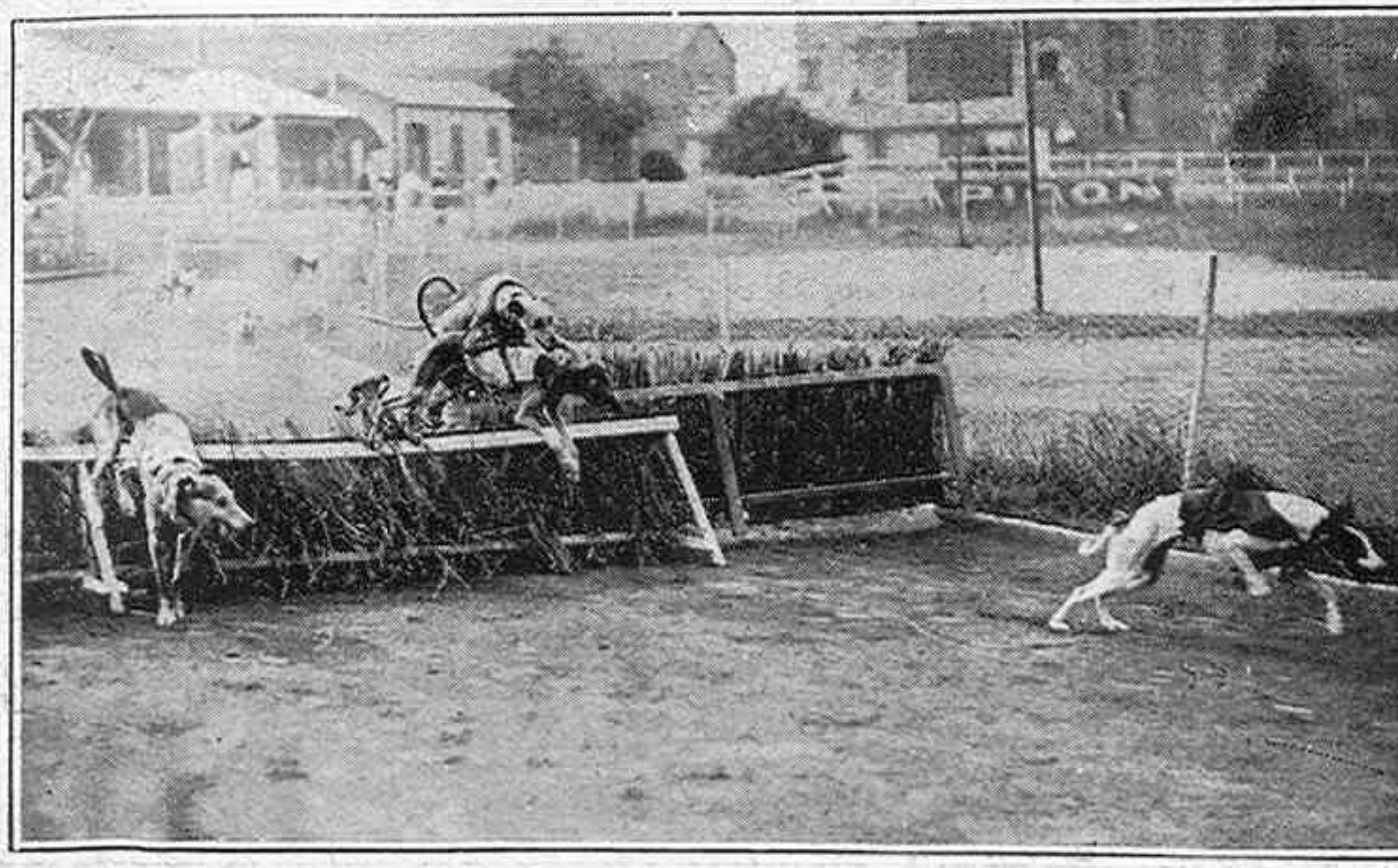
—Yo sé que mis dos perros han ganado una carrera no lejos de aquí. El que me los robó, bien supo lo que robaba.

Sirva el antecedente de facsímil ilustrativo y curioso. Claro que allí la carrera se celebró de una manera tosca. No sonaban discos de gramófono en los intermedios, como aquí; ni en la acústica del aire, al compás de una marcha de circo, nos era posible escuchar—imaginativamente—el choque de las anillas con la barra de níquel del trapecio volante, como aquí. Galgos y titiriteros proceden de un punto de origen análogo. Tanto da la descoyuntamiento de un cuerpo humano como los retorcimientos magníficos del galgo que vuela. Unos y otros necesitan de las pistas y del público. Solamente anotamos que las muchedumbres no aplauden al perro ganador y sí al gimnasta arriesgado. Y eso que, puestos á escoger entre las dos flexibilidades, y á elegir entre los dos riesgos, preferimos el riesgo y la flexibilidad del galgo, porque, al fin y al cabo, carece de vanidad y no sabe á lo que expone la conquista consciente del éxito.

FÉLIX PAREDES



En plena carrera



El salto del obstáculo

LAS PLAYAS DEL NORTE SAN SEBASTIAN



La espléndida Avenida de la Libertad

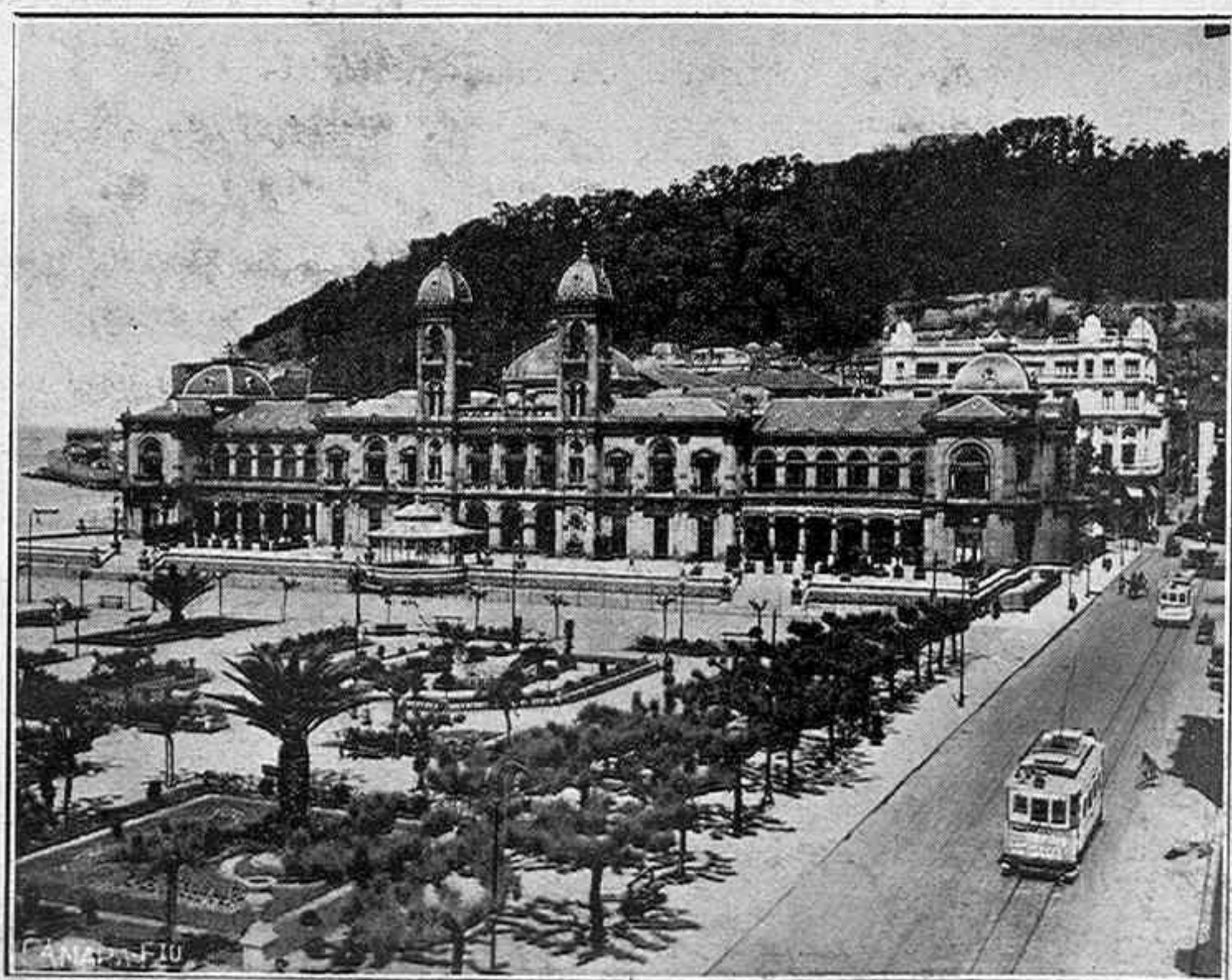
EXTRAORDINARIOS atractivos ofrece para el veraneante la hermosa ciudad de San Sebastián. Su maravilloso emplazamiento, la belleza de los panoramas que la circundan, sus playas de suave declive, protegidas del fuerte oleaje del Cantábrico; la temperatura deliciosa que en ella se disfruta, las refinadas comodidades que ofrecen sus hoteles, donde no se echa de menos cuanto respecto á *confort* presentan las mejores instalaciones del extranjero, y sobre todo ello la afabilidad de

trato con que es acogido el forastero, hacen de la *Bella Easo* lugar de veraneo en alto grado apetecible y grato. Las fiestas deportivas, las famosas corridas de toros de la *semana grande* y los conciertos y bailes que se organizan en sus magníficos casinos contribuyen á animar considerablemente la vida de la bellísima ciudad del Cantábrico.

Los aficionados á excursiones disponen de medios numerosísimos y á cual más cómodos de comunicación. El automovilismo, aparte de las ca-

reteras generales, puede utilizar una extensa red de carreteras de segundo orden y vecinales, admirablemente cuidadas, proporcionando fácil comunicación, tanto con los lugares pintorescos de la provincia como con aquellos otros de las limítrofes que ofrecen interés para el turista.

A facilitar aún más esas comunicaciones contribuyen los ferrocarriles de la costa San Sebastián-Bilbao y el eléctrico de San Sebastián á Hendaya, así como las líneas de tranvías á Hernani, Tolosa, Pasajes y Rentería.

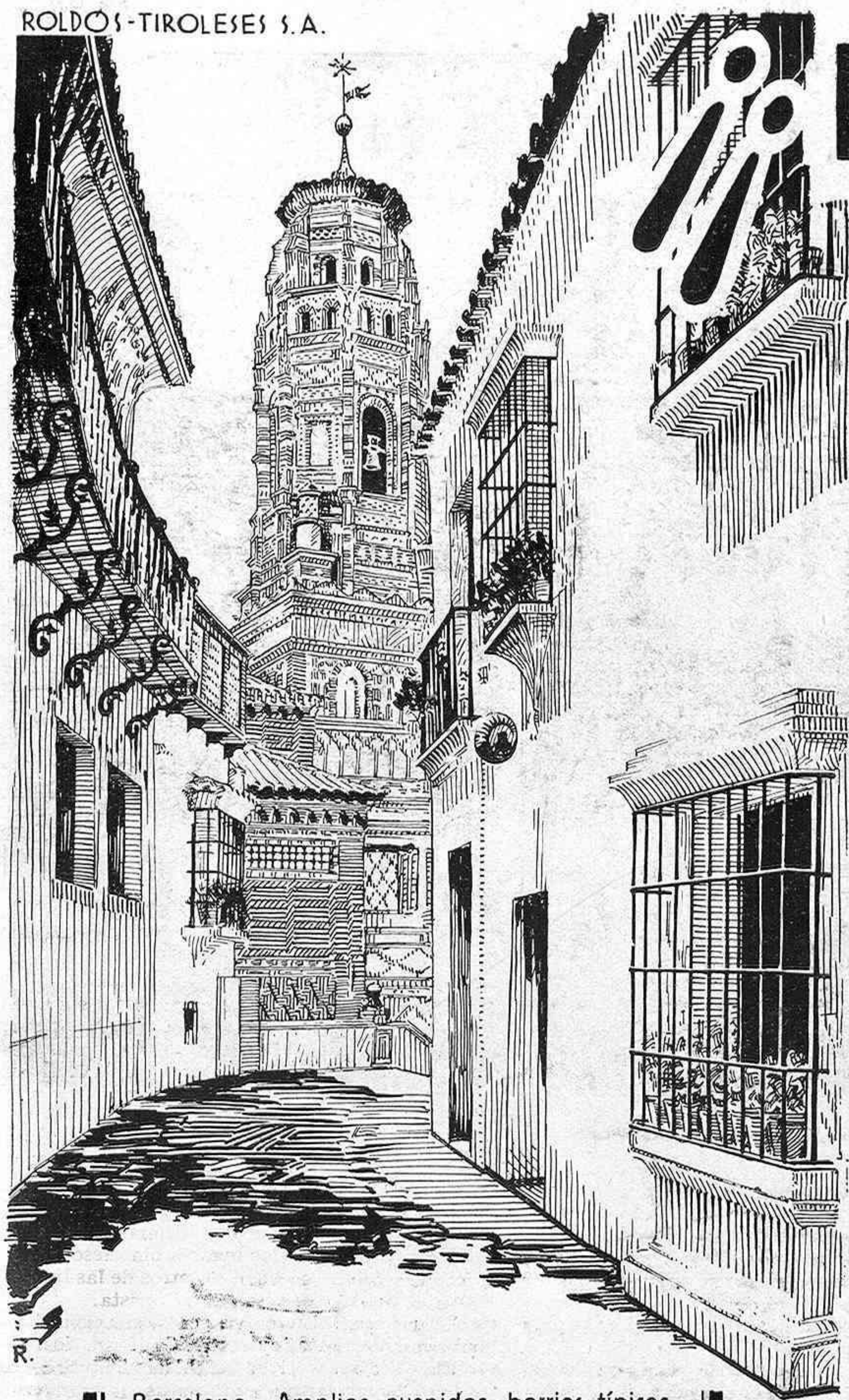


Gran Casino y Parque de Alderdi Eder



La playa de Ondarreta, al pie del Igueldo

(Fots. Gallarza)



Españoles: Un viaje por España

He aquí la nota más bella y original de la Exposición de Barcelona: el Pueblo Español. Visitar el Pueblo Español es hacer un viaje grato y evocador por todos los rincones de la Península; lo más puro y típico de cada región se encuentra evocado allí con acierto genial. El espíritu se adormece, sueña con otros siglos, siente la nostalgia de tiempos pasados... Estilos, reliquias, reproducciones, memoranzas... Parece como si la vieja España no se resignara a morir entre el polvo del olvido. El viajero contempló las típicas callejuelas toledanas, los patios andaluces, los caseríos vascos y catalanes, las casas hidalgas de Castilla... Aquí saborea un chato de manzanilla, allí un vaso de sidra, en el otro lado un sorbo de chacolí... En el Pueblo Español, las notas más genuinas de cada rincón de España se dan un abrazo fraterno y generoso. Ambiente de "soleares", de sardanas, de seguidillas manchegas, de cantos astures, de jotas, de alboradas gallegas... El Pueblo Español, remanso de arte y evocación, ofrece al viajero todas las bellezas de España en una armonía inolvidable.

Barcelona... Amplias avenidas, barrios típicos, jardines, monumentos... Algo que se basta por sí solo para consagrar a Barcelona como la más bella ciudad del Mediterráneo. Pero Barcelona no expresa solamente bellezas ciudadanas y artísticas. Barcelona posee, ante todo y sobre todo, un clima suave y agradable, y una luminosidad incomparable. Barcelona, por su situación, por su temperatura, por sus paisajes, por su grato ambiente de cosmopolitismo, es una prolongación de la Costa Azul



VISITAD LA EXPOSICION DE BARCELONA



PROVEEDORA
DE
SS. MM. Y AA. RR.

CARMEN DE PABLO

MODAS

MADRID

ALFONSO XII, 18

Teléfono 16954

Veraneo en Portugal

La Compañía Nacional de los Ferrocarriles del Oeste de España, de acuerdo con los Ferrocarriles Portugueses, restablecerá durante la próxima temporada el servicio especial de veraneo en Portugal, que tanta aceptación tuvo en años anteriores.

A partir del 15 de Junio actual se expenden billetes especiales de ida y vuelta de 1.^a, 2.^a y 3.^a clase, á precios muy reducidos, desde Madrid y principales estaciones de su red, con destino á Lisboa, Amieira, Figueira, Luzo, Canas, Espinho, Granja, Porto, Caldas de Reinha, San Martinho, Cella, Vallado, Braga, Pedras Salgadas y Vidago, valederos dichos billetes para el regreso durante el plazo de tres meses, siendo el último día el 31 de Octubre próximo.

Estos billetes autorizan, previo pago de un pequeño recargo, la detención en cualquier estación del recorrido portugués y pueden los viajeros regresar á su procedencia desde dicha estación, con renuncia del resto del recorrido comprendido en sus billetes.

En la estación de las Delicias y en el Despacho Central de la Compañía, Salud, núm. 3, se facilitarán prospectos en los que encontrará el público todos los detalles relativos á este interesante servicio.

Optico técnico. F. R. Fuente. C.º Gracia, 9

Libros nuevos

Los novios (novela), por Guido da Verona.

He aquí la novela que más furor, digámoslo así, ha hecho en la sociedad italiana, por la libertad de su asunto y la claridad cruda de expresión.

La cuidada versión española de L. Roig nos trae á nuestro idioma al celebradísimo novelista italiano con toda la fuerza emotiva de su arte magnífico.

—*El amante invisible*, por Alberto Insúa. Con esta novela, el popularísimo é insigne escritor continúa el modo de hacer maravilloso que inició con *El barco embrujado*.

Interesantísima novela que solicita al lector con creciente interés desde la primera á la última página del libro.

BARCELONA - MAJESTIC HOTEL
PASEO DE GRACIA. Primer orden.
200 habitaciones. 150 baños. Orquesta.
Precios moderados. El más concurrido.



La reina de las piedras preciosas

Hace pocas semanas se verificó en la opulenta ciudad californiana de Los Angeles, residencia de casi todas las celebridades cinematográficas, un Congreso de la industria de joyería, seriamente amenazada, según parece, por la terrible competencia que viene haciéndote la automovilística en el mundo de la pantalla, cuyos principales «astros» distraen gran parte de sus fabulosos ingresos en adquirir automóviles de lujo (hay «estrella» cineasta que posee doce de ellos), en vez de dedicar al capítulo de joyas la partida más importante de su presupuesto de gastos, como ocurría en los primeros tiempos del cinematógrafo.

La crisis joyera ha llegado á ser algo tan serio, no obstante agotar los artífices los recursos de su imaginación lanzando al mercado verdaderas maravillas en todos los estilos imaginables, que ya el año pasado hubo temores de una ruina general de dicha industria. Y el año presente se ha agravado el mal, porque varias de las grandes figuras femeninas de Hollywood han declarado fuera de moda el uso de las joyas costosas, mostrándose partidarias resueltas de la sencillez masculina en el exorno de sus personas.

Ahora bien: como en todo movimiento revolucionario hay disidentes, he aquí que durante las sesiones del Congreso, al término de las cuales elegantes maniqués desfilaron ante el público mostrando las últimas y más costosas novedades en joyería artística, se presentó, espléndida de belleza, la famosa cineasta Peggy Hamilton, acompañada de dos damas de honor, no

menos guapas, sobre cuyos gentiles cuerpos habían acumulado los joyeros de California los tesoros de sus respectivos establecimientos. Ello tendía á demostrar que para realizar la hermosura femenina nada puede competir con las piedras preciosas, y que la fascinación del eterno femenino es mucho más eficaz realzada por el fulgor de los brillantes, de las esmeraldas y de las perlas, que por las suntuosidades del más caro de los automóviles.

El valor de las alhajas ostentadas por la reina de las piedras preciosas se calculó en cinco millones de dólares.

PARIS HOTEL
LE BRISTOL
112, FAUBOURG S' HONORÉ
CERCA DE ROND-POINT des CHAMPS-ÉLYSÉES
UNICO HOTEL QUE POSEE
LA VENTILACION AMERICANA
Teleg: Bristonoré-Paris